

JONATHAN COE

LOS

ENXANOS

de la

MUERTE

Brillante,
muy inteligente
y divertido
Sunday Times



Lectulandia

William, un joven pianista de Sheffield algo pardillo, que ha venido a buscarse la vida en los clubs de jazz londinenses, no se lleva bien con el mundo. Odia Londres, la fría Madeline no se deja y sus colegas rockeros le machacan sus melodías. Pero lo peor está por llegar, cuando se convierte en el único testigo del salvaje asesinato de un yonki por dos enanos encapuchados. Una noche abismal, de la que podría decir con Morrissey: «Esta noche me abrió los ojos y nunca más volveré a dormir».

Breve y acelerado como un tema de música punk bajo el signo del cantante de The Smiths, *Los enanos de la muerte* es un thriller musical que restituye, con un sentido del ritmo y un arte narrativo innegables, el sabor londinense y las ilusiones perdidas de una generación que tenía veinte años en los mejores tiempos de la música pop.

Los enanos de la muerte es la primera novela publicada por Jonathan Coe. Aparecen ya aquí los que en adelante van a ser sus rasgos de estilo más característicos: humor feroz, construcciones laberínticas, frescura, sabor contemporáneo y una rabiosa energía intelectual.

Lectulandia

Jonathan Coe

Los enanos de la muerte

ePub r1.0
Titivillus 19.09.15

Título original: *The Dwarves of Death*
Jonathan Coe, 1988
Traducción: Raquel Luzárraga & Ramón J. García

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Deseo expresar mi agradecimiento a las siguientes personas: Ralph Pite, por escribir la letra de «Madeline/Stranger in a Foreign Land»; Brian Priestley, por su ejemplar de «Tower Hill» y por enseñarme mucho de lo poco que sé sobre música; Michael Blackburn, por publicar «Middle Eight» en el primer número de su *Sunk Island Review*; Janine McKeown, Paul Daintry, Andrew Hodgkiss y Tony Peake por la inspiración y el apoyo; Kinmore Music (editores) y Tom Ross (traductor) por el permiso para reproducir «Fadachd an t-se-òladair» («La nostalgia del marinero»), de John McLennan: la versión que escucha William apostado bajo la ventana de Karla pertenece al magnífico LP de Christine Premrose titulado «*S tu nam chuimhne*», disponible en Temple Records (TP024). Y por último, gracias también a Warner Chappel Music Ltd. por el permiso para reproducir fragmentos de las siguientes canciones: «This Night Has Opened My Eyes» (Esta noche me abrió los ojos), «Girlfriend in a Coma» (Amiga en coma), «Girl Afraid» (Chica asustada), «I Know It's Over» (Ya sé que ha terminado), «Alsatian Cousin» (Primo alsaciano), «Panic» (Pánico), «I Don't Owe You Anything» (No te debo nada), «London» (Londres), «Miserable Lie» (Mentira mezquina), «Well I Wonder» (Yo me pregunto), «William, It Was Really Nothing» (William, no fue nada).

Los epígrafes de este libro han sido cedidos por gentileza de Warner Chappel Music Ltd. Letra y música: Morrissey y Johnny Marr © Morrissey and Marr Songs Ltd.

*Nuair chi mi eun a'falbh air sgiath
Bu mhiann leam bhith'na chuideachd:
Gu'n deannain cùrs'air tìr mo rùn,
Far bheil an sluagh ri fuireach.*

INTRO

This night has opened my eyes
and I will never sleep again.

*Esta noche me abrió los ojos
y nunca más volveré a dormir*

Morrissey,
This Night Has Opened My Eyes

No me resulta fácil describir lo que sucedió.

Eran las primeras horas de la tarde, una tarde de sábado nada típica en Londres. Recuerdo que aquel año el invierno era suave, y aunque hacia las cuatro y media ya oscurecía, no hacía frío. Además Chester había puesto la calefacción. Estaba estropeada, de modo que o funcionaba al máximo o no funcionaba. Las ráfagas de aire caliente me estaban adormilando. No sé si conocéis esa sensación: estar en un coche —no tiene que ser especialmente cómodo— y sentirte amodorrado pero extrañamente sereno y feliz, como si ya no te importara el momento de llegar. Piensas que te podrías quedar sentado para siempre en ese asiento de copiloto. Imagino que es una forma de vivir el presente. Por aquellos días a mí no se me daba muy bien eso de vivir el presente: los coches y los trenes eran los únicos sitios que me lo permitían.

De manera que ahí estaba, con los ojos medio cerrados, escuchando cómo Chester hacía crujir el cambio de marchas y le daba caña al acelerador. Tengo que reconocer que ese día estaba contento conmigo mismo. Pensaba que había tomado buenas decisiones. Algunas sin importancia, como levantarme pronto, ducharme, desayunar como Dios manda, hacer la colada y acercarme a la hora del almuerzo a Samson's para escuchar al pianista. Y otras, más importantes, las había tomado mientras estaba ahí sentado solo, sorbiendo un zumo de naranja y dejándome llevar por «Stella By Starlight». Al final había decidido no llamar a Madeline y dejar que fuera ella por una vez quien lo hiciera. Le había enviado la cinta y había dejado mis intenciones bien claras, así que le tocaba a ella dar señales de vida. Solo me quedaba una llamada en la tarjeta de teléfono, que también podía utilizar para hablar con Chester. Pues otra de mis decisiones había sido aceptar su propuesta. No les debía nada a los otros miembros del grupo. Y necesitaba un cambio de aires, un ambiente diferente. Musical, me refiero. Estábamos ya quemados y cansados; había llegado el momento de dejarlo. Así que salí del bar antes del último tema, hacia las tres; llamé a Chester desde una cabina de Cambridge Circus y le pregunté a qué hora quería que fuera.

—Ven ahora —me dijo—. Pásate por aquí e iremos en coche. Ensayan a las seis, así que podrás verlos antes. Tienen ganas de conocerte.

—¿Ensayan esta tarde? ¿Y qué coño voy a hacer yo allí?

—Pues ver de qué va. Y cómo lo sientes.

Antes de coger el metro hacia casa de Chester, me entretuve en Cambridge Circus

contemplando a la gente. Estuve allí bastante rato, mientras el cielo pasaba del azul al negro, y no recuerdo haberme sentido nunca tan bien en Londres, ni antes ni después de aquel momento. Sentía que había llegado a un instante crucial. Mientras todo el mundo caminaba apresuradamente de un lado a otro, con el miedo pintado en los ojos, yo podía detenerme y, de algún modo, encontrar tiempo para pensar y tomar un nuevo rumbo. Al menos eso es lo que sentí durante media hora. Nunca habría imaginado que las cosas podían empeorar.

—¿Te pone nervioso encontrarte con los chicos? —me preguntó Chester, mientras el coche se internaba por unas calles cada vez más siniestras.

—¿Qué tal son?

Me obsequió con una de sus risas rápidas y me contestó con aquel deje del norte de Londres, tan suyo y tan simpático:

—Ya te lo he dicho. Son un poco raros.

—¿Cuál de ellos era el que vi la otra vez?

Chester me miró de reojo y me pregunté si habría metido la pata, pero respondió de buena gana:

—Era Paisley. Canta y escribe las letras. Es muy bueno. Tiene mucha presencia. En el escenario parece un poseso, no para de tirarse de un lado a otro. Si no le pegara tanto a la droga... Pero los otros son iguales. Me están costando una fortuna. A lo mejor tú eres una buena influencia para ellos. Un tipo formal como tú puede servirles de ejemplo. Paisley, sin ir más lejos, hace dos meses que no escribe una sola canción. Siempre está colocado.

El coche dio una sacudida y emitió un horrible chirrido. Chester intentó negociar con él la difícil tarea de llegar a un cruce, parar, volver a arrancar y atravesar la avenida.

—Deberías llevarlo al taller —comenté.

—Sí, hace tiempo que lo quiero llevar, pero voy a esperar a que me entre algo de pasta, del grupo y eso. Lo voy a arreglar. O a lo mejor me compro uno nuevo. Pero ahora mismo estoy tieso.

Chester conducía un Marina de 1973 de color naranja. Los intermitentes no funcionaban, la calefacción estaba estropeada, la tercera no quería entrar a veces y, sin embargo, a pesar de las apariencias, el coche —igual que su dueño— inspiraba confianza. Sabías que cualquier día te dejaría tirado, pero seguías confiando perversamente en él. Me sorprendió pensar que el coche apenas era unos años más joven que el propio Chester, que solo tenía veintiuno. Por alguna extraña razón siempre he mirado con respeto a las personas más jóvenes que yo.

—Casi hemos llegado —anunció.

Nos deslizábamos por una calle hermosa y melancólica, flanqueada por unos altos portales georgianos. Era esa hora del día, al atardecer, en que las luces ya están encendidas pero todavía no se han corrido las cortinas, y a través de las ventanas se veían familias y parejas preparando la cena o sirviéndose una copa, bañadas en un

aura dorada. Casi se percibía el olor de la albahaca y la salsa boloñesa. Íbamos por North Islington. De repente, me invadió el deseo de estar dentro de alguna de esas casas, cocinando o dejando que cocinaran para mí, y en seguida me di cuenta de que no había tomado la decisión correcta. Empecé a arrepentirme de no haber llamado a Madeline y supe que iba a hacerlo a la primera ocasión que tuviera. La echaba terriblemente de menos después de una sola semana de ausencia. Fue la primera señal de que no todo era tan simple como había imaginado.

La siguiente señal vino cuando Chester aparcó el coche y apuntó a una ventana con el dedo.

—Bien —dijo—, ahí están.

Levanté la vista y lo que vi no fue un recuadro de una tenue luz ámbar enmarcando una escena familiar, sino una curiosa, lejana e intermitente ráfaga de luz. Una luz muy blanca, pero amortiguada e inquietante. Debí de quedarme más absorto de la cuenta pues Chester tuvo tiempo de salir del coche y abrirme la puerta.

—Te advierto —dijo— que la casa está hecha una mierda. Al propietario le importa un huevo lo que se haga aquí, pasa olímpicamente.

Sacó las llaves del coche y cerró la puerta.

—Lo que pasó fue que un amigo me habló de este sitio cuando yo buscaba local para el grupo. Bueno, puede que amigo no sea la palabra. Un socio, para que me entiendas.

Se rio, no sé por qué motivo.

—En fin, tenemos el trato de que él pasa de lo que hagamos en el local si le dejamos utilizarlo de vez en cuando. Como mucho, una noche por semana. Me pareció un trato ideal para estos chicos... Porque da igual dónde se metan, siempre lo dejan hecho una pocilga. Puede parecer un acuerdo algo turbio, pero resulta muy práctico.

—Y ¿para qué lo usa él?

Chester se encogió de hombros.

—A mí que me registren.

—¿Ellos le han visto alguna vez?

—No.

Miró otra vez la ventana.

—Oye qué escándalo arman. No entiendo cómo lo soportan los vecinos.

Una música increíblemente alta rugía tras la ventana apenas iluminada: un gemido y un torbellino de saxos y sintetizadores, y un martilleo de batería en una especie de latido mecánico. El ruido debía de ser inaguantable en los pisos de al lado.

Chester se acercó a la puerta de la entrada, que tenía las bisagras medio rotas, y empezó a golpearla con los puños.

—Hay que darle así —dijo—. Si no, no oyen.

Mientras esperábamos a que alguien respondiese, le comenté algo que me preocupaba.

—Mira, Chester, si me uno a estos, será el fin de Alaska Factory. Ya no tendré tiempo para tocar con ellos y no creo que puedan sobrevivir sin mí.

—Sí, lo sé. Es verdad.

—Pero somos tus dos únicos grupos. Tus ingresos se reducirán a la mitad.

—Tengo otras fuentes de ingresos. Además, ¿qué saco de vuestro grupo por ahora?, ¿un diez por ciento de cincuenta libras con dos actuaciones por semana? Ya te lo he dicho, la música en directo no da dinero, el negocio está en los discos, y vosotros, tíos, no vais a grabar un disco en la vida, ¿verdad que no? ¿Cuándo fue la última vez que grabasteis una maqueta decente?

Palpé la cinta que llevaba en el bolsillo: la que habíamos grabado la semana anterior, la que habíamos grabado para Madeline, pero me limité a decir:

—¿Y?

—En cambio este grupo tiene posibilidades, ¿sabes? Tienen imagen. Son *jóvenes*. Bajó los peldaños de la entrada y desde la calle volvió a mirar a la ventana.

—Joder, qué fuerte. ¡Eh, eh!

Hizo resonancia con las manos y lanzó un alarido, pero tampoco sirvió de nada.

Finalmente, unas piedras arrojadas con fuerza contra la ventana consiguieron que un rostro perplejo y pálido se asomara a ella, rozando el alféizar con su larga melena pelirroja. El chico sonrió al ver a Chester.

—¡Hola!

—¿Vais a dejarnos entrar o qué?

—Lo siento, Chess. Con esta música no se oye nada.

—Pues muévete, que aquí fuera hace un frío de muerte.

De hecho creo que era yo, envuelto en mi viejo y fino impermeable, el que más frío tenía de los dos, pues Chester, como de costumbre, tenía un aspecto impecable: guantes forrados de piel, cazadora de cuero, boina; con sus ojillos acerados y su cuerpo regordete parecía siempre dispuesto a medirse con cualquiera. Me hizo un gesto de impaciencia y se frotó las manos vigorosamente. Entonces la puerta se abrió de golpe y apareció alguien que reconocí en seguida: era Paisley... más alto, más anguloso, más ojeroso de lo que yo lo recordaba.

—Hola, Chess —dijo—. Pasa.

—Ya era hora —dijo Chester mientras entrábamos—. Paisley, este es Bill.

—Hola —me estrechó la mano fríamente.

—Ya nos conocemos —dije.

Chester tosió y Paisley pareció sorprendido, por lo que añadí:

—En el Goat, de pasada. ¿No te acuerdas?

—Pues, no —dijo Paisley—. Lo siento.

Avanzamos por un pasillo a oscuras, dejando a un lado un somier oxidado y apoyado contra la pared y varias bolsas de plástico negras que rebosaban basura por el suelo.

—Cuidado con los agujeros —advirtió Paisley, que nos precedía escaleras arriba.

Faltaban dos peldaños.

Chester se volvió hacia mí.

—¿Te parece bien si te presento como Bill? —murmuró.

—Me gusta más William —respondí—. Es... bueno, no es tan corto.

—Vale.

Me detuve en el primer rellano. El cristal de la ventana se había roto y los vidrios seguían esparcidos por el suelo. El volumen de la música que procedía del cuarto de arriba resultaba ya opresivo y un extraño olor repelente había empezado a corromper el aire; asomé la cabeza un momento por el marco desnudo de la ventana y contemplé los pulcros jardines traseros de las casas vecinas. Chester siguió subiendo mientras Paisley me aguardaba unos peldaños más arriba.

—¿Subes?

En el segundo piso, se resolvió el misterio del resplandor luminoso. Paisley me condujo a una espaciosa habitación —en realidad, dos cuartos convertidos en uno solo—, que se extendía a todo lo largo de la casa. No había alfombras ni cortinas ni mueble alguno, tan solo había una amplia mesa de comedor y seis o siete sillas de madera. Sobre la repisa de la chimenea, al fondo, se hallaba la única fuente de luz: un largo tubo fluorescente, evidentemente mangado de algún edificio de oficinas o alguna estación de metro. Contribuía a crear un efecto fantasmagórico, iluminando apenas las sombras en los rincones, pero dando un relieve especial a los rostros de las cuatro personas alrededor de la mesa: tres hombres y una mujer. Devoraban una impresionante bandeja de comida preparada, y latas, envases de cartón y restos de periódicos atrasados atestaban la mesa y el suelo, por lo que deduje que su menú era una mezcla de comida china y patatas fritas con pescado y pollo frito. En el aire flotaba un denso olor a hachís rancio. Una cocina eléctrica ocupaba un rincón; los cuatro hornillos estaban encendidos, lo que parecía un modo de calentarse y de tener permanentemente lumbre a mano. Mi llegada pasó completamente desapercibida. Continuaron bebiendo y fumando como si yo no estuviera.

A la entrada del cuarto, el más cercano a la calle, tenían el equipo estéreo. Nada que ver con una cadena musical doméstica; se trataba de una enorme consola con platinas gemelas, mesa de mezclas y altavoces de doscientos vatios. El ruido de aquella música desaforada, volcánica, era ensordecedor. Me tapé los oídos con los dedos y, al verme, Chester bajó un poco el volumen. Después anunció a todo el cuarto:

—Bueno, tíos, este es William. Va a ser vuestro nuevo teclista, ¿vale? William, te presento a Los Desdichados.

Dos o tres de los comensales emitieron un gruñido sordo. La mujer miró en mi dirección. Eso fue todo.

—Hola —saludé con timidez—. Qué local más chulo os habéis montado.

La observación provocó un breve estallido de risas histéricas.

—Sí, tiene personalidad, ¿verdad? —exclamó alguien.

—Su personalidad se huele a veces desde la calle.

Decidí probar con otro tema:

—¿Es una de vuestras grabaciones? —pregunté.

—¿Qué? ¿Esta música? No. Demasiado melódica para nosotros. Sonábamos así cuando intentábamos ser comerciales.

Chester apagó el aparato.

—Te voy a poner una de sus cintas, —dijo.

Lo que oí era desconcertante, pero escuchado con detenimiento tenía cierto sentido. La sección rítmica era demasiado alta, rápida y minimalista, mientras que los dos guitarras —uno utilizaba una especie de pedal distorsionado el otro interpretaba extraños patrones funk al mástil— parecían tocar cada uno por su lado. Mientras tanto, la voz de Paisley lo acuchillaba todo a su paso, desde las gamas más altas hasta las más bajas del registro.

Death is life

Death is life

And black is the colour of the human heart

Death is life

Death is life

You have to die before you can live

You have to kill before you can love^[1].

—Bonita letra —dije a Paisley cuando terminó—. ¿La has escrito tú?

—Sí, ¿te gusta? A mí no. Demasiado cursi.

—Exacto, debes... oscurecerla un poco —dijo alguien desde la mesa—. No queremos sonar demasiado... simpáticos.

—¿A ti te parece que sonamos demasiado simpáticos? —me preguntó Paisley.

—No creo que sea vuestro mayor problema.

—¿Crees que podrías hacer algo con esto? —me preguntó Chester—. Quiero decir, meter algunos teclados.

—Sí, claro.

—Algo con un poco más de garra, ¿me entiendes? Nada de cuerdas ni cosas por el estilo. No queremos sonar a Mantovani, ¿comprendes por dónde voy?

—Creo que sí. Oye, Chester —palpé en mi bolsillo y cerré los dedos sobre la cinta—, he traído algo de mi cosecha: la cinta que grabamos la semana pasada. Sé que aún no la has escuchado, pero a mí me parece muy buena. ¿La ponemos? Te dará una idea del tipo de cosas que estoy haciendo ahora.

Chester negó moviendo la cabeza.

—Ahora no, ¿eh? Estos chicos pueden pensar que vas demasiado de prisa. Será mejor esperar a que vayamos al estudio —miró su reloj—, lo cual vamos a hacer ahora mismo. ¿De acuerdo todos? Limpiad esta mierda y bajad los trastos. Vamos a empezar a la hora, por una vez.

Sorprendentemente, sus palabras fueron obedecidas, de manera lenta pero positiva. Se levantaron, dejando los restos de comida en el plato, y empezaron a ponerse los abrigos y a acarrear los instrumentos. Nunca he sido capaz de entender la autoridad. Algunos —como Chester— la tienen, y otros —como yo—, no. Y no es porque él sea especialmente alto. Mientras los chicos se preparaban, él permaneció allí de pie, contando cabezas y haciendo cábalas.

—Janice, ¿vienes con nosotros esta noche?

—Creo que sí, voy.

—Necesitaremos dos coches. Paisley, ¿tienes el tuyo en la calle?

—Ajá.

—Lleva tú a William, ¿de acuerdo?

—Claro.

En seguida fueron desapareciendo todos escaleras abajo, dejándonos atrás a Paisley y a mí.

—¿A qué esperas? —le preguntó Chester.

—A terminar el porro.

—Joder, Paisley. El alquiler de ese estudio me cuesta cinco libras la hora. Siempre perdemos una hora por una cosa o la otra. Y siempre suele ser por tu culpa.

Se volvió hacia mí.

—No dejes que se retrase, Bill. Nos vemos.

El eco de sus pisadas resonó en los peldaños de la escalera. Desde la calle llegó el ruido de las puertas del coche abriéndose y cerrándose, y luego arrancó y se fue.

Paisley se levantó lentamente, se inclinó hacia el interruptor de la luz y la apagó. Apagó también los hornillos de la cocina y volvió a sentarse.

—¿Qué haces? —le pregunté.

Todo estaba oscuro. Solo se veía el reflejo amarillento de las cuencas de sus ojos, el brillo de su grasiento pelo negro azabache, y el resplandor del porro, avivándose cada vez que aspiraba.

—¿Quieres? —me ofreció, inclinándose.

Me acerqué a la ventana.

—Ya has oído a Chester. Es mejor irnos ya. ¿Puedes conducir después de fumarte eso?

—De momento no nos vamos. Tenemos que arreglar un negocio, primero.

—¿Negocio, qué negocio?

—Ven aquí, pringao.

Intuí que me hacía un gesto, así que me acerqué a la mesa y me senté frente a él.

—¿Te ha contado Chester algo de nuestro casero?

—Sí, algo.

—Es un camello. Utiliza este sitio para sus citas. Por eso ensayamos los sábados, ¿entiendes? Quiere tenernos fuera de la casa.

—¿Y?

—Esta mañana ha habido una llamada para él. Primera cosa. Yo era el único que estaba despierto. Entonces se me ocurrió una idea, ¿captas?

—¿Qué idea? —pregunté, sin querer saberlo.

—Hice como que era él, coño. Ellos dijeron: «¿El señor Jones?», o algo por el estilo. Era una tapadera, ¿sabes?, porque en realidad nadie se llama así. Entonces dije: «Sí, soy yo». Y ellos contestaron: «Esta tarde en la casa, a las seis y media». Y pregunté: «¿Para qué?». Y dijeron: «Tenemos mercancía para ti». «¿Qué tipo de mercancía?», pregunté yo. «De la buena, tío», contestaron. Y dije: «¿Cuánta?», y ellos dijeron: «Montones, tío, montones». «Vale, allí estaré», dije. «Pero asegúrate de que no esté ninguno de esos capullos por allí», contestaron ellos. «Vale, estaré yo solo». Y colgaron.

—No lo entiendo —dije.

—Pues tengo un plan, ¿no?

Otra vez sin querer saberlo, pregunté:

—¿Qué plan?

—Mira. Esos tíos van a aparecer por aquí con toda la mercancía, ¿vale?, y van a querer dinero a cambio. El plan es: cojo la mercancía, no doy la pasta y me largo pitando.

Pausa.

—¿Qué te parece? —preguntó.

—¿Este es tu plan?

—Sí.

—¿Cuántos canutos te has fumado hoy, Paisley?

Permanecimos en silencio unos momentos. El corazón se me aceleraba cada vez que se acercaba un coche. Era una situación absurda. ¿Por qué mi vida no podía ser nunca tranquila? Lo único que yo había querido era hacer una prueba con un grupo nuevo. ¿Por qué tenía que verme envuelto en algo así?

—Paisley, tu idea es una estupidez —dije al fin—. Vámonos a reunirnos con los otros. Si de veras crees que esos tipos aparecerán por aquí y te lo darán todo por las buenas... oye, ¿cuántos años tienes?

—Dieciocho.

—Joder, solo tienes dieciocho años, no te metas en estos líos. No te enredes con drogas y policía a esta edad. Tú lo que quieres es ser cantante, coño. Tienes una voz cojonuda, y tienes un representante que se desvive por ti...

—¿Crees que tengo buena voz?

—Por supuesto que la tienes. No necesitas que te lo diga.

Frunció las cejas.

—No sé, a veces no me parece tan buena.

—Escucha, en mi grupo tenemos un cantante, ¿verdad? Pues comparado con él, eres como... Sinatra, como Nat King Colé, Marvin Gaye, Robert Wyatt.

—¿De verdad?

—Acabamos de grabar una cinta nueva. Aquí está. Toma, escúchala.

Saqué el casete de mi bolsillo y se lo tendí en la oscuridad.

—Oye cómo suena esa voz. Está bien, sí, no desafina ni nada parecido, pero imagínate lo que podrías hacer tú con una canción así.

—Esto... ¿lo has compuesto tú?

—Sí. Es... bueno, es una canción muy personal. Me gustaría que la escucharas y... a ver si te la oigo cantar alguna vez.

Justo en ese momento un coche se detuvo frente a la casa. Las dos puertas se cerraron con un portazo.

—Ya están aquí.

Deslizó la cinta en el bolsillo de su chaqueta, se levantó y se asomó a la ventana que daba a la calle. Me acerqué a él en silencio y vi un coche aparcado fuera, con los intermitentes encendidos.

—¿Los ves?

Me pareció ver unas siluetas moviéndose entre las sombras ante la puerta de la entrada, pero no estaba seguro. Lo siguiente que oímos fueron unas pisadas en el interior.

—Son dos —dije.

Ahora que le veía la cara, descubrí que Paisley parecía asustado; incluso más asustado que yo.

—¿Tienes alguna idea de qué hacer?

—Shh...

Desde las escaleras llamó una voz:

—¡Hola!

Paisley anduvo hacia la puerta y, esforzándose por disimular la voz, gritó:

—¡Aquí, arriba!

Las pisadas ascendieron la escalera lentamente. Oímos un golpe y un grito: —«¡Mierda!»— en el lugar donde faltaba el peldaño. Paisley retrocedió hasta el centro del cuarto, donde habían tirado la pared. Yo me quedé donde estaba, junto a la ventana.

Las pisadas se detuvieron en el primer descansillo y oímos una voz:

—No veo un pijo, joder.

—¡Calla! —susurró el otro.

—¡Estamos arriba! —gritó Paisley.

Le temblaba la voz.

Las pisadas se aproximaban, cada vez más y más despacio. Pararon al otro lado de la puerta.

—Aquí —dijo Paisley.

* * *

No me resulta fácil describir lo que sucedió. Hubo un silencio largo, muy largo, y

luego algunas pisadas más. De pronto, dos figuras aparecieron en el marco de la puerta. Permanecieron alejadas, calladas y con actitud amenazante; solo se distinguía la silueta que formaban sus pequeños cuerpos. Llevaban puestas unas capuchas y sujetaban unos bates de béisbol; ninguno de los dos mediría más de un metro. No sé cuánto tiempo permanecieron inmóviles. Paisley se limitó a mirarlos, encogido por el asombro y el miedo, hasta que ellos dieron un paso adelante y empezaron a gritar al unísono. Un chillido horrible, glacial, agudo. Se abalanzaron de repente sobre él y uno de ellos se subió a la mesa. El otro blandió el bate de un lado a otro y empezó a golpear a Paisley en las piernas. Paisley se volvió, y no sé cómo apareció en su mano una navaja, con la que empezó a lanzar tajos frenéticos al aire. Él también gritaba algo, no recuerdo qué. Debió de hacerle un tajo en la mano al enano, porque este dejó caer el bate y empezó a chillar y a gritar: «¡Mierda!, ¡mierda!, ¡mierda!».

Se agarró a la chaqueta de Paisley e intentó derribarle. Pero el otro hombrecillo, el que se había subido a la mesa, ya tenía a Paisley a su alcance y, sin que yo pudiera avisarle, le golpeó en la cabeza. Oí un ruido parecido al de la cáscara de huevo cuando se rompe con el canto de la sartén. Paisley estaba ya en el suelo. Los dos se ensañaron con él, arrebatándole la vida a golpes, hasta que no quedó nada de la cabeza de Paisley y se cansaron de tanto golpear.

Seguían sin advertir mi presencia. Yo estaba clavado bajo el alféizar de la ventana —lo cual no era muy buena idea, pensándolo bien, pues me había colocado justo a la altura de sus ojos—, pero la oscuridad era lo suficientemente densa como para que no me distinguieran. Me quedé allí, en cuclillas, mirando a los dos hombrecillos, de pie junto al cuerpo de Paisley. Uno se apretaba la mano herida entre las rodillas: debía de sentir mucho dolor.

—Venga, vamos —dijo el otro—. Larguémonos de aquí.

No hubo más respuesta que un gruñido indescifrable, seguido de un gemido.

—Me cago en la hostia, venga. Vámonos al coche.

—La chaqueta.

—¿Qué?

—Tenemos que llevarnos su chaqueta. Tiene mi sangre, y mis huellas.

—Joder.

Dejó caer el bate, volvió el cuerpo de Paisley y le quitó la chaqueta como pudo.

—Y los pantalones. Mira, están llenos de sangre.

Le quitaron también los pantalones y envolvieron con ellos la mano, todavía sangrante.

—Venga, salgamos de aquí. Vámonos.

En el momento de irse, el hombrecillo herido se detuvo, pensativo. Sacudió la cabeza y dijo:

—No he disfrutado mucho.

—Yo tampoco.

Y los dos hombrecillos bajaron las escaleras estrepitosamente, dejándome

estremecido y temblando bajo la ventana, a solas con el cadáver de Paisley. Oí abrirse las dos portezuelas del coche antes de que saliese zumbando sin que se cerrasen.

Me quedé un rato allí, no sé ni cuánto, pero no me acerqué al cuerpo. Ni siquiera pasé por encima de él, sino que lo bordeé, evitándolo todo lo que me permitía la habitación. Después yo también bajé las escaleras, pero despacio y de una en una, sujetándome a la baranda. Cuando llegué a la puerta de la calle me detuve en el umbral y aspiré a bocanadas el aire fresco. No creo que mi mente hubiese registrado en ese momento lo que acababa de ver.

Más tarde comprendí que la policía debía de tener el ojo puesto en la casa desde hacía tiempo. Puede que incluso hubieran pinchado el teléfono. Lo primero que vi cuando salí al exterior fue un coche de la policía bajando por la calle en dirección hacia mí. Antes de que comprendiera lo que ocurría, se detuvo delante de la puerta, de modo que los policías pudieron obtener una excelente imagen de mi cara, mientras yo seguía allí de pie, preguntándome qué demonios tenía que hacer. Después, tras aquellos fatales momentos de indecisión, mi cerebro se puso otra vez en marcha. En el tiempo que tardaron en salir del coche, comprendí que no había ninguna explicación posible que evitara su sospecha de que yo estaba envuelto en el crimen; incluso que lo había cometido.

Me volví y corrí escaleras arriba. Los oí venir detrás de mí. Cuando alcancé el primer rellano, recordé la ventana rota. Trepé a ella, me asomé y me acuclillé, dispuesto a saltar. Estoy seguro de que me habrían cogido, de que me habrían enganchado, si no hubiera sido por aquellos peldaños que faltaban. Se oyó el ruido de la madera al ceder y un grito de dolor, y comprendí que uno había caído en el agujero.

—¿Estás bien? —le preguntó su compañero—. ¿Estás bien?

Era mi oportunidad. Salté y fui a caer sobre largos tallos de suave y húmeda hierba. El jardín entero parecía una selva. Corrí hacia el fondo, tropezando con arbustos, ramas, trozos de botellas de leche y basura de todo tipo, y en el otro extremo trepé al muro y me encontré en un callejón tranquilo y a oscuras.

Jamás había estado tan asustado en toda mi vida. Jamás. Por eso no me resultó difícil seguir corriendo a pesar del cansancio. Y mientras corría, no podía dejar de pensar.

* * *

He querido quitarme de encima lo más difícil: describir lo que sucedió aquella noche en Islington. La tentación ahora, claro, es seguir adelante y contar cómo acabó todo, pero antes tengo que aclarar algunas cosas. Tengo que hablar de Madeline, y Karla, y Londres, y primero explicar por qué quería unirme al grupo de Paisley. Es difícil saber por dónde empezar, difícil saber si hubo un momento preciso en que las cosas empezaron a ir cuesta abajo. Pero creo que sí lo hubo. Puede situarse en una noche concreta y en un culpable concreto. Sí, sé hacia dónde apuntar el dedo acusador.

Porque, en lo que a mí concierne, todo empezó con Andrew Lloyd Webber.

TEMA UNO

Boy afraid
prudence never pays
and everything she wants costs money

*Chico asustado,
la prudencia no compensa
y todo cuanto ella desea cuesta dinero*

Morrissey,
Girl Afraid

¿Por qué odio tanto la música de Andrew Lloyd Weber? Supongo que por la misma razón por la que odio Londres: porque es mediocre y a pesar de ello atrae a todo el mundo, como si fuera lo único digno de experimentar en esta vida. Como esa noche en *El fantasma de la ópera*. Era jueves y faltaban todavía más de dos semanas para que tuvieran lugar los acontecimientos que acabo de relatar. Llevaba muchos días sin ver a Madeline y tenía unas ganas increíbles de volver a estar con ella. Hubiéramos podido pasarlo bien, pero fue un desastre. Todo por culpa de ese hijoputa.

Claro que hubo buenos momentos. Una hermosa cadencia en *Think of Me*, que sonaba claramente como *O Mio Bambino Caro* de Puccini, y una frase recurrente que me hacía pensar de manera insistente, por alguna razón, en *La Cenicienta* de Prokofiev. Pero no pude aguantar la manera en que lo mezcló todo, sin considerar ni el estilo ni el periodo ni el género: fragmentos de pastiches de opereta desembocando en pasajes de rock lumpen, e interminables escalas cromáticas en un órgano de sonido gótico que ya hace cuarenta años te habrían parecido un cliché de haberlas oído en una película B de los estudios Universal. Y aún y así el público se lo tragó todo. Era como si no tuvieran suficiente. Sencillamente no consigo entenderlo.

Y a qué coñazo, a qué ridícula y agotadora tortura tuve que someterme solo para escuchar esa basura. ¿Tenéis idea de lo difícil que es encontrar entradas para ese espectáculo? ¿Lo sabía Madeline cuando lo propuso? Tras interminables consultas en taquilla, me recomendaron que acudiese el mismo día de la representación a primera hora. De modo que me uní a la cola a las cinco en punto de la madrugada —sí, a *las cinco*, ¿me oís?—, detrás de un grupo de hombres de negocios japoneses, y estuve allí casi hasta las diez y media —lo que me hizo llegar dos horas tarde al trabajo—, solo para ver cómo las últimas entradas iban a parar a un grupo de personas que estaban cinco puestos delante de mí. Así que a la hora del almuerzo llamé a una agencia y me dijeron que les quedaban algunas entradas —devoluciones o algo parecido— pero que solo podrían dárme las si acudía en persona y pagaba en el acto. Lo hice, y entonces sacaron las dichas entradas de debajo del mostrador, y terminé pagando noventa libras —me pongo enfermo solo de pensarlo— por dos asientos. De manera que podéis imaginar de qué humor estaba cuando me reuní con Madeline ante la puerta del teatro. Y las cosas no mejoraron cuando ocupamos nuestras butacas —

muy buenas, al final— y justo antes de empezar la representación apareció aquel monstruo de metro noventa y se sentó justo delante de mí. Durante toda la noche lo único que vi fue su nuca. No vi un carajo más. Para el caso, bien me hubiera quedado en casa escuchando el disco.

Tampoco yo le prestaba gran atención a la música, para ser francos. Un encuentro con Madeline siempre era algo especial, y me pasaba casi todo el tiempo pensando qué haríamos después, dónde tomaríamos la siguiente copa, qué podía decirle o si me dejaría besarla. Estoy convencido de que mejores compositores que Andrew Lloyd Webber sufren el que sus conciertos o espectáculos sean en un diez por ciento obras de arte y en un noventa meras etapas de una ceremonia de apareamiento. Tiene gracia imaginar, por ejemplo, a Debussy agonizando sobre un compás de *Pelléas et Mélisande*, sin darse cuenta de que la mayoría del público masculino está demasiado absorto en la posibilidad de poner la mano sobre la rodilla de su acompañante femenina como para molestarse en escuchar la música. No lo puedes remediar, es natural. Cualquier movimiento de Madeline, cualquier pequeño gesto inconsciente, me resultaba más interesante que todo lo que podía ocurrir sobre el escenario, que por otra parte tampoco conseguía ver. Por ejemplo, cuando el candelabro estaba bajando del mismo techo del teatro —dejando supuestamente transido al público—, me resultó más excitante ver cómo Madeline se rascaba la mejilla. Dentro de la distancia entre nosotros, era consciente de todos aquellos pequeños movimientos. Cada vez que se acercaba, mi corazón se aceleraba. Hubo un momento en que se inclinó hacia mí, y pensé: «Dios mío, va a tocarme». Pero era porque había perdido un zapato e intentaba calzárselo otra vez.

Tres largas horas después, estábamos fuera, en mitad de una fría, húmeda y ruidosa noche londinense. Taxis y autobuses circulaban entre el chapoteo de los neumáticos y el reflejo de los faros en el pavimento.

Pensé, ¡vaya rollo!, y deslicé mi brazo bajo el de Madeline. Como de costumbre, ni me rechazó ni me alentó. Se limitó a dejarlo ahí, y a mí me faltó coraje para seguir el impulso y cogerle la mano. Llevábamos saliendo casi seis meses.

—Bueno... —dije al fin, mientras nos encaminábamos, sin ningún motivo aparente, hacia Piccadilly Circus.

—¿Te ha gustado? —preguntó Madeline.

—¿Y a ti?

—Muchísimo. Me ha parecido maravilloso.

Le apreté el brazo.

—Tienes un gran sentido del humor —comenté.

—¿Qué quieres decir?

—Es una de las cosas que me gustan de ti, tu sentido del humor. O sea, podemos reírnos juntos. Tú dices algo irónico y yo sé exactamente por dónde van los tiros.

—No he dicho nada irónico. Me ha gustado de verdad.

—Otra vez. Doble ironía, me encanta. ¿Sabes? Es fantástico que dos personas

compartan el sentido del humor, realmente... revela algo sobre ellos.

—William, no es ninguna ironía. Lo he pasado bien esta noche. Ha sido un buen espectáculo, ¿entiendes?

Habíamos dejado de andar. Le había soltado el brazo y estábamos uno frente al otro.

—¿Hablas en serio? ¿De verdad te ha gustado?

—Sí. ¿A ti no? ¿Qué tenía de malo?

Empezamos a caminar de nuevo. Separados, esta vez.

—La música era simplista e insignificante. Armónicamente primitiva y melódicamente trillada. La trama se basaba en efectos melodramáticos facilones y en un pathos de lo más basto. La escenografía era pretenciosa, manipuladora y profundamente reaccionaria.

—¿Quieres decir que no te ha gustado?

Por un momento miré fijamente sus tristes ojos grises. Pero aún así sacudí la cabeza.

—No.

Seguimos caminando, en silencio.

—¿Y qué es lo que te ha gustado?

—No lo sé. ¿Por qué siempre tienes que analizar las cosas? Simplemente estaba... estaba bien.

—Fantástico. Ya veo. Dime, ¿qué has hecho de esa invitación para salir en el Foro de los Críticos? ¿No has respondido?

—No sé de qué hablas. No me han invitado a ningún sitio.

—¿No te das cuenta de cuándo hablo en broma?

—No.

Casi habíamos llegado a Piccadilly Circus. Nos detuvimos junto al Pizzaland. Me di cuenta de que la había irritado, pero no se me ocurrió nada para arreglarlo.

—¿Qué te apetece hacer ahora? —pregunté.

—Me da igual.

—¿Quieres tomar una copa?

—Me da igual.

—Venga, no te pongas así.

Volví a cogerla del brazo y empecé a conducirla hacia el Soho.

—¿Sabes? Estaría bien que alguna vez me dieras tu opinión en lugar de dejarme todas las decisiones a mí. Sería más fácil.

—Acabo de expresar una opinión y te has burlado de mí. ¿Adónde vamos, por cierto?

—Pensé que podríamos pasar por Samson's. ¿Te parece bien?

—Vale. Quieres escuchar otra vez a tu amigo, ¿verdad?

—Puede que esté esta noche, pero no estoy seguro.

La verdad era que Tony me había llamado el día anterior. Sabía con toda certeza

que tocaría esa noche.

—¿Por qué le llamas mi amigo? —continué—. Sabes su nombre, ¿no?

Estaba tan enamorado de Madeline que a veces, en el trabajo, me daban escalofríos solo de pensar en ella: temblaba de miedo y de placer, y montones de discos y cintas terminaban cayéndoseme por la tienda. Por esa razón, no me preocupaba que no nos lleváramos muy bien. Discutir con Madeline era para mí más deseable que hacer el amor con ninguna otra mujer del mundo. La idea de compartir con ella momentos felices —acostados en la misma cama, silenciosos y adormilados— me parecía tan hermosa que ni podía visualizarla. En el fondo estaba convencido de que eso no ocurriría nunca y, mientras tanto, intercambiar pullas con ella en una fría noche de invierno, en el rincón más apartado y desagradable del Soho, me parecía ya un privilegio. Dudo que ella sintiera lo mismo; pero entonces ¿qué sentía ella exactamente?

Madeline siempre fue un enigma para mí, y no pienso concebir ninguna teoría perversa que afirme que esto formaba parte de la atracción que sentía por ella. Me jodía mucho ese tema. Durante todo el tiempo que salí con ella, siempre tuve la sensación de que no encajaba, ni conmigo ni con Londres ni con el resto del mundo. Lo noté la primera vez que la vi: parecía tan fuera de lugar, en aquel bar lúgubre donde yo tocaba el piano. Yo llevaba casi un año en Londres y había terminado por convencerme de que podía ser mi primera oportunidad: un local en una calle lateral no lejos de Fulham Road, con un viejo piano de cola y la pretensión de denominarse «club de jazz». Había leído el anuncio en *The Stage*. Me ofrecieron veinte libras en metálico y tres cócteles sin alcohol, a mi elección, por tocar allí los miércoles por la noche. Aquel día aparecí hacia las seis, con un miedo de muerte y consciente de que debía rellenar las siguientes cinco horas con seis temas convencionales y algunas piezas de mi propia cosecha, que en total no darían para más de cincuenta minutos. En realidad, no hubiera tenido que preocuparme porque en toda la noche solo hubo un cliente. Llegó hacia las ocho y se quedó hasta el final. Era Madeline.

No podía creer que una mujer tan elegante y bonita pudiera presentarse sola en un lugar como aquel y quedarse toda la noche. Quizá si hubiera habido otros clientes, habrían intentado ligársela. De hecho, estoy seguro de que lo hubieran intentado. Todos querían ligar con ella. Pero esa noche estaba yo solo, y también yo intenté ligar con ella, y eso no lo había hecho nunca en mi vida. Pero cuando llevas casi una hora tocando tu propia música para un público formado por una sola persona, y esa persona ha aplaudido al final de cada tema, y te ha sonreído, y se ha atrevido a decirte: «Me ha gustado este», te sientes autorizado a hacerlo. Lo contrario habría sido de mal gusto. Por eso cuando llegó el momento de la pausa, cogí mi copa de la barra y me acerqué a su mesa:

—¿Te importa que me siente contigo?

—En absoluto. Siéntate.

—¿Puedo invitarte a una copa?

—No, gracias. Ahora no me apetece.

Bebía un vino blanco, seco. Me senté en un taburete frente a ella. No quería dar la impresión de ir demasiado rápido.

—¿Siempre hay tan poca gente? —pregunté.

—No lo sé. No había venido nunca.

—Es un sitio un poco horterera, ¿verdad? Para la zona, me refiero.

—Acaban de abrirlo. Seguro que necesita un tiempo para despegar.

Era preciosa. Tenía el pelo rubio y corto, y vestía una ceñida chaqueta gris, una falda de lana que le cubría hasta la rodilla y unas medias negras de seda, no provocativas, pero sí con clase. Llevaba unos pequeños pendientes de oro y un color de labios rojo muy oscuro, o eso parecía quizá por el contraste con su pálida piel. Noté enseguida que su boca podía pasar de la más amplia y cálida de las sonrisas a una expresión más comente, mustia y melancólica. Hablaba en tono alto y melodioso, y su pronunciación —como todo en ella— señalaba que procedía de clase acomodada. Sus manos eran pequeñas y blancas, y no se pintaba las uñas.

—Me gusta cómo tocas el piano —dijo—. ¿Vas a tocar aquí todas las semanas?

—No lo sé, ya veremos —ahora que lo pienso, no volví a tocar nunca más allí—. ¿Esperas a... alguien? ¿O estás sola?

—Suelo ir sola a muchos sitios —respondió, para añadir enseguida—: en realidad había quedado con alguien esta noche, debíamos ir a cenar. Pero me llamó para cancelar la cita y como ya estaba preparada, decidí no quedarme en casa. Tenía curiosidad por conocer este sitio.

—No parece un tipo muy educado.

—Es un viejo amigo. No tiene importancia.

—¿Vives por aquí?

—No muy lejos. En South Kensington. ¿Y tú?

—Para mí esto es como el fin del mundo. Vivo en el sudeste de Londres. Un piso de protección oficial.

—¿Te importa que te pida una cosa? —preguntó tras una pausa—. Me refiero a una canción.

Me entró un intenso ataque de ansiedad. Veréis, la razón por la que nunca me abrí paso como pianista de bar es que mi repertorio era muy limitado y no se me daba bien tocar de oído. Los clientes siempre piden temas a los pianistas, y la única manera de cubrirme las espaldas en situaciones así habría sido aprenderme de memoria todos los clásicos. Pero hubiera tardado meses. Darle forma a una pieza solía llevarme varias horas, a veces incluso más. «My Funny Valentine», por ejemplo. No es que la melodía fuese complicada, pero algo en el puente me derrotaba y me había costado dos días conseguir que sonase exactamente como yo quería. Escuché algunas de las grabaciones más famosas, fijándome en cómo lo abordaban los grandes maestros e incorporando algunos matices propios que me parecieron muy acertados. Ahora sí podía tocarla bien, pero había sido el resultado de dos días de duro trabajo. Cualquiera

interpretación que me pidiera, aunque conociera más o menos la melodía, estaba condenada a sonar laboriosa y poco profesional.

—Bueno... ponme a prueba —respondí, sin saber por qué.

—¿Conoces «My Funny Valentine»?

Fruncí el ceño.

—El título me suena. Pero no soy muy rápido para pillar las cosas al vuelo. ¿Podrías tararearla un poco?

¿No hubiera reaccionado así todo el mundo?

Creo que fue la mejor versión que he tocado nunca. No la he superado desde entonces: fue un auténtico rompecorazones. La partitura manda un acorde de *sol con séptima* para el segundo compás; pues yo casi siempre —incluido en el décimo compás— sustituía el *re menor con séptima* por una quinta bemolizada, pero tocando la segunda inversión con un *la bemol* de base. Deberíais probarlo. Oscurece mucho la melodía. Luego en el puente, en lugar de esos *si bemol aumentados*, puse directamente un *la bemol mayor con séptima*, y una vez intenté una novena menor que no se me había pasado nunca por la cabeza (por suerte tuve el tiempo justo de darle la noticia a mi mano derecha). Lo alargué con seis *chorus*, empezando en un tono tranquilo pero pulsando fuerte las teclas, e intensificando los acordes al final. Para el último acorde bajé a *do menor*, y mi última nota —ahora lo recuerdo— fue un *la natural* por todo lo alto. Lo he intentado algunas veces desde entonces, y nunca ha vuelto a sonar así. Aquella noche sonó verdaderamente perfecto.

Primero hubo un silencio, luego empezó a aplaudir y se acercó al piano. Me volví y la miré. Los dos sonreíamos.

—Gracias —dijo—. Ha sido precioso. Nunca había oído tocarla así.

No se me ocurrió nada que decir.

—A mi padre le gustaba esa canción —continuó—. Tenía un disco que yo solía escuchar a menudo, pero... tu versión es muy original. ¿De verdad no la habías tocado nunca?

Sonreí modestamente.

—Es sorprendente lo que uno puede hacer cuando tiene una buena fuente de inspiración.

Se ruborizó.

Un par de temas después, el dueño se acercó y dijo que podía irme a casa si quería. No se mencionó nada de volver a la semana siguiente. Me dio el dinero y salió a la calle para bajar la persiana del bar.

—A mí me ha gustado —dijo ella—. Y seguro que a todo el mundo le hubiera gustado, si hubieran estado aquí.

Terminé de guardar mis partituras en una bolsa de plástico.

—¿Te molesta que te acompañe a casa? —le pregunté.

Pareció dudar.

—Solo hasta la puerta. No te imagines nada raro.

—De acuerdo, muy amable. Gracias.

Y hasta ahí llegaron las cosas esa noche... hasta su puerta, que, por otro lado, resultó ser toda una señora puerta. Casi el doble de alta que yo, calculando por lo bajo. Parecía conducir a una especie de mansión, una de esas residencias georgianas imponentes e increíbles que se encuentran en Onslow Square o en barrios de esa clase.

—¿Vives aquí? —pregunté, alargando el cuello para conseguir ver el último piso.

—Sí.

—¿Sola?

—No, la comparto con otra persona.

Asentí con la cabeza.

—Debéis de vivir muy apretados.

—No es mío ni nada de eso —respondió, riendo.

—¿Estás de alquiler? ¿Cuánto pagas a la semana?... Más o menos, mil libras arriba, mil libras abajo.

—Trabajo aquí —contestó—. La dueña es una señora mayor. Yo la cuido.

Era una noche cálida, de principios de verano. Seguíamos los dos de pie frente a la casa. Detrás de nosotros había un seto alto de laurel y, tras el seto, un pequeño parque privado. Por encima, la luz plateada de una farola. Me apoyé en ella. Madeline permanecía a mi lado, muy cerca.

—Es muy vieja y débil, y se pasa casi todo el día durmiendo. Tengo que llevarle la comida, pero no he de hacerla yo, tiene un cocinero. Yo no sé cocinar. Tengo que levantarla de la cama por la mañana y acostarla por la noche. Por la tarde le llevo una taza de té con pastas y galletas, pero a veces no consigue estar despierta el tiempo suficiente para comérselas. También tengo que hacerle las compras, ir al banco y cosas así.

—Y ¿cuánto te pagan por hacer todo eso?

—Me dan algo de dinero y me dejan algunas habitaciones para mí sola. Aquellas son mis habitaciones —señaló dos enormes ventanas en el segundo piso—. Pero la mayoría del tiempo no tengo que hacer nada. Me limito a quedarme ahí, a veces el día entero.

—¿No te sientes sola?

—Tengo teléfono y televisión.

Asentí otra vez con la cabeza.

—Parece un estilo de vida muy diferente al que yo llevo. Muy diferente.

—Tienes que contarme eso.

—Sí, tengo que contártelo. Quizá... —aventuré—, ¿otro día?

—Tengo que entrar en la casa —dijo ella.

Y cruzó la calle velozmente.

La seguí, y abrió el portalón con una llave cilíndrica que parecía absurdamente diminuta y ridícula. Había tres peldaños hasta la puerta: yo estaba en el segundo y

ella en el tercero, por lo que parecía mucho más alta que yo. Cuando la puerta se abrió, entreví un vestíbulo a oscuras. Madeline desapareció un instante —oí el ruido de sus tacones sobre lo que parecía un suelo de mármol— y después todo se iluminó.

—¡Caramba!... —dije.

Miré a mi alrededor, sin molestarme en ocultar mi asombro, mientras Madeline recogía un sobre que debían de haber dejado en mano en el buzón. Lo abrió y ojeó una carta.

—Una nota de Piers —dijo—. Al final ha venido, ¡qué tonto!

Yo seguía plantado en la acera como un imbécil, incapaz de decir nada.

—Bueno —dijo Madeline—, hasta aquí has llegado. Buenas noches —añadió, empezando a volverse.

—Escucha —le dije, cogiéndole el brazo sin darme cuenta, mientras ella me miraba intrigada con sus ojos grises—, me gustaría volver a verte.

—¿Tienes un boli?

Llevaba uno de plástico en el bolsillo de la chaqueta. Se lo tendí y garabateó un número de teléfono en el sobre, bajo la palabra «Madeline», escrita por su amigo. Me lo entregó.

—Toma. Puedes llamarme. Cuando quieras, de día o de noche. No me importa.

Y una vez dicho eso, me cerró suavemente la puerta en las narices.

* * *

No había mucha gente en Samson's —el tiempo no invitaba a salir—, así que podíamos elegir mesa en el comedor o en el bar.

—¿Tienes hambre —pregunté— o prefieres una copa?

—Me da igual.

Suspiré.

—¿Ya has cenado?

—No.

—Pues debes de tener hambre.

—No mucha. ¿No prefieres que nos sentemos con tu amigo?

El piano estaba en la zona reservada para copas, no lejos de la puerta del comedor, para que los comensales pudieran escuchar la música. Tony tocaba de espaldas a nosotros y aún no nos había visto.

—Da igual donde nos sentemos —dije.

—Creía que ese era el motivo por el que vinimos.

—Hemos venido porque es un sitio bonito al que merece la pena venir. No sabía siquiera si iba a estar o no —debí de alzar la voz porque Tony me oyó, se volvió y me hizo un gesto con la mano izquierda, mientras prolongaba con la otra un breve y sutil arpegio en *fa sostenido menor*.

—Entremos —dije, señalando el restaurante.

—No quiero quedarme sentada mirándote comer —dijo Madeline.

—¿No te apetece nada?

—No especialmente.

—¿Por qué no lo has dicho antes? Está bien, nos limitaremos a tomar una copa.

—Pero tú sí tienes hambre.

—¡Por Dios!

Tomé asiento en la mesa más cercana y comencé a ojear la lista de vinos.

Se sentó a mi lado y empezó a quitarse la chaqueta.

—Eres muy difícil, William —dijo.

Yo me acordé de cierta melodía:

There were times when I could have murdered her

But I would hate anything to happen to her...

I know, I know, it's serious^[2].

—Hola, tortolitos —saludó Tony.

Acabábamos de dar los primeros sorbos de vino, una hermosa botella de Frascati fresco, cuando apareció de pie junto a nosotros, con una mirada radiante que reclamaba a gritos una invitación.

—¿Una pequeña pausa? —pregunté, invitándole a sentarse.

—Gracias.

Pedimos un tercer vaso.

—Bonita versión —comenté.

—¿La de Cole Porter? Sí, quería probarla en otro tono. No la había ensayado nunca en *la*. Suena más alegre, creo —llenó generosamente su vaso—. Bien, ¿cómo va todo?

Esperaba que se interesara primero por Madeline, pero su pregunta estaba claramente dirigida a mí, e intuí que íbamos a embarcarnos en una conversación sobre música de la que ella quedaría excluida.

—No hemos ensayado mucho últimamente —dije—. Mañana será el primer día en toda esta semana. Teníamos que reponernos del último concierto. Fue muy duro.

—Sí, algo me dijiste.

—Me cabreé con Chester. Estaba muy arrepentido y dijo que nunca más volvería a llevarnos a un antro así.

—¿Y qué tal Martin? ¿Le han quitado ya el vendaje?

—Sí, parece que hace un par de días. Creo que ya puede sostener la guitarra.

—Pobrecillo.

—Ya sabes, la experiencia te enseña. A partir de ahora, sabremos apartarnos de los garitos donde el camarero lleva «Amor» y «Odio» tatuado en los nudillos.

Tony esbozó una sonrisa acusadora, como la de quien se apunta otro tanto al final de una interminable discusión.

—Bueno, eso es lo que significa para ti la música rock, ¿no? A mí nunca me ha pasado nada parecido tocando el piano. Por cierto ¿le has dedicado algo de tiempo a

la auténtica música?

—He echado un vistazo a algunas de las canciones que me pasaste. Por cierto, creo que te has colado en una transcripción. Tres compases antes del final de «All the Things You Are», es *si bemol menor*, ¿verdad?, no mayor.

—Eso es. Un dos-cinco-uno, sencillo. ¿Por qué? ¿He escrito mayor?
Madeline se levantó.

—¿Me perdonáis un momento? Los lavabos están abajo, ¿verdad?

—Sí, eso.

Tony y yo permanecemos unos minutos en un incómodo silencio.

—Me parece que se siente excluida cuando hablamos de música —expliqué—. Deberíamos hablar de algo más general.

—Y ¿no es un problema?

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, salir con alguien que no comparte tus gustos.

—Sí los comparte. Le gusta la música, todo tipo de música. En especial la música religiosa, le encanta.

—Sí, le pega —echó más vino en mi copa—. Entonces, ¿cómo os va?

Quizá sea este el momento de explicar que Tony y yo nos conocíamos desde hacía varios años. De hecho, él había sido mi primer profesor de piano. Cuando yo vivía en Leeds y estudiaba la carrera de Química —que acabé abandonando—, él hacía el doctorado y se ganaba un dinero extra dando clases de jazz para piano. Ya tenía una pequeña familia a su cargo: su mujer, Judith, y su hijo Ben, que entonces solo tenía cinco años. No tardé mucho en conocerlos a los dos, pues empecé a dar clases particulares de piano con él. Vivían en una pequeña casa de Roundhay, un lugar verdaderamente hermoso, con piano, jardín e incluso algo de vistas al campo, de manera que parte del placer de ir allí consistía en ver a toda la familia y a menudo compartir la cena con ellos. A Judith parecía agradarle tenerme como huésped, no entendí nunca por qué. Por alguna razón, yo no había conseguido hacerme a la vida de estudiante: me horrorizaban aquellos tipos lúgubres que se preparaban tallarines de sobre en unas cutres cocinas colectivas y se los comían a solas en el cuarto viendo al Dr. Who en una televisión portátil en blanco y negro. Así que disfrutaba con esas pequeñas veladas familiares en casa de Tony, con buena comida y excelente vino, y algo de Monk, Ben Webster o Mingus como telón de fondo.

Pero eso solo duró el primer año. Judith quería ir a Londres, donde era más fácil encontrar un trabajo de jornada completa, y toda la familia se mudó a Shadwell, llevándose la incompleta tesis de Tony. Por suerte, sus contactos con la escena musical de Leeds le ayudaron a abrirse paso en Londres, y no tardó en recibir ofertas para tocar y dar clases. Así, cuando decidí, en mi infinita sabiduría, que Londres era el único lugar posible para un candidato a músico profesional, renunciando a la batalla perdida con mi licenciatura, me encontré con que al menos tenía a alguien a quien aferrarme. Me habían ayudado mucho. Tenía una gran deuda con ellos. La

hermana de Judith, Tina, buscaba a alguien con quien compartir su casa: vivía en un piso de protección oficial y con dos habitaciones, en Bermondsey. Me mudé enseguida y la cosa fue más o menos bien... aunque más tarde hablaré de Tina porque también ella tuvo que ver en lo que sucedió.

Ni Judith ni Tony odiaban Londres como yo lo odiaba, pero, eso sí, él lo odiaba más que ella. Siempre había tenido un temperamento reservado y los pies muy bien puestos en la tierra, una tendencia a ver el lado oscuro de las cosas y a rechazar los comportamientos pretenciosos o afectados. Tenía una barba negra, rala y bien recortada, y una mirada escrutadora y lúcida. Le gustaba tomarle el pelo a la gente sin que se diese cuenta, una forma de humor que nunca he podido entender; y siempre me ponía vagamente nervioso cuando le presentaba a alguien, pues el hecho de que fuesen amigos míos no era garantía alguna de que los fuera a tratar con cortesía. Había empezado a sospechar que no sentía gran simpatía por Madeline. No porque lo hubiera dicho nunca —no a mí, desde luego—, sino porque detectaba aquel minúsculo antagonismo. La verdad es que tenían pocas cosas en común, y además estaba esa sencillez de Madeline, esa ingenuidad suya, a Tony le debía resultar crispante. A lo mejor pensaba que era puro teatro. Sin contar con que a Madeline le gustaba la música religiosa. Tony miraba con mucho recelo ese lado de su personalidad, no se lo tragaba, mientras que para mí era una de las cosas que la hacían más atractiva. La suya era una religión discreta y bondadosa, que se manifestaba en la voluntad general de ser amable y pensar siempre bien de la gente (aunque yo lo caté poco, la verdad). Recordé nuestra última visita a Samson's, en la que Tony había hablado sobre su padre que había muerto hacía un par de años.

—Cuánto lo siento —había dicho Madeline—. Debe de ser horrible perder a un padre así, tan pronto.

—No tiene mucho sentido, ¿verdad? Cosas de la vida.

—Pero ¿sabes una cosa? —dijo ella entonces, llegando a tocar la mano de Tony, mientras yo la admiraba en silencio—. Lo importante es morir con dignidad. La muerte puede ser suave, serena. Incluso hermosa. Si abandonamos esta vida con dignidad, ¿por qué hemos de lamentarnos?

—Qué gran verdad —dijo Tony.

—¿Cómo murió tu padre?

—Se le gangrenó el escroto.

Por consiguiente, Tony no era la persona más indicada para recibir confidencias sobre mi relación con Madeline, pero ¿a quién tenía? Los miembros del grupo resultaban, en lo referente a su política emocional —por llamarlo con suavidad—, bastos. Y después de más de un año en Londres, casi no tenía otros amigos. ¿No te dice esto a gritos cómo es esta ciudad? La cercanía física con mis vecinos me agobiaba, los oía al otro lado de la pared, tirándose cacharros y sacudiéndose continuamente, pero nunca llegaría a saber sus nombres. Podía ir en el metro, con el cuerpo pegado al de otro pasajero, y nunca llegar a intercambiar una mirada con

nadie. Podía ir a la misma tienda tres veces a la semana, y no mantener nunca una mínima conversación con la chica de la caja. ¡Qué ciudad más estúpida! Pero no quiero perder el hilo del relato. Y el hilo está en que me alegró la pregunta de Tony, me alegró la oportunidad de hablar sobre Madeline aprovechando su ausencia.

—Sí, de momento todo bien va entre nosotros —le dije—. No peor que de costumbre, al menos.

—¿Te has acostado con ella?

No era asunto de su incumbencia, por supuesto, pero no me molestó que lo preguntara.

—Creemos que es importante tomarse las cosas con calma.

—Desde luego, no creo que nadie te acuse de lo contrario... Pero yo intentaría meterle mano antes de la menopausia, al menos.

—Bueno... El problema es ese catolicismo suyo...

—¿No te parece frustrante?

—Intento compensarlo con otras cosas. Me parece que estoy utilizando la música como sustituto del sexo.

—¿De veras? Pues, oye, es la última vez que tocas mi piano sin lavarte antes las manos. ¿Se lo has dicho a ella? ¿Habláis de estas cosas?

—Estoy esperando el momento oportuno.

—Han pasado ya seis meses, William. Y no debe de resultar nada barato salir con una chica como Madeline. ¿Adónde la has llevado esta noche?

Se lo dije.

—¿Qué? ¡Repítemelo!

—Fue idea suya. Hacía siglos que quería ir a verlo.

—¿Cuánto te han costado las entradas?

Se lo dije.

—¿Qué? William, no puedes permitirte estos gastos.

—He hecho muchas horas extras. Me los puedo permitir; bueno, de vez en cuando. Además he escrito a algunas revistas, y me parece... me parece que alguna no va a tardar en contestar. He enviado algunas críticas como muestra y un currículum. También hablé por teléfono con un tipo y me dio ánimos.

—Los periodistas son unos fantasmas, tío, ¿cuántas veces tengo que decírtelo? Yo que sé, a lo mejor tienes suerte, pero no te fíes de esos tipos.

—Tengo que empezar a buscarme la vida, a hacer carrera, tarde o temprano; si no, me volveré loco. No voy a aguantar mucho más en esa tienda.

—William, eres joven. Relájate, tío, acéptate como eres, practica todo lo que puedas. Tocas bien, tocas muy bien, te lo he dicho un montón de veces. Nadie sabe por dónde podrás abrirte camino si sigues trabajando. No tienes por qué obsesionarte con tu carrera ahora.

—Supón que quisiera casarme.

—¿Casarte? ¿Con tus años? Te estás quedando conmigo. ¿Con quién quieres

casarte?

Alcé las cejas y me serví un poco más de vino. Tony movió la cabeza.

—Lo siento, William, no me parece buena idea.

—Pues tú estás muy bien casado, ¿no? Con una casa, un niño, todo eso.

—Sí, pero tú tienes que prepararte antes. Mira, ya estuviste a punto de casarte una vez, y ¿qué edad tienes? ¿Veintitrés? Tómatelo con calma. Que veas a una mujer de vez en cuando no quiere decir que tengas que pasar el resto de tu vida con ella. Calma. Libera tu mente.

Tony miró su reloj.

—Tengo que volver a tocar. Se me han acabado los veinte minutos.

—Bien. Estaremos por aquí y te escucharemos un rato más.

—Acabas de recordarme algo. ¿Podrías hacerme un favor?

—¿Qué?

—Se trata de Ben. ¿Tienes algo que hacer el día once? Quince días a partir del domingo.

—No creo. ¿Por qué?

—El jefe de Judith la ha invitado a una especie de comida en Cambridge y quiere que la acompañe, pero no podemos llevarnos a Ben. ¿Te importaría quedarte con él un día? Volveremos a media tarde.

—Ningún problema.

Me gustaba la idea de pasar un día entero en casa de Tony. Tendría ocasión de tocar su piano.

—Entonces, me reservas el día, ¿vale? Te lo agradezco muchísimo.

Tony se levantó y estiró los dedos:

—¿Alguna petición?

A lo lejos vi a Madeline atravesando el comedor desde el lavabo de señoras.

—¿Qué tal «I Got it Bad and That Ain't Good»?

Tony siguió mi mirada con los ojos y sonrió:

—Marchando.

¿De qué hablamos Madeline y yo el resto de la noche? Si vuelvo la vista hacia los momentos que pasamos juntos, me resulta casi imposible recordar la sustancia de nuestras conversaciones. Me asalta la terrible sospecha de que nos quedábamos casi todo el rato callados, o manteniendo unos diálogos tan banales que he optado por borrarlos de mi mente. Sé que ya no volvimos a discutir aquella noche y que no volvimos a hablar del espectáculo. Puede que nos quedáramos mucho tiempo, una vez agotada la botella de vino. Lo único que recuerdo con absoluta claridad es que después estábamos en las profundidades de la estación de metro de Tottenham Court Road, donde se bifurcaban nuestras líneas respectivas, y que yo la abracé para besarla en la frente.

—Bueno, buenas noches —le dije.

—Gracias por invitarme. Siento que no te hayas divertido más.

Me encogí de hombros.

—¿Cuándo puedo volver a verte? —le pregunté.

De pronto, el dolor por alejarme de ella se volvió inmediato y tan crudo como de costumbre.

Ella también se encogió de hombros.

—¿Qué tal... —escogí un día al azar, interponiendo una distancia que parecía razonable—, el martes?

—Perfecto.

(Habría contestado lo mismo si yo hubiera dicho: «Mañana» o: «Dentro de seis meses».)

Fijamos una hora y un lugar y nos dimos un beso de despedida. El beso no estuvo nada mal. Duró unos cuatro o cinco segundos, con los labios ligeramente separados. De hecho, superó mis expectativas.

Pero no me sentía muy exultante que digamos volviendo a casa. Primero tomé la línea norte en dirección a Embankment y después la Circle Line en dirección este, hacia Tower Hill. El último tren, creo. Lo que sé seguro es que eran bien pasadas las doce cuando salí de nuevo al aire libre e inicié mi media hora de caminata hasta el piso. El revisor me reconoció y me autorizó a salir con un gesto cansino, sin siquiera inspeccionar mi billete. Yo aparecía siempre en esa estación, a esa hora, con tanta regularidad, que tal vez me tomaba por un obrero que volvía de cubrir el turno de noche. Tower Hill. De pronto me pareció un título apropiado para una composición para piano que estaba escribiendo. Quería darle un tono lánguido y melancólico, como el estado en que uno se siente al final de un día largo, con la vaga esperanza de que el siguiente sea un poco mejor. Las dos primeras frases habían surgido de manera totalmente espontánea durante una improvisación, y había jugueteado con ellas casi una semana, buscándoles una estructura. Quizá haber encontrado el título ayudase a concretarlas.

Cuando llegué a casa, pasé directamente a mi cuarto, encendí el teclado y el amplificador, y toqué lo que llevaba escrito hasta aquel momento:



Fam⁷ Fadim MibM⁷ Soldim LabM⁷ Labm⁶ Solm⁷ Do⁷

No había conseguido pasar de ahí. Tenía algunas ideas para la parte central, pero todavía no me sentía capaz de elaborarlas. ¿Qué vendría después? El *do con séptima* implicaba un *fa menor*, eso era fácil; y de pronto, tuve una visión clara de la atmósfera que iba buscando, y escribí de un tirón los cuatro compases siguientes:



Fam⁷ Sib⁷ Sibm⁷ Do⁷ LabM⁷ Sib⁷ MibM⁷

Toqué los ocho compases seguidos varias veces, y me dejaron satisfecho; pero continuaba sin encontrar la fórmula para atacar el puente. Probé con trece acordes diferentes y ninguno de ellos sonaba bien, así que me rendí. En vez de intentarlo más, me fui a la cocina y me hice un té.

TEMA DOS

Loud, loutish lover, treat her kindly
(although she needs you more than she loves you)

*Amante grosero y tosco, sé amable con ella
(aunque te necesite más de lo que te quiere).*

Morrissey,
Know It's Over

Mientras esperaba a que hirviese el agua, comprobé si Tina me había dejado alguna nota antes de salir a currar. Trabajaba en turno de noche, procesando datos para una enorme consultoría de la City. Su horario era de siete de la tarde a dos de la mañana, de modo que nunca estaba en casa cuando yo llegaba por la tarde y siempre estaba dormida cuando yo salía a trabajar por la mañana. En otras palabras, no nos veíamos nunca. Creo que no habríamos coincidido más de dos o tres horas en total desde que me había instalado en su piso. Incluso los fines de semana se pasaba el día entero durmiendo y permanecía despierta por la noche. Yo procuraba no quedarme en el piso esos días, pues me parecía demasiado deprimente. Casi todo lo que sabía de ella entonces me había llegado por boca de Tony y de Judith, o por las notas que solía dejarme antes de marchar a trabajar. Sabía, por ejemplo, que tenía cinco años más que yo y que salía con un español llamado Pedro, que vivía por Hackney y trabajaba de taxista en un turno parecido al suyo. Tina le había dado una llave del piso, y solía aparecer por allí todas las noches, hacia las tres, solo para acostarse con ella. En realidad, no sé de dónde venía mi impresión de que era un tío empalagoso, pues nunca le había visto. Y hasta esa noche, ni siquiera había oído su voz.

Con el fin de comunicarnos mediante notas, Tina y yo habíamos dispuesto un mazo de folios sobre la mesa de la cocina. Era mucho mejor que escribir en pedacitos de papel. Y así podíamos mantener un auténtico diálogo. Cogí la última hoja de papel y examiné la lista completa de mensajes de la última semana. Empezaba de manera poco prometedora, con un duro mensaje de Tina:

Querido W: Veo que todavía no has fregado los platos. Casi toda la vajilla que hay sucia es tuya, y si crees que te la voy a fregar yo, vas de cráneo. ¡Cómo le voy a preparar un buen desayuno a P. si no puedo ni acercarme al fregadero! Esta tarde te ha llamado un tipo por teléfono. Saludos, T.

T: La sencilla razón por la que aún no he lavado los platos es porque no hay UNA GOTTA de jabón y estoy seguro de que te toca a ti comprarlo. ¿Has visto las manchas de humedad que hay en las paredes del baño? ¿Qué hacemos con eso? Decirme que «un tipo me ha llamado por teléfono» no me sirve de nada si no me dices quién era. ¿Tenía acento galés? W.

W: ¿Estás ciego o qué? ¿No has visto que he puesto el jabón de los platos en el armario, al lado de la caja de galletas de chocolate? Siento lo de las manchas de humedad, no es nada grave. P. y yo nos bañamos juntos ayer por la tarde y él se excitó un poco, eso es todo. ¡Es tan apasionado! No tengo buen oído para los acentos... pero el tipo que llamó me sonó más del oeste que galés. Hoy han vuelto a llamar, pero no estoy segura de que fuese la misma persona; me sacó de la cama y casi no me enteré de nada. ¿Te vas a comer el queso o vas a dejar que críe hongos? Saludos, T.

T: Como verás, casi he acabado la limpieza, pero no del todo porque me he levantado un poco tarde. ¿Que por qué me he levantado tan tarde? ¡Porque el puto teléfono me ha despertado a las cuatro de la mañana, por eso! Supongo que sería otra vez Pedrito el Torero. Y tú no te esforzaste mucho que digamos por hablar en voz baja. Por lo menos os pasasteis media hora de cháchara. Por cierto, ¿te importaría tomarte la molestia de concretar tus mensajes? Esas llamadas para mí podrían ser ofertas de TRABAJO. Sí, voy a comerme el queso. Creo que está en perfectas condiciones. W.

Querido W: ¿Cómo crees que me sentí yo por tener que CONTESTAR al teléfono a las cuatro de la mañana? Me quedé destrozada cuando llamó P. Nunca me había hecho nada así. No me dio ninguna razón convincente para no venir y se oía música de fondo, como si estuviera en alguna fiesta o discoteca. Y no estuvimos hablando CASI media hora. De hecho fue muy cortante. Sí, tuve que alzar la voz un poco porque no me oía bien. Y, además, quería decirle un par de cosas bien dichas por si piensa seguir tratándome de esa manera. Disculpas por haber perturbado tu sueño, pero MIS SENTIMIENTOS, ¿qué? Como comprenderás, no he podido pegar ojo en toda la noche.

He tirado tu queso. La casa empezaba a apestar. Saludos, T.

P.D. Con tus mensajes y con P. llamando a todas horas, ¿qué te parece si pagáramos a medias un contestador automático?

T: Siento que hayas tenido problemas con Pedro y que hayas pasado mala noche, pero me parece bastante mezquino que te vengues con un inocente pedazo de queso. La cocina sigue apestando, pero si abres el frigorífico verás que la culpa es de tu tarro de ensalada griega, que ya está muy pasada de fecha. Sí, comprar un contestador me parece una idea excelente y estaría dispuesto a pagar la mitad. W.

Querido W: He vuelto a pasar una noche horrible, y debo decir que el jaleo de tus pisadas en la cocina esta mañana, como una manada de búfalos en desbandada, no ha contribuido a mejorarla. ¿No podrías tomar un poco más tranquilamente el desayuno? No te han vuelto a llamar más, pero me pregunto si no estará estropeado el teléfono porque P. tenía que haber llamado para disculparse por no haber venido tampoco ayer. Ah, ¿tienes intención de darme el dinero del alquiler? Han pasado ya cuatro semanas y, como comprenderás, el dinero no me sale de las

orejas. Por cierto, esta mañana te he visto por la ventana cuando ibas a trabajar y estás en los huesos, tío. ¿Comes lo suficiente? Te invito a un cocido que tengo en la nevera. Hoy cociné para dos, pero ya te puedes imaginar quién ha sido el que no ha aparecido y se ha quedado sin su parte.

Por la tarde me he acercado al centro y he comprado el contestador. Apasionante, ¿verdad? Creo que lo he dejado conectado. Puedes echarle un vistazo y comprobar si han dejado algún mensaje. Saludos, T.

Abrí el frigorífico y vi la olla de cocido. Tenía un aspecto poco apetecible, pero me supo bien. Supongo que habría debido calentarlo y servirlo en un plato y todo eso, pero a aquellas horas de la noche no tenía ganas de trabajar tanto. Cogí una cuchara y me lo comí directamente de la cacerola en el salón.

El contestador estaba encendido y observé el parpadeo de una luz verde. Según el manual, que Tina había dejado junto al teléfono, eso significaba que había un mensaje. Me pregunté si sería del misterioso individuo con voz del oeste, o de alguien de la redacción de *Midi Mania*, que me llamaba para decir que había leído mis críticas y solicitaba mi colaboración. Pero había un solo mensaje, perteneciente a una voz con inconfundible acento español:

«Hola, Tina, cariñín. Soy Pedro, tu chicarrón, tu cactus espinoso. Esperaba encontrarte antes de que te marchases a trabajar... Bueno, no importa. Pensaba enviarte un millón de flores como disculpa por no haber venido a verte ayer, pero ¿no sería mejor que me pase por ahí esta noche? Para bañarnos juntos o lo que se tercié... ¿me sigues? Confío en que dejarás la luz del cuarto encendida, cariño. Hasta luego, bichito.»

La máquina dio un pitido: fin del mensaje.

Rasqué el fondo de la olla para tirar los restos del cocido a la basura. Era hora de ir a la cama.

* * *

La barriada donde vivía se llamaba Urbanización Herbert. Se había construido en los años treinta y había oído decir que aún residían allí algunos de los primeros inquilinos, o sea, que llevaban allí más de cincuenta años. Yo solo llevaba quince meses y no tenía otra cosa en la cabeza que largarme cuanto antes. No era que no me gustaran mis vecinos, sino más bien que no tenía mucho en común con ellos. El uniforme masculino habitual incluía pecho y brazos tatuados y, a ser posible, una pareja de alsacianos o rottweilers al otro extremo de la correa. Las mujeres se limitaban a transportar niños todo el santo día, ya fuera empujando los carritos donde los metían o tirando de los arneses con que los sujetaban. A veces entraban en una tienda con una horda de críos pegados a las faldas gritando, berreando y armando un

barullo increíble. Para controlarlos, las madres no tenían otro recurso que comprarles caramelos, chokolatinas, patatas fritas o latas de Coca-Cola y limonada, motivo por el que todos tenían la piel tan pálida, los labios tan rojos y unos dientes que ya empezaban a ennegrecer. Las mujeres de la urbanización siempre parecían embarazadas. En el piso de abajo había por los menos seis niños y uno más en camino (un accidente, por lo que deduje una noche a partir de una conversación especialmente estridente bajo el suelo de mi habitación). La mayoría de los hombres estaban en el paro y no encontraban gran cosa que hacer en todo el día salvo andar dando tumbos, ir al pub o apostar al fútbol y a los caballos. Resultaba difícil entender cómo todas aquellas familias lograban llegar a fin de mes.

No era un barrio especialmente violento; incluso había una especie de mentalidad comunitaria bastante deprimente, la sensación compartida de que esta existencia no es sino una larga batalla por sobrevivir y mientras estemos aquí nada es especial motivo de alegría. Muy de tarde en tarde irrumpía en el barrio un coche de la policía, con el ruido de la sirena y las luces parpadeando, y se producía un alboroto en algún sitio, pero nunca llegábamos a enterarnos del motivo. Teníamos tres cerraduras en la puerta y barrotes en la ventana, de manera que no sufrimos nunca ningún robo en casa. Al final de la calle estaba la sede del Ejército de Salvación, por lo que era frecuente ver vagabundos y alcohólicos caminando arriba y abajo todo el día. Se acercaban al parque si el tiempo era bueno —rara vez lo era— o se dejaban caer por las licorerías a comprar sidra o cerveza, que luego se bebían sentados en el borde de la acera.

Muy poco que ver con lo que yo esperaba cuando vine a Londres. Aunque tampoco esperaba mucho, la verdad.

Mis padres eran unas bondadosas y honradas personas de clase media que vivían a las afueras de Sheffield, y yo había pasado los primeros veinte años de mi vida allí, ignorando suficientemente el mundo como para no darme cuenta de la suerte que tenía. Éramos una familia muy unida, solo nosotros tres, y yo no había conseguido hacer muchos amigos: en realidad solo Derek, que vivía en la casa de al lado, y Stacey, con la que estuve a punto de casarme.

Derek era un par de años mayor que yo, pero eso nunca tuvo mucha importancia, ni siquiera en ese periodo de la adolescencia en que dos años parecen el más infranqueable de los abismos generacionales. Supongo que nuestra amistad se basaba en que los dos estábamos obsesionados con la música, aunque de modo diferente. Mi obsesión tendía a lo práctico: me interesaba escuchar los discos, aprender todo lo posible y aplicarlo luego a mi propio estilo (en aquella época tocaba la guitarra; no me pasé al piano hasta casi cumplidos los diecisiete). Derek, en cambio, solo aspiraba al mero consumo. Se empapaba con avidez de las últimas tendencias musicales y las había digerido ya mucho antes de que los demás entendiésemos de qué iban. A los catorce años empezó a interesarse por el *punk*. En esa época yo todavía andaba escuchando a grupos estúpidos especializados en plagiar a los clásicos y oía álbumes

de grupos conceptuales, con portadas dobles e imágenes sacadas directamente de Tolkien; Derek me apartó pronto de esto. Solía ir a su cuarto a escuchar los últimos *singles* en su viejo tocadiscos Dansette —yo nunca compraba *singles* y él compraba cinco o seis a la semana, quizá más—. Era en los tiempos en que los *maxis* y los discos ilustrados constituían todavía una novedad. Luego llegaron los llamados «nuevos románticos» y después un periodo de sequía, que él soportó a duras penas quejándose constantemente de no encontrar nada interesante. Más tarde llegaron el *hip-hop* y el *house*, que dibujaron una sonrisa en su rostro. Entretanto yo había empezado a tocar en un grupo local, y él asistía con fidelidad a nuestros conciertos, aunque sin hacer comentarios sobre nuestra música, por lo que pensé que no le gustaba especialmente. A veces decía que nos faltaba presencia, cosas de ese estilo, o criticaba nuestro corte de pelo. Supongo que para entonces nuestra amistad había evolucionado hacia formas diferentes y ya no hablábamos mucho de música. Siempre he pensado que los músicos y los fans vocacionales no tienen, a la larga, tantas cosas en común como parece.

Pero lo bueno de que Derek asistiese a nuestros conciertos era que le hacía compañía a Stacey. Los dos aparecían allí donde tocáramos —normalmente no pasábamos de teloneros en antros o garitos de sábado por la noche, en la zona de Leadmill—, se sentaban en la primera fila, donde yo los tenía siempre a la vista, y a la salida nos íbamos los tres a tomar una copa. Stacey era fantástica. Todavía hoy lo pienso.

Cuando acabé el instituto no quise ir a la facultad, deseaba introducirme de pleno en el mundo de la música, y el único trabajo que conseguí con la especialidad de química consistió en descifrar recetas tras el mostrador de una farmacia. Allí fue donde conocí a Stacey. Trabajaba en la sección de cosmética.

Pero ¿por qué cuento todo esto? No sé cómo he terminado hablando de eso. Cada cosa en su sitio; se supone que estaba describiendo la Urbanización Herbert. Y la describía porque a la mañana siguiente, a las ocho, salí del piso y la crucé entera de camino al trabajo.

Lo menos que puedo decir es que iba muy, muy despacio, porque cargaba conmigo el teclado. Y el peso del teclado, unido al de su caja, superaba con creces la fuerza de mis brazos. Esa noche ensayábamos después de trabajar, así que no tenía tiempo de pasar por casa a recogerlo. No tuve más remedio que cargar con aquel muerto durante todo el camino hasta la tienda.

Lo primero que me encontré fue un grupo de mocosos, que a esa hora hubieran debido de estar yendo a la escuela, pero que se entretenían estampando ladrillos contra una bici. Llevaban la cabeza rapada y unos vaqueros gastados, y oí sus risas y sus insultos cuando pasé por su lado, penando con mi teclado.

—¡Qué mierda de canijo! —gritaron.

No podía dejar de coincidir con ellos, la verdad. Todos parecían diez veces más fuertes que yo. Una vez vi en el barrio a dos mocosos de ocho años levantar un

bolardo de cemento y lanzarlo contra la ventanilla de un Ford Fiesta.

Dejé atrás tambaleándome la tienda de ultramarinos y la freiduría, y comprendí que no iba a ser capaz de recorrer otros diez metros con aquel trasto. Llevaba cinco minutos caminando y todavía me quedaban casi dos kilómetros para llegar al metro. Sentía la cara sofocada, sudaba a mares y resoplaba cogiendo aire. Dejé la caja del teclado en el suelo y me senté encima con la cabeza entre las manos. Al cabo de un momento, intenté levantarlo. No podía. Parecía que se había quedado pegado a la acera. Volví a sentarme y descansé. Una vecina, embarazada de varios meses, pasó junto a mí empujando el carrito del bebé y con otro niño colgado de la espalda. Se ofreció a llevármelo unos metros. Decliné cortésmente la propuesta. Había un teléfono cerca: comprendí que lo mejor era llamar a un taxi.

La mañana era abominable, gris y húmeda, y esperé el taxi sentado en la acera, temblando de frío y frotándome las manos para entrar en calor. Diez minutos más tarde, un viejo Rover 2000 de color beige frenó a mi altura.

—A Cheapside, ¿verdad? —dijo el conductor, un individuo con pinta de chulo cuya camiseta color crema dejaba entrever una indecente pelambreira que adornaba su espalda y sus hombros.

—Eso es —respondí, poniéndome en pie.

Dirigió una mirada al teclado.

—¿Esa cosa es suya?

—Sí.

—No puedo llevárselo, amigo. Imposible.

—¿Cómo?

—Debería haber pedido una furgoneta. Yo no puedo llevarle ese cacharro. Ni de coña.

—Pero si cabe en el asiento de atrás.

—El asiento de atrás es para pasajeros, amigo. Esto es un coche de pasajeros, joder, no un camión de mudanzas. ¿Sabe cómo me va a quedar la tapicería?

—¿Y si probamos en el maletero?

—Eche un vistazo a la tapicería. Venga, échele un vistazo.

Abrí el maletero y examiné el interior.

—Muy bonito.

—¿Sabe cuánto me ha costado? Sesenta libras. Sesenta libras me ha costado. Si cree que lo voy a joder dejándole llevar ese muerto, la lleva clara.

—Entiendo.

—Y me habría costado el doble, si no fuera porque un amigo me hizo un apaño. Además, me pondrían de patitas en la calle si empezara a hacer mudanzas. No es mi trabajo, punto.

—Está bien, olvídalo.

—Sesenta libras mínimo, ese es el precio si quiere que le lleve ese jodido cacharro en el asiento de atrás. ¿Dónde quiere ir? ¿A Cheapside? Eso queda al otro

lado del río, ¿no? Cinco libras más, entonces. Como mínimo.

—No se preocupe, ya encontraré algún otro medio.

—Yo no me preocupo, tío, no me preocupo nada. Es usted el que tiene que preocuparse. Porque, además, me debe tres libras y media por la llamada. Si le hubiera dicho a la centralita que necesitaba ayuda para una mudanza nos habría ahorrado un montón de problemas. ¿Qué piensa hacer ahora? ¿Coger un autobús?

—Sí, supongo que sí.

—La parada más cercana está casi a un kilómetro. Y ningún conductor le va a dejar subir con eso. ¿Sabe?, me parece que lo tiene muy jodido. ¿Quiere mi tarjeta?

Me tendió una tarjeta con el nombre de su empresa y un número de teléfono. Arrancó y se largó.

No sé cómo lo hice, pero llegué a la tienda, aunque tambaleándome y tres cuartos de hora tarde. Nadie dijo nada.

Trabajar en una tienda de discos en pleno corazón de la City era muy ingrato. El día entero era un desfile de niños soplapollas que venían a comprar sus álbumes de Michael Jackson y Whitney Houston. Ni uno solo de aquellos mamones había tenido nunca el menor asomo de vida interior propia. Compraban todos los mismos discos y vestían la misma ropa: camisa a rayas, corbatas de fantasía y elegantes trajes oscuros. Es mejor no decir más sobre este trabajo, excepto que curré allí cerca de nueve meses, con miras a algo mejor. Durante varios meses intenté entrar en alguna revista musical: *Focus on Feedback*, *Midi Mania*, algo así, para hacer colaboraciones, críticas o reseñas, pero resultaba imposible conseguir una respuesta directa de aquellos cabrones. Me pasaba incalculables horas colgado del teléfono, mientras me iban pasando de una extensión a la otra: «No se retire, por favor», «Manténgase a la escucha, le paso», «Comunica, ¿quiere esperar?». Todo para recibir solo evasivas: «Sí, hemos leído sus artículos; le llamaremos dentro de unas semanas; le hemos puesto en el archivo; hemos pasado su currículum a la sección de reportajes; le informaremos en cuanto surja algo adecuado; siempre estamos interesados en nuevos colaboradores; por el momento esperaremos que Vivien regrese de sus vacaciones».

Algunas personas no se dan cuenta de que un «No» directo puede ser la respuesta más amable del mundo.

* * *

El grupo en el que tocaba entonces se llamaba Alaska Factory, y solía ensayar en los estudios Thorn Bird, no lejos de London Bridge.

Los estudios eran amplios y ocupaban la mayor parte de un antiguo depósito portuario, ahora rehabilitado, de espaldas al río. Había seis salas de ensayo, nombradas como estudios A a F, y dos estudios de grabación, el 1 y el 2, con dieciséis y ocho pistas de sonido respectivamente. También contaba con una sala de descanso donde se podía comprar bebidas y bocadillos, y había televisión y un par de videojuegos. Las salas de ensayo eran húmedas y oscuras y, cuando estabas un rato dentro,

comenzabas a sentir un olor apestoso. Casi todo el equipo estaba destartado y hecho polvo. Supongo que ensayábamos allí solo por la costumbre y también porque resultaba muy barato. Imagino que Chester había hecho algún trato con el tipo que lo llevaba, aunque no sé cómo se lo había montado: más de una vez les sorprendí charlando muy en secreto, y deduje que compartían ciertos intereses, basados en sabe Dios qué trapicheos. No me gustaba hacer demasiadas preguntas sobre cosas de ese tipo, aparte de que teníamos que agradecer a Chester que nos ahorrara negociar el alquiler, pues por lo visto el tipo no era precisamente muy tratable. Para ser más claros: era un auténtico cabrón.

No sé si os habréis encontrado alguna vez con gente así, pero hay individuos tan compulsivamente desagradables que aun cuando necesitan desesperadamente tu buena voluntad y tu dinero, aun cuando su misma subsistencia depende de su amabilidad con los demás, no son capaces de actuar con humanidad. Personalmente creo que es el rasgo identificador del verdadero psicópata. Nunca he conocido a nadie que fuera tan bruto con sus clientes como aquel tipo, y nosotros no éramos una excepción. Se portaba como un animal con todo el mundo.

Era un tipo nervudo, que no debía haber cumplido todavía los cuarenta, pero tenía ya alopecia prematura. Se pasaba el día entero sentado detrás de su mesa y acorralaba a todo pobre músico que pasara por su lado en dirección a los lavabos, abrumándole con inaguantables historias sobre sus antiguas giras con grupos famosos que seguramente nunca llegó a conocer. Según lo que contaba, había sido batería, guitarrista, productor y mánager, y había cosechado fabulosos éxitos en todas esas ocupaciones. Se llamaba Vincent, y su trabajo parecía consistir en llevar la caja y abrir las puertas de los estudios y los almacenes. Entre un torrente de comentarios sarcásticos y desagradables, guiaba a veces a algún músico hacia las salas de ensayo, pues era increíblemente fácil perderse en aquel edificio, un auténtico laberinto que ocupaba tres o cuatro plantas del antiguo depósito, incluido el sótano. Yo mismo me perdía todavía y no conseguía encontrar los lavabos, aunque llevaba meses yendo allí. Y a veces el tío salía de repente de la oscuridad, cuando andabas desorientado por un pasillo a oscuras o un montón de escaleras pequeñas sin saber si subir o bajar, y te soltaba una frase tonta: «¿Qué, tenemos problemas?». Luego te llevaba otra vez a la sala de ensayo en plan chulo. Era como si vigilara permanentemente dónde estábamos y lo que hacíamos.

Al principio parecía que aquella noche lo había cogido de buen humor. Un alivio, porque fui el primero en llegar y tuve que darle conversación un buen rato. Lo primero que le pregunté fue qué sala había reservado Chester para nosotros aquella noche.

—Sala D —respondió—. Tres micros y un kit Gretsch. Correcto, ¿no?

—Sí. Me parece que nunca hemos tocado ahí, ¿verdad? Estará bien ver cómo suena; el sonido de la E no nos gustó la última vez.

Inmediatamente comprendí que había metido la pata.

—¿Qué quieres decir? —me preguntó.

—Bueno..., salía algo... distorsionado.

—¿Distorsionado? ¿En la sala E? Estás de guasa, tío.

—Era un sonido un poco... sucio.

—¿Sucio? ¿Será posible? Es el mejor altavoz que tenemos, cretino. Está recién salido de fábrica, joder. Si no conseguís sonar bien con él es porque sois unos inútiles del copón.

—Solo quiero decir que sonaba un poco...

—¿Qué es lo que distorsionaba? ¿La voz del cantante? ¿Era eso lo que distorsionaba?

—Bueno, más bien el sonido del bajo.

—¿El bajo? ¿Qué tiene que ver eso con el altavoz? ¿Qué amplificador usaba?

—No utilizaba amplificador, iba directo a la mesa.

—¿Directo a la mesa? ¿Tú estás bien del coco, alelao? Es un P.A. para voz, capullo, no se puede conectar a un bajo. ¿Usaba una caja D.I.?

—¿Una qué?

—Una caja D.I.

—No estoy seguro. Mira, yo solo soy el teclista.

Suspiró con desdén:

—Sabes lo que es la caja D.I., ¿no?

—Hombre, claro —respondí con una risa forzada.

También a él le hizo gracia, y los dos soltamos unas risas desganadas ante la ingenuidad de la pregunta.

—Entonces, la cosa es que no hubiera debido conectar un bajo a un P.A. vocal sin una caja D.I. ¿no? —preguntó, y antes de darme tiempo a contestar, siguió—: o sea que te estás quedando conmigo si llamas «sucio» al sonido. Ese P.A. funciona como una seda. Tenéis un Yamaha REV-7 para resonancias vocales, tenéis un Roland SDE-3000 para ajustar la compensación, tenéis cuatro compresores DBX 160X y dos Klark Tekniks de veintisiete bandas, que ya sabes lo que son, ¿no?

—Claro, son los...

—... son los ecualizadores gráficos, ¿vale?

—O sea que veintisiete bandas, ¿no? Uau.

—Y además la energía de todo el equipo viene suministrada por amplificadores Audio C, ¿o no? Sin contar con el sistema a cuatro bandas mediante pasos Brook Siren: todos con *drivers* de comprensión, e incluso una cabina extra con subtrama de veinticuatro pulgadas. Ahora dime, con este equipo, ¿cómo coño vais a tener un sonido sucio?

—Tiro la toalla —dije, sonriendo con desesperación—. A lo mejor se nos olvidó ponerlo en marcha.

Hizo como si no me hubiera oído.

—Da igual, la cosa es que a vosotros ya casi no os quedan salas por probar.

—No creas —dije—. Aún no hemos probado la sala B.

Me levanté y me acerqué a su mesa para ver la agenda donde anotaba las reservas.

—A lo mejor deberíamos probar la sala B. ¿Toca alguien ahí esta noche?

—Seguramente —dijo—. La sala B gusta mucho.

Intenté dar una ojeada a la agenda, pero él se inclinó de pronto hacia delante y la tapó con el cuerpo.

—¿Por qué Chester nunca nos reserva la sala B? ¿Qué tiene de particular?

—La hemos estado acondicionando —respondió—. Hemos instalado un nuevo P.A. Aún no está lista del todo.

Mentiría si negara que aquel asunto me intrigaba desde hacía tiempo. En alguna parte del edificio —no sé con seguridad dónde— había una imponente puerta negra con una gran B mayúscula en el marco. Por lo que sabía, ningún grupo había podido utilizar esa sala, y Vincent inventaba continuamente historias contradictorias para justificar el que no estuviera disponible. Unas veces porque ya la habían reservado para las tres semanas siguientes, otras porque la estaban modernizando y otras porque se utilizaba como almacén. En ocasiones ofrecía meticulosos informes sobre el nuevo equipo que se estaba instalando en la sala; y luego cerraba el pico a la menor insinuación.

—De momento no cogeremos más reservas para la Sala B —concluyó, cerrando bruscamente la agenda—. Serás el primero en recibir noticias cuando esté en condiciones.

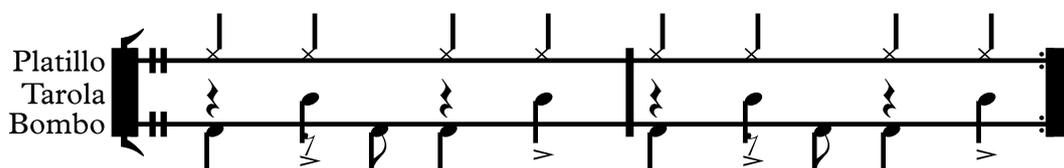
Me disponía a hacer más preguntas cuando nos interrumpió la llegada de Harry, nuestro bajista y principal vocalista. Los cinco minutos siguientes se fueron en sacar nuestros instrumentos de las fundas, probar los micrófonos y enchufar los cables.

Estábamos en la sala más pequeña y también la que tenía el techo más bajo; Harry apenas cabía de pie. No se me ocurre mucho que decir sobre Harry, salvo que quizá era el miembro más cuerdo y accesible del grupo. Medianamente bueno como bajista y medianamente bueno como cantante. Tocaba por gusto y no albergaba grandes ambiciones de convertirse en una estrella del pop, ni tenía muchos problemas personales. En esto se diferenciaba de los otros dos, que aparecieron juntos unos diez minutos más tarde.

Martin trabajaba como agente de seguros durante el día y era un héroe de la guitarra por la noche. Ganaba unas cuatro veces más que todos los demás juntos (sin que esto quiera decir que ganara demasiado), y consagraba a sus aficiones musicales todo lo que ahorraba. Tenía una guitarra de fabricación artesana a la que cambiaba las cuerdas antes de cada ensayo, y a veces repetía la operación entre tema y tema. Solo su amplificador, más alto que él, valía más dinero que todo el material de los demás. Disponía de un absurdo panel de control con fulgentes luces multicolores y visualizadores digitales, pero estaba siempre guardado porque ni entre los cuatro juntos éramos capaces de transportarlo a ninguna parte. El Ayuntamiento de Lambeth

habría podido alojar allí a una docena de familias desamparadas. Todo esto habría estado muy bien si Martin hubiera sido un buen guitarrista; pero la verdad era que no conseguía dominar más de cinco acordes y no había logrado improvisar un solo en toda su vida. Compensaba sus carencias musicales con su perfeccionismo técnico. En un concierto que dimos, tardó treinta y siete minutos en afinar. Y siempre nos tenía en ascuas porque a la menor deficiencia en el sonido, por inaudible que fuese, estallaba en una de sus rabietas. En cierta ocasión en que tocábamos en un pub de Leytonstone, la sección vocal empezó de pronto a emitir unas pequeñas resonancias; Martin salió corriendo del escenario y tardamos un rato en encontrarlo: se había encerrado en el maletero del coche. Se cortaba el pelo al rape, tenía una expresión intensa y usaba siempre corbata; nunca le vi sin ella.

Después estaba el batería, Jake, un existencialista convencido que llevaba una boina negra y gafas de la seguridad social con ribete dorado. Jake era todavía estudiante, me parece que iba a clases de literatura y filosofía en Birkbeck. Ensayaba en su cuarto, utilizando un ejemplar de *El ser y la nada* como tambor y los tres volúmenes de *En busca del tiempo perdido* como tam-tam. Al igual que Martin, tenía bastantes limitaciones musicales. Poseía una inmensa colección de discos de los baterías más eminentes de la historia —Art Blakey, Elvin Jones, Tony Williams, Jack De-Johnette—, pero nunca aprendió a tocar en otro ritmo que el más elemental cuatro por cuatro y se perdía por completo en cuanto se apartaba un poco del bombo y el platillo. En realidad, su capacidad percusiva se limitaba a esto:



Si se le hubiera pedido a Jake el acompañamiento de una versión «peso pluma» de «La chica de Ipanema», habría marcado el mismo ritmo, pero aporreando los tambores sin piedad. Aunque también escribía canciones para el grupo, ni siquiera nos tomábamos la molestia de interpretarlas. De algún modo, su pasión por la metafísica y su pasión por la música no consiguieron nunca fundirse en un todo coherente. Terminó escribiendo canciones que intentaban combinar la complejidad filosófica de «Bat Out Of Hell» con la schopenhaueriana energía rocanrolera de *El mundo como voluntad y representación*. Me gustaba Jake en general, pero conseguía ponerme a cien. Si no fuera porque era tan inteligente, creo que hubiera sido una de las personas más estúpidas que he conocido en toda mi vida.

Aquella noche era la primera vez que el grupo se reunía tras nuestro último y desastroso concierto, de manera que nos sentamos un rato a reflexionar sobre lo ocurrido antes de empezar a tocar. La moral de Alaska Factory estaba por los suelos en aquellos días. Llevábamos más de un año tocando en directo, y empezábamos a tener la impresión de que no conseguíamos avanzar ni medio palmo. Seguíamos con

nuestro núcleo irreductible de nueve seguidores, básicamente constituido por familiares y amigas (aunque Madeline, por cierto, no fue nunca a ningún concierto: es más, no escuchó siquiera una sola cinta. No había manifestado nunca ninguna curiosidad por hacerlo y yo no confiaba lo bastante en nuestro material —la mayoría de Harry o Martin— como para animarla a escucharlo. Por mi parte, yo tampoco hablé nunca de Madeline al grupo. Conocían su nombre y sabían que era mi novia, pero nunca la habían visto, y yo lo prefería así. Satisfacía una necesidad mía interna de llevar dos vidas completamente independientes. Y sabía además que ellos no le gustarían, como tampoco le gustaría el cutrerío de los estudios Thorn Bird, ni los sitios donde íbamos a comer después ni los locales donde Chester nos llevaba a tocar). Nuestro dominio de la música patéticamente ramplona que solíamos tocar seguía siendo tan frágil como siempre. Ya no nos resultaba raro perdernos del todo en mitad de un blues a doce compases. Y lo que nos mantenía unidos, aquel espejismo, el Santo Grial que hace brillar los ojos de cualquier grupo con pretensiones —firmar un contrato para grabar un disco—, parecía estar, como siempre, muy por encima de nuestras posibilidades.

Pero aquella noche teníamos que tratar también otras cosas, porque habíamos decidido grabar una nueva maqueta. Conseguimos unas horas de permiso en nuestros respectivos trabajos y reservamos la sala 2 para el martes por la mañana, cuatro días más tarde. Excepcionalmente, y en gran parte gracias al apoyo de Chester, había logrado convencer a mis compañeros de que grabáramos una de mis composiciones, un tema alegre yailable titulado «Stranger in a Foreign Land», una de las últimas cosas que había escrito. Harry me había ayudado en la letra. El tema necesitaba uno o dos cambios de tono bastante elementales y algunas alteraciones en la dinámica que no estábamos seguros de conseguir, por lo que decidimos emplear casi toda la sesión en ensayarlo.

Enseñé a Martin una partitura que había emborronado a la hora de comer y luego se la pasé a Jake.

—Creo... bueno, me parece que nos conviene darle al tema cierto sabor afrolatino —expliqué—, así que venga, muy sincopado.

—Hum... —exclamó Jake, con nerviosismo.

Busqué apoyo en Harry.

—¿Todo bien?

Harry asintió.

—Sí, solo que... —empezó a dar golpecitos con el pie y a contar para sí—: el tema pide una especie de... *chugga chugga chugga chugga chugga chugga chugga chugga chugga, chugga chugga chugga chugga chugga chugga chugga chugga chugga*. Una cosa así, ¿no crees?

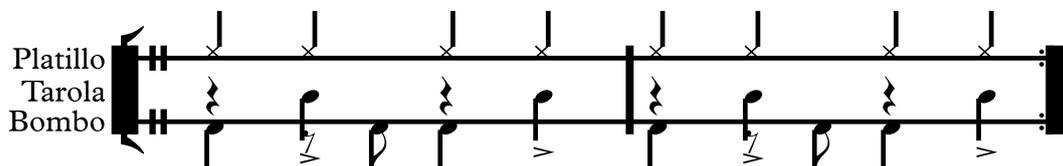
Fruncí el ceño.

—Bueno, yo pensaba más bien en algo como... *chugga-chug chuggachug chuggachug chuggachug*... Como si tuviéramos maracas o algo parecido,

¿comprendes?

—Vale, ¿por qué no dejamos que empiece Jake, a ver cuál de los dos ritmos encaja?

Jake miró a uno, miró a otro, asintió, escupió a la palma de las manos, tomó los palillos más pesados y se lanzó de cabeza a un:



Tras unos cuantos compases le hice un gesto para que se parase, pero se lo estaba pasando tan bien que siguió, y sin que yo pudiera evitarlo Martin se le unió, martilleando los dos mismos acordes, con lo que la melodía entera empezó a sonar como una parodia grotesca de un tema de Status Quo.

—¡Ya está bien! ¡Ya está bien! —grité. Levanté los brazos y conseguí que parasen —. Ha quedado... fenomenal, pero ¿no os parece que debemos volver a mi canción?

—Esta es tu canción —dijo Martin.

—No me digas.

—Son los acordes que has escrito aquí —dijo, enseñándome la partitura— *Mi-fa sostenido*, ¿no?

—Bueno... casi, Martin, casi. Mira, esto es lo que hay aquí: un *mi menor* y un *fa sostenido menor*. Vosotros estabais tocando acordes mayores.

—¿Hay mucha diferencia?

—Técnicamente... sí. Las notas son distintas.

—Creo que deberíamos ir a la sencillez.

—La sencillez es fantástica, Martin, yo soy el primero que aboga por la sencillez. No me entiendas mal. Lo que ocurre es que lo que estabais tocando, desde un... bueno, desde un punto de vista musical, es completamente diferente de lo que está escrito en esta partitura.

Aquella crítica no pareció agradarle, y para expresar su fastidio dijo:

—Creo que tengo que afinar otra vez.

Como sabía que aquello llevaba su tiempo, me marché a buscar el lavabo.

No sabía si estaba en el primer piso o en el segundo: después de recorrer todos aquellos rellanos y descansillos, y de subir y bajar escaleras, resultaba imposible saberlo, y tras haber encontrado otra vez el camino al estudio, me volví a perder. Entonces, justo cuando pensaba que me había orientado, la luz se apagó (funcionaba por una especie de temporizador) y me encontré palpando el camino en un pasillo completamente a oscuras. Al final del pasillo, me di de bruces con una puerta cerrada. Todo estaba en calma. Iba a volverme, cuando oí de pronto una voz. Habría jurado que oía una voz detrás de la puerta, aunque parecía llegar de la lejanía. Y habría jurado que aquella voz —de hombre— era un grito muy alto, ahogado por el espesor

de la puerta. Pero podían ser solo Imaginaciones mías. Permanecí allí unos segundos, aguzando el oído, y de pronto sentí que una mano se me posaba en el hombro. Simultáneamente se encendió la luz y me encontré junto a la puerta de la Sala B, enfrentado directamente al rostro de Vincent.

—¡Oye, Pulgarcito! —gritó—. ¿Qué coño haces aquí?

—Me he perdido —contesté.

—Largo de aquí, venga. Tu sala está a cien kilómetros. Ven conmigo.

Comprobó que la puerta de la sala seguía cerrada y empezó a escoltarme hasta mi estudio.

—Lo siento —dije—, a veces resulta difícil orientarse aquí.

—Tú conoces de sobra este sitio —exclamó. Parecía que intentaba contener la cólera—. Bueno, ¿cómo va todo esta noche? ¿Habéis practicado mucho?

—Estamos ensayando un tema para el martes —le expliqué—, para la sesión que piensas sonorizarnos.

Recordárselo no pareció despertar en él ningún entusiasmo. Tampoco a nosotros nos hacía ninguna gracia pasar un día entero con Vincent en el estudio, pero había sacado el tema del dinero, y ninguno de nosotros sabía cómo manejar una mesa de mezclas con ocho pistas. Se suponía que él tenía experiencia, al menos por las historias que contaba.

Me reuní con mis compañeros, y durante las dos horas siguientes nos concentramos y conseguimos un ensayo decente. Me olvidé de las voces que me parecía haber oído detrás de la puerta de la Sala B. Hacia las diez de la noche, «Stranger in a Foreign Land» ya cobraba cierta forma y Harry empezaba a tomar las riendas de la amplia sección vocal, cuando de pronto Martin gritó a voz en cuello: «¡SILENCIO!». Arrojó al suelo la guitarra y se quedó de pie en medio de la habitación con los brazos en jarras, escuchando con mucha atención. Todos volvimos los ojos hacia él, aterrados.

—¿De dónde vienen esos siseos? —preguntó al cabo de un momento.

—¿Qué siseos?

—Yo no oigo ningún siseo.

—Un ruidillo de fondo, ¿no lo oís? ¡Si es muy claro!

Escuchamos todos unos momentos y Harry dijo, en tono conciliador:

—Bueno, tampoco hace falta tener un sonido perfecto por ahora, es solo un ensayo.

Martin pegó una patada en el suelo.

—¡La madre que os parió! —dijo—. ¡Este grupo es tecnológicamente... analfabeto! —luego se puso otra vez tenso como un palo—: ¿qué ha sido ese crujido?

—¿Qué crujido?

—Yo no he oído ningún crujido.

—Lo siento, he sido yo —dijo Jake, que acababa de abrir una bolsa de patatas fritas.

Harry cometió el error de reírse.

—¡Está bien! ¡Ya lo entiendo! —gritó Martin, empezando a desenchufar su guitarra y a envolverla en la funda—. No pienso seguir perdiendo el tiempo con un grupillo de aficionados que no comprenden siquiera la importancia de un buen sonido. Tocar con vosotros es como darse de cabezazos contra la pared. No hay profesionalidad, ni seriedad, ni nada...

Recogió el estuche de la guitarra, se dirigió hacia la puerta, la abrió y dijo:

—Definitivamente, lo dejo.

Se fue. Hubo un breve momento de silencio, luego Jake soltó los palos y empezó a desmontar la batería.

—Bueno, otra vez igual —suspiró—. Otra hora de ensayo a la mierda.

A ninguno de nosotros nos preocupaba demasiado Martin, porque era por lo menos la decimoquinta vez que amenazaba con dejarlo. Y normalmente volvía a presentarse en el siguiente ensayo sin hacer ningún comentario al respecto. No merecía la pena salir tras él. Harry encendió un cigarrillo, y yo me entretuve jugueteando con unos chorus de «Autumn Leaves». El ambiente del estudio era más de cansancio que de tensión.

—Me ha llamado Chester —dijo Harry al cabo de un rato.

Dejé de tocar.

—¿Sí? ¿Para qué?

—Le parece que deberíamos reunirnos todos y charlar un poco.

—Estupendo.

—Propone el domingo al mediodía, en The White Goat.

—Muy bien.

—Llamaré a Martin para decírselo, ¿vale?

Harry y Jake decidieron ir a comer un kebab a un restaurante turco, pero yo no tenía fuerzas para eso. Subí a un autobús que venía de Borough High Street y conseguí convencer al conductor para que me dejase entrar con el teclado. El autobús me dejó a más de medio kilómetro de casa, y no me quedó más remedio que hacer el resto del camino a pie. Con unas cuantas paradas para sentarme y recuperar aire, conseguí al fin llegar en unos veinte minutos. Esta vez no me encontré borrachos ni mocosos por la calle, aunque en la freiduría las cosas no parecían muy tranquilas. Dos tipos tenían al dueño de cara a la pared y daba la impresión de que estaban robando la caja. Pero tampoco me quedaban fuerzas para meterme en líos.

Llegué al piso y cuando iba a encender la televisión, pensando que todavía encontraría algún programa interesante de la Open University, observé que en el contestador parpadeaba la luz verde. Pero no era ningún mensaje para mí. Era otra vez Pedro.

Hola, Tina, solo soy yo, llamando para preguntar cómo te encuentras, mazapán mío. Tina, no tienes que dejarme preocupado llorando de esa manera y

llamándome esas cosas, esos insultos que no son propios de una mujer como tú. Bueno, espero que te encuentres mejor. Siento lo que pasó ayer por la noche, supongo que me dejé llevar, espero que no te hayas ofendido. Mira, en España los hombres y las mujeres hacemos estas cosas, es normal, pero quizá vosotras, las inglesas, seáis menos desinhibidas. Pasaré a verte esta noche, si es que todavía tienes ganas, y a lo mejor podemos volver a tomar las cosas donde estaban, ¿vale?

Una larga pausa y a continuación: «Lo siento».
Pitido. Fin del mensaje.

PUENTE

Were you and he lovers?
and would you say so if you were?

*¿Érais amantes?
¿Me lo dirías si así fuera?*

Morrissey,
Alsatian Cousin

Nadie, absolutamente nadie que tenga de verdad ocasión de elegir, se quedaría un domingo por la mañana en un barrio de protección oficial del sudeste de Londres. Al despertarte, ves la mancha de humedad en el techo de la habitación y tienes una visión fugaz de todos los lugares hermosos de este mundo, de todos esos lugares donde podrías encontrarte, y comprendes que alguien, en alguna parte, ha cometido un grave error de cálculo. Brilla el sol. Es una mañana de invierno fría y despejada. Tienes dos opciones: quedarte todo el día en la cama intentando olvidar dónde estás, o levantarte e irte a cualquier sitio en el que no te sientas deprimido hasta el suicidio. Por todo el barrio la gente debería estar pensando lo mismo, en cada piso se tendría que estar planeando la huida. Seguro que has imaginado que todos los domingos por la mañana hay un éxodo masivo desde la urbanización Herbert, que las calles están abarrotadas de hombres, mujeres y niños buscando desesperadamente la libertad. Pues no. Nadie se mueve. Todos se apalancan. ¿Y sabes por qué?

Porque no hay ni un puto autobús, por eso.

No es que no exista un servicio de autobuses para el barrio, claro. En algún lado, quizá oculto bajo una remota bóveda o en un archivo olvidado, debe de haber un plano con el supuesto horario de estos autobuses. Incluso hay un pequeño panel a un lado de la marquesina del autobús donde debería figurar ese plano, pero el plano nunca está. Yo creo que el servicio de transporte de Londres contrata a grupos de vándalos con el propósito específico de arrancar los horarios a los pocos segundos de haberlos colocado. Así la gente no tiene ni idea de cuándo pasan los autobuses y no puede quejarse si los autobuses no pasan nunca. Estar bajo la marquesina de una parada de autobús un domingo por la mañana es como ir a misa: es un acto de fe, una afirmación irracional de algo que uno se esfuerza por creer que existe, aunque no lo haya visto nunca con sus propios ojos.

Al principio, eres la única persona en la parada. Has salido de casa prevenidamente, con varias horas de antelación, y te sientes estúpidamente optimista. Silbas un rato. Pasan veinte minutos y llega un autobús, pero está fuera de servicio. No importa, aún tienes tiempo de sobra. Se acerca un viejecito a la parada y pregunta si llevas mucho esperando. Unos veinte minutos, dices. El viejecito asiente y enciende un cigarrillo. Tú empiezas a hacer anagramas con el texto del anuncio publicitario colocado sobre una valla al otro lado de la calle. Cuentas todas las

ventanas del bloque de pisos que hay a mano derecha. Pasan otros veinte minutos y empiezas a impacientarte. Repiqueteas con el pie en el suelo, inquieto. El viejecito ya ha tenido tiempo de fumarse el cigarrillo, tirar la toalla y desaparecer. Empiezan a dolerte las piernas, cambias incesantemente el peso de tu cuerpo de la una a la otra. Justo a tus espaldas hay una pequeña tienda, y su propietario, un chipriota, está de pie en el umbral, mirándote con una irritante sonrisa beatífica de enterado. Sonríe porque sabe —y tú también, aunque no te atreves a articularlo en palabras— que tu tortura no ha hecho más que empezar.

Sigue pasando el tiempo. No te quedan ganas de silbar y has terminado ya todos los anagramas. Continúas mirando el reloj, tan a menudo que ya casi sabes al segundo la hora que va a marcar. Va llegando más gente a la parada del autobús. Algunos se rinden al cabo de unos pocos minutos y se marchan. Ahora, por mucho que intentes evitarlo, se va apoderando de ti un vacío, una desesperación acongojante. Una mujer muy vieja, viejísima, pasa junto a la parada hablando sola, mientras empuja un carrito repleto de ropa sucia en dirección a la lavandería. En ese momento la odias. La odias porque sabes que volverás a verla. Aunque anda a una velocidad de una milla por siglo, sabes que la anciana tendrá tiempo de llegar a la lavandería, lavar y secar tres tambores de ropa, quedar con su hermana para el almuerzo del domingo, comerse toda la comida, lavar los platos, ver la serie *East Enders* y volver caminando desde casa de su hermana, antes de que pase el próximo autobús. Empiezas a pensar en todo lo que habrías podido hacer durante el rato que llevas esperando ese autobús. Empiezas a sumar todas las horas que has pasado en tu vida esperando autobuses que nunca llegaron. La penosa historia de la humanidad, el catálogo completo del sufrimiento y el dolor humano parecen cristalizar de pronto en esta fútil actividad. Te dan ganas de llorar.

Y, mientras tanto, se ha reunido ya un buen grupo de gente en la parada. Algunos esperan sentados en el borde de la acera, temblorosos, con la cabeza hundida entre las manos; unas mujeres dan el pecho a sus hijos; los niños pequeños lloriquean y gimen, o corretean en círculos absurdos. Parece una escena salida de un campo de refugiados. Y te entra un hambre descomunal. La pequeña tienda del chipriota que hay detrás está abierta todavía, y consideras la posibilidad de hacer un acto de caridad, pues tú puedes sacar a esa gente de sus miserias. Sabes perfectamente que si entras en la tienda, aunque sea solo treinta segundos para comprar una chocolatina, el autobús aparecerá inmediatamente por la esquina y se marchará antes de que puedas salir. No te cabe la menor duda. Pero también consideras la posibilidad de arriesgarte: puesto que el autobús no va a aparecer en el momento justo de la entrada en la tienda, sino en el momento en que pagues al tendero, ¿no habrá tiempo de coger el cambio, correr y saltar adentro? Merece la pena intentarlo. Así que entras, eliges una chocolatina, y te encuentras con que el tendero chipriota se ha ido a comer y ha dejado la tienda a cargo de su hijo de ocho años. Le das una moneda de cincuenta peniques y echas una mirada ansiosa a la ventana, porque el autobús está allí y el

pequeño chipriota se rasca la cabeza porque no tiene la más remota idea de cómo restar cincuenta menos veinticuatro. Gritas: «¡Veintiséis, veintiséis!», y el niño abre la caja. Pero resulta que no tiene monedas ni de diez ni de veinte peniques, y empieza a contar lentamente toda la calderilla que tiene sobre el mostrador. Mientras, miras por la ventana y ves que está subiendo al autobús el último pasajero. Gritas: «¡Déjalo, niño, déjalo!», y sales corriendo mientras el autobús se pone en marcha, y el conductor te ve pero no se para, porque es un perfecto y auténtico hijo de la gran puta.

Luego viene un breve estallido de risa histérica; y luego desciende sobre ti una calma extraña, inmutable. Ahora que la multitud se ha subido al autobús reina un silencio de muerte, y en la calle ya no hay tráfico de ningún tipo. Consultas el reloj, pero ya no significa nada para ti porque has entrado en un plano diferente de la conciencia del tiempo, en el cual el tiempo terrenal ya no tiene sentido. Estás sereno, contento. Empiezas a sentir que la llegada de otro autobús te desagradaría; rompería la magia de esta nueva y maravillosa euforia. Pensar que podrías pasar el resto de tu vida esperando en esta parada de autobús te colma de una benévola indiferencia. La espera se ha convertido ahora en una experiencia enriquecedora, porque te ha aportado una distancia metafísica que hasta los grandes hombres envidiarían. Te sientes dueño y señor de una fortaleza heroica que hace que santo Tomás Moro, en el mismo día de su ejecución, parezca patético e irascible. Frente a tu estoica serenidad, Sócrates, con la cicuta en los labios, no es más que un llorón neurótico. Sientes que ya no hay nada en la Tierra capaz de hacerte daño.

Y justo en ese instante, algo gira en la esquina y se acerca. Es un taxi con la luz encendida. Ni siquiera te molestas en comprobar si tienes dinero para pagarlo, lo paras y te lanzas al asiento de atrás.

* * *

—Siento llegar tarde —dije, inclinando la cabeza hacia Chester a modo de disculpa—. No me ha sido fácil coger el autobús.

Harry, Martin, Jake y Chester ocupaban una pequeña mesa no lejos de la barra. No parecían especialmente alegres. Jake tenía un libro abierto sobre el regazo.

—No pasa nada —dijo Chester—. Ningún problema.

Me sonrió, se ajustó la boina y sorbió la cerveza.

—Voy a pedir algo para acompañaros —dije.

En la barra me atendió aquella mujer; no debía de llevar mucho en The White Goat. La había visto solo dos o tres veces, y aunque habíamos charlado un rato, no pensaba que se acordaría de mí. Pero sí que se acordaba. Tenía una densa melena de color castaño y acento escocés; el tono de su voz era suave y sosegado, como la expresión de sus ojos. Me molestaba tener que admitirlo, pero me atraía mucho. No entendía qué hacía sirviendo copas en un sitio como ese. La mayoría del tiempo parecía abstraída, como si tuviera la mente en otra parte, y no hablaba con casi

ningún cliente, por lo que resultaba doblemente extraño que lo hubiese hecho conmigo. Aquella noche me propuse averiguar su nombre.

—Hola, soy otra vez yo —dije, sin encontrar mejor forma de atacar.

—Ah, hola. ¿Becks, verdad?

—Sí.

Sacó una botella de Becks del frigorífico.

—¿No toca hoy ningún grupo?

—Acaban de tocar. Solo cuarenta minutos. No eran muy buenos.

En The White Goat se solían presentar nuevos grupos los domingos a la hora del almuerzo. Incluso Alaska Factory había tocado allí una vez. Solo cuarenta minutos, y no muy bien. Me alegraba que hubiera sido antes de que ella llegara.

—¿Eres amigo de Chester? —me preguntó.

—Sí, ¿le conoces?

—Empiezo a conocerle. Suele venir mucho. A veces con unas amistades muy extrañas, con tipos de lo más raro.

—Chester es nuestro representante.

—¡Ah! ¿Tú también eres músico?

—Sí, pianista, en realidad —saludé con el pulgar a los de la mesa—. Esto es solo para divertirnos.

—Pues no parece que ellos se diviertan mucho —dijo ella, observándolos.

—Bueno, atravesamos una mala racha. Estancamiento, por decirlo de alguna manera.

—¡Qué pena!

—Nada que no pueda arreglarse con un reajuste de plantilla —dije, encogiéndome de hombros—. Necesitamos otro guitarrista, y otro batería. Y probablemente también —añadí, mientras me pasaba la cerveza—, otro cantante.

—Vaya, vaya —dejó caer ella, como al azar—; pues yo canto... un poco.

—¿De verdad?

—Bueno, cantaba antes. Ahora lo hago de vez en cuando.

—¿Qué cantas?

—De todo.

—Ya.

La observé con creciente fascinación mientras contaba el cambio.

—¿Cómo te llamas? —pregunté.

—Karla, con K.

—Yo soy William.

—Hola, William —apretó el cambio contra la palma de mi mano.

—¿Y estás cantando ahora con alguien? ¿Con algún grupo?

—No, no, qué va.

Intenté imaginar cómo cantarí. Quizá su voz fuese grave y aguardentosa, con sabor a cafés envueltos en humo, y con el tono triste, sensual, de las baladas de los

años treinta y cuarenta. Quizá su voz fuese clara y cristalina como los arroyos de Escocia, y cantase canciones populares y hermosas, vigorosas melodías de su tierra natal.

—¿De dónde eres?

—Soy de Mull —respondió—. Nací allí, pero nos mudamos cuando era muy pequeña. Hace años que no he vuelto a mi isla.

Tomé aire.

—Oye, quizá debiéramos vernos tú y yo un día para ensayar —en el mismo momento en que lo dije me sonó ridículo—. Podría acompañarte al piano.

—Creo que tus amigos se están impacientando —dijo.

Seguí la dirección de su mirada, y descubrí que los miembros del grupo tenían los ojos clavados en nosotros. Harry me dijo con la mirada «ven aquí». Me acerqué a la mesa y Karla se puso a atender a otro cliente.

—¿Crees que podrías dedicarnos algo de tiempo? —dijo Chester—. ¿O estás demasiado ocupado ligando?

—He ido a buscar la bebida.

—Tenemos cosas muy serias que tratar —dijo Martin.

Era el único del pub que llevaba corbata.

—¿Qué cosas?

—El grupo.

—Parece que hay consenso general —dijo Harry—: estamos atravesando un buen bache.

De repente, todo aquel asunto de estar sentados en una mesa discutiendo algo tan trivial me pareció absurdo. Vi un piano colocado en una esquina y me asaltó un poderoso impulso de acercarme y tocar algo, solo para apartarme del grupo. Pero me quedé donde estaba.

—Chester estaba diciendo —prosiguió Harry—, que necesitamos dos cosas. Primero, grabar un vinilo. Tenemos que interesar a alguna productora, o sea, que es fundamental que el martes grabemos una buena maqueta.

—Bien —dije, bostezando.

Pensaba en lo bonito que sería acompañar a Karla en una versión de «My Funny Valentine»; la dejaría a ella a cargo de la melodía mientras yo la llenaría de ricas armonías, y la sorprendería y la maravillaría con cambios y variaciones inesperadas.

—Segundo —continuó Harry—, debemos mejorar nuestra presencia en escena. La causa de que el público estuviese tan agresivo el viernes pasado es que no tuvimos autoridad. No supimos imponernos.

—Venga ya, hombre —dije—. El problema del viernes fue que tocamos para una panda de psicópatas y asesinos. Hasta Hitler hubiese tenido problemas para imponerse a esa gentuza.

—Lo que Harry quiere decir —explicó Chester— es que debéis cuidar más vuestra imagen.

Pausa.

—¿Y qué quiere decir eso exactamente?

—Harry y yo hemos pensado —dijo Martin— que tú deberías estar de pie en el escenario.

—¿Cómo?

—El taburete en el que te sientas cuando tocas el teclado —dijo Harry—. Hay que dejarlo.

—No me jodas —dije—. ¿Crees que un público que parece la rama londinense del club de fans de Myra Hindley se va a echar a mis pies por verme erguido en el escenario?

—No hablamos solo de la última actuación. El problema es el concepto... global... del grupo.

—La actitud —subrayó Martin—, la dinámica.

—Perdonadme por mi ingenuidad —dije—, pero creí que nos dedicábamos a la música.

—La música es perfecta —dijo Martin—, no hay ningún problema con la música. De lo que hablamos ahora es de quién tiene que levantar los ojos para mirar a quién.

—Si estoy de pie, no puedo usar los pedales.

—Nosotros estamos de pie —dijo Harry— y usamos los pedales.

—Lo siento, todo esto me parece increíble. Vamos a ver, supongo que después de esto me pediréis que lleve uno de esos teclados que cuelgan del cuello, como si fuera un vendedor de helados.

—No, solo te pedimos que estés de pie, nada más.

—¿Vosotros pensáis que Vladimir Ashkenazy está de pie cuando toca la Sonata Claro de Luna? ¿Para imponer su autoridad?

—No tiene nada que ver —dijo Jake—. Un pianista de música clásica impone su autoridad mediante un conjunto de signos distintivos, como el traje que lleva, la forma en que camina o se sienta. Es una cuestión de semiótica.

—¿Tú de qué lado estás? —le pregunté.

—La verdad... del tuyo.

Los demás le miraron sorprendidos.

—Creo que Bill debe seguir sentado. Lo contrario desequilibraría la balanza. Ahora mismo somos dos personas sentadas y dos personas de pie. Eso comunica madurez, equilibrio.

—Me cago en el equilibrio —dijo Martin—. Aquí hay que pensar en términos de metros y centímetros.

Me levanté:

—Esto es completamente ridículo.

—William, joder, ¿quieres sentarte? —gritó Harry.

—¿Pero no querías que estuviera de pie?

—Quiero que estés de pie ahora y que estés sentado en escena... No, coño, quiero

que estés sentado ahora y de pie en escena.

—Tranquilos, chicos, tranquilos —terció Chester—. No tenemos por qué perder los nervios.

—¿Por qué no os agenciáis un teclista más alto y solucionado el problema?

—No tenemos nada personal contra ti, Bill. Apreciamos mucho tu contribución al grupo y tú lo sabes.

Suspiré:

—¿Alguien quiere otro trago?

Resultó que todos querían otro trago, menos yo: la pregunta era una mera excusa para volver a la barra y charlar con Karla. Pero ni siquiera pude hacerlo porque Chester y Harry insistieron en pagar a medias la ronda. Cuando se alejaron, me senté al piano en vez de quedarme con los otros dos. Para mi gran sorpresa, la tapa no estaba cerrada. No había música de fondo en el pub, y la conversación era lo bastante ruidosa como para que pudiera tocar suavemente sin que nadie me oyese.

Repasé los ocho primeros compases de *Tower Hill* dos veces, y dejé muerto el dedo sobre la última nota, un *mi bemol mayor*. Todavía no había conseguido pasar de ahí. Pero entonces me vino a la mente, no sé cómo, una armonía que había escuchado una vez —un acorde menor con séptima, con la melodía empezando una cuarta por encima de la fundamental. En cuyo caso, *mi bemol* daría... *si bemol menor*. Probé. Sonaba bien. Inmediatamente apareció una figura melódica:



La armonización era fácil. Bastaba bajar medio tono la quinta en la segunda mitad del compás. Nunca deja de maravillarme que se pueda alterar un acorde en no más de un semitono y conseguir un efecto absolutamente diferente. La figura descansaría, por supuesto, en un *do natural*, manteniendo un *la bemol séptima* para todo el compás. El *do natural* me dio también la pista para el siguiente desarrollo: una repetición de los dos compases anteriores, pero con una tercera menor más baja, y un *do con séptima* para el segundo acorde. La melodía conservaba más o menos el mismo patrón, así que la secuencia completa de cuatro compases resultaba ahora algo parecido a:



Empezó a gustarme esta composición, no porque tuviese ninguna originalidad ni fuese muy especial técnicamente, sino porque iba expresando mis sentimientos por Madeline con mucha claridad. Me pregunté si debería tocársela cuando estuviera

terminada y explicarle que la había escrito pensando en ella. Quizá entonces entendiese mis disgustos, mi frustración y mi ansiedad por estar a su lado.

Pero había pasado mucho tiempo desde la última vez que había tocado el piano para Madeline. Tras nuestro primer encuentro, que debíamos a la música, yo di por supuesto que siempre sería igual: que la música siempre sería un terreno de complicidad mutua entre nosotros. Como se demostró después, era un ingenuo. Cuando empecé a tocar el piano en casa de la señora Gordon, el día que Madeline me dejó visitarla allí por primera vez, entró corriendo en el cuarto para decirme que parase, no fuera a despertar a la anciana. Por lo demás, era un maravilloso y antiguo Bechstein.

—¿Qué pasa? —pregunté—. ¿No te gusta?

—Está dormida. Vas a despertarla.

Empezaba a anochecer: era el principio del fin de un resplandeciente día de verano. Yo había ido directamente desde la tienda de discos y el olor de la City apenas empezaba a desvanecerse. No podía dar crédito a la suerte que tenía: pasar el atardecer en una parte tan bonita de la ciudad, en compañía de una mujer tan hermosa y en una casa tan elegante. De las paredes de todos los cuartos colgaban unas grandes pinturas al óleo —retratos de familia, me informó Madeline— y el resto de la decoración consistía en gruesas cortinas de terciopelo rojo, muebles estilo Regencia y espléndidas chimeneas de mármol con espejos de marcos dorados. Nunca había visto nada igual desde los días en que iba con mis padres a visitar los palacetes del patrimonio nacional.

—He preparado té —dijo Madeline—. ¿Lo tomamos arriba?

Madeline disponía de una espaciosa y soleada habitación en el segundo piso, así como de un cuarto de baño y una pequeña cocina para ella sola. Sirvió té Earl Grey en unas tazas de porcelana sin ofrecerme leche ni azúcar. En la habitación había un televisor, un teléfono, una gran cama individual, una cadena de música, un escritorio, un tocador y dos sillones de respaldo alto pero cómodos. Las paredes estaban decoradas con unos paisajes del siglo diecinueve. Era una habitación cálida y acogedora, pero no decía nada sobre Madeline, salvo que obviamente le complacía no tener que imprimirle ningún sello personal. Un detalle casi imperceptible pero sorprendente fue un pequeño crucifijo colocado sobre el tocador.

—¿Es religiosa esta señora? —pregunté, refiriéndome, por descontado, a la señora Gordon.

—No, no especialmente —respondió, antes de advertir enseguida el motivo de mi pregunta—. Es mío.

—No sabía que fueses católica.

—¿Cómo ibas a saberlo? Apenas me conoces.

Tomé un sorbo de té, chasqueado.

—Una vez atravesé una breve etapa religiosa —comenté—. Solía ir a comulgar todas las semanas. Pero bueno, dejando aparte lo demás, la iglesia es el único sitio

donde puedes tomarte una copa los domingos por la mañana.

No se rio, ni siquiera sonrió, y comprendí que había tocado una nota falsa.

—¿Qué te gustaría hacer esta noche? —preguntó—. ¿Te apetece ir a algún sitio?

—Sí, claro —respondí—. Donde tú quieras.

Fuimos paseando a un pequeño restaurante húngaro de Kings Road. Por el camino la cogí por la cintura, pero no percibí ninguna respuesta por su parte y a la primera oportunidad aparté el brazo. No fue porque ella me lo pidiera sino por una especie de intuición.

—¿Qué planes tienes? —me preguntó, una vez que pedimos la cena.

—¿Perdón?

Parecía una pregunta rara.

—¿Que qué piensas hacer con esto de la música? ¿Adónde quieres llegar?

—No lo sé, la verdad es que nunca lo había pensado. No me dedico a la música para llegar a algo.

—¿Por qué lo haces, entonces?

—Bueno... solo tengo veintitrés años. Ahora tengo que darme a conocer, aprovechar todas las oportunidades... nunca se sabe lo que puede pasar. Un amigo, Tony, que solía darme clases, piensa que tengo talento... —no sabía por qué le contaba todo aquello, así que decidí callarme—. Bueno, ¿y tú qué tal? ¿Piensas seguir cuidando mucho tiempo a la señora Gordon?

—¿Qué otra cosa puedo hacer?

—No lo sé.

Madeline guardó silencio, y luego salió con otro comentario raro:

—Mis padres creen que trabajo de contable.

—¿Cómo?

—Cuando dejé los estudios me apunté a un curso de contabilidad. Allí conocí a Piers... ¿te acuerdas?, el amigo con el que tenía que haber salido aquella noche. Pero me aburrí y lo dejé. Todavía no se lo he dicho a mis padres.

—¿Cuándo fue eso?

Frunció el ceño como pensando.

—Hace casi un año.

—¿Dónde están tus padres?

—En Estados Unidos. Papá trabaja para un banco. Le dieron un puesto de gerente internacional.

—¿No les echas de menos?

—No.

—¿Tienes hermanos o hermanas?

—Un hermano. Anda por Japón.

—¿Le echas de menos?

—No —respondió, con una suave sonrisa—, nunca hemos sido una familia muy unida. Viajábamos mucho. Mis padres se fueron una temporada a Italia y nos dejaron

con unos familiares. Luego se separaron un tiempo y yo viví en Irlanda con mi madre. Me parece que mi padre y yo nunca hemos pasado más de algunos meses juntos.

—Entonces, ¿cuándo escuchaba tu padre «My Funny Valentine»?

La alusión no pareció hacer efecto.

—Solo me han llamado dos veces desde que están en el extranjero. Pero yo les escribo cada cierto tiempo. Piers me resulta muy útil para eso.

—¿En qué sentido? —pregunté.

Por alguna razón, empezaba a detestar a aquel Piers. (Bueno, olvidemos lo de «por alguna razón»; la razón era evidente).

—Continúa trabajando en la empresa de contabilidad y me pasa hojas de papel con el membrete de la empresa. Les escribo en esas hojas y siguen creyendo que trabajo de contable.

—Es terrible —dije—, ¿por qué tienes que mentirles?

—Se pondrían furiosos si se enteraran. No me han pagado la universidad para que al final termine de asistenta ilustre.

—Mis padres nunca me han puesto pegas a que haga lo que quiera —comenté—. Confían en mí.

Espero que estas palabras no le sonaran entonces tan pomposas a ella como me suenan a mí ahora. Pero sentía que mi humor se iba estropeando y le hice otra pregunta petulante:

—Entonces, tú y Piers estáis muy unidos de algún modo, ¿no?

—Solo somos amigos. Me cae muy bien, nada más.

Luego me enseñó la muñeca.

—Mira, es un regalo suyo.

—¿El moratón?

—No, tonto, la pulsera.

Era fina y elegante, parecía de oro puro y por lo menos costaba cinco mil libras. Me dio repelús.

—¡Qué bonita! —le dije.

Debía averiguar cuándo era el día de su cumpleaños y abrir enseguida una cuenta de ahorro.

—No te preocupes —dijo—. No es mi novio.

Pensé que si mis sentimientos le resultaban tan evidentes podía insistir un poco más.

—¿Ha habido... muchos hombres en tu vida?

—No muchos —respondió, con más aburrimiento que reparos—. Hubo una persona hace un par de años, pero no fue muy en serio. Solíamos vernos los sábados, y paseábamos su perro por Hampstead Heath.

—¿Cómo se llamaba?

—*Sultán*, me parece. Cuánto tarda la comida, ¿no?

Siempre tengo ese problema en los restaurantes. Sé que el asunto consiste en captar la atención del camarero o hacer una señal discreta; algunas personas — Chester, por ejemplo— consiguen tener un ejército de camareros bailando a sus pies solo con mover un poco el índice derecho. Yo, en cambio, podría ponerme de pie y bloquearles el paso, levantar los brazos como si fuera a parar un taxi, y ni así conseguiría que se fijaran en mí. No me importa, pero esa incapacidad parece molestar a todos los que cenan conmigo; éramos los únicos dos clientes de aquel jodido restaurante, y al menos quince camareros seguían mariposeando alrededor de la caja como si el local aún no hubiese abierto.

—Supongo que Piers me cayó bien —dijo de repente Madeline— porque era católico.

—¿Tan importante es eso para ti?

—Marca una diferencia.

—Yo no soy católico.

—Ya lo sé. Me da igual.

La miré directamente a la cara todo el tiempo que me lo permitió la buena educación. Sin duda era la mujer más hermosa con la que había salido nunca. Sí, Stacey era bonita, no se podía negar; pero Madeline era otra historia. Se me ocurrió que, por cómo se había vestido, el peinado que llevaba y el maquillaje que se había puesto, debía de haber pasado horas preparándose para aquella noche y, de pronto, me avergoncé de mi gastada ropa de trabajo y de mi grosera pretensión de presentarme en su casa sin hacer ningún esfuerzo y creer que todo iría sobre ruedas. Me invadió una ola de sentimientos —deseo, afecto naciente, necesidad de justificarme—, y apenas pude contenerme para no inclinarme sobre la mesa y besarla suave y largamente en la boca.

Cuando la besé para despedirme, bajo la luz del dintel de aquella casa increíble, estaba decidido a hacer las cosas correctamente. No sabía muy bien con qué expectativas me había presentado aquella noche. Quizá en algún lugar de mi mente pensaba que terminaría acostándome con ella, pero no sentí frustración ni decepción alguna al comprender que eso no ocurriría, ni esa noche ni las siguientes. En ese momento, me bastó cogerle las mejillas entre las manos, ver su cara ladeada mirándome con expectación y poner mis labios entreabiertos sobre los suyos, notar una levísima complacencia y susurrarle: «Buenas noches, Madeline», y oír su respuesta en un murmullo. Mientras caminaba de vuelta hacia el metro, sentí que no podía haber satisfacción más completa.

Quizá hubiese sido menos feliz si hubiera sabido, ya en ese primer encuentro, que Madeline y yo no llegaríamos nunca más lejos físicamente; que nunca mejoraríamos ese beso o ni siquiera llegaríamos a igualarlo. Excepto una vez. Excepto una noche en que cenamos por Aldwych, en el Waldorf u otro sitio muy por encima de mis posibilidades y después caminamos hasta el Támesis. Ella deslizó su mano en la mía, miramos un momento las aguas del río y luego me abrazó de pronto y nos besamos

con una pasión que me sorprendió y me desconcertó. Su lengua se enlazó con la mía, sus dientes mordieron mis labios hasta que al final tuve que ser yo quien se apartó y miró a otro lado. Nunca mencionó aquel momento. Tras despedirla en el metro, atravesé el Puente de Waterloo con paso vacilante, como un borracho, tambaleándome de la emoción y el placer, mientras mi cabeza y mi cuerpo palpitaban de excitación.

—¿Seguro que no quieres otro trago? —me preguntó una voz.

Era Chester, de pie, al lado del piano que yo estaba tocando.

Cerré la tapa.

—¿Por qué no? —dije, y le seguí a la barra.

Cuando Chester estaba pagando mi bebida, un joven alto, anguloso y con la cara amarillenta se acercó a él y le cogió por el hombro. Tenía unos ojos inquietos, una larga melena negra, lisa y grasienta, peinada hacia atrás con la raya en medio, y parecía muy alterado. Chester mostró sorpresa al verle y también, creo, cierta irritación.

—¡Paisley! ¿Qué demonios haces aquí?

—Tengo que hablar contigo, Chess. Tengo que decirte algo.

Hablaba sin mirar a Chester, moviendo los ojos nerviosamente de un lado a otro, como si alguien le siguiera.

—Ahora no, Paisley, coño, ¿no ves que estoy ocupado?

—No tardo nada, son cinco minutos.

—Te advertí que no quería verte por aquí, ¿verdad?

—Solo cinco minutos, Chester.

Volvió a poner la mano sobre el hombro de Chester y lo sujetó hasta que este se apartó bruscamente.

—Lárgate. Te veré después.

—Oye, no lo entiendes. No es que *quiera* hablar contigo, es que *tengo* que hablar contigo. *Necesito* decirte algo, Chester, en serio.

Ahora sí que le miraba a los ojos, pero su expresión seguía siendo insegura y desasosegada.

Chester guardó silencio un momento y luego dijo:

—Joder, Paisley, eres un colgado, un verdadero mamón. Venga, vamos y suéltalo rápido. Perdona un momento, Bill.

Desaparecieron en dirección a la salida, o puede que hacia el lavabo de hombres, no estoy seguro. Yo me quedé solo en la barra, solo con Karla, que fregaba unos vasos.

—¿Quién es ese tipo? —le pregunté.

—No lo sé. Le he visto por aquí solo una o dos veces. Ya te he dicho que Chester se relaciona con gente muy rara —sonrió—. Me parece que no lo conoces mucho, ¿verdad?

—No le conozco de nada.

—Trabajando de camarera descubres muchas cosas de los clientes. A trocitos. Ahora ya conozco a todos los habituales. A veces, cuando no trabajo, me asomo a la ventana y los observo ir y venir.

—¿Qué ventana?

—Vivo ahí enfrente, encima del videoclub. Veo todo lo que se cuece por aquí.

—¿Y hay algo que ver?

—Nunca se sabe ¿no? —sonrió otra vez. Parecía que hablaba consigo misma—. Nunca se sabe a quién vas a ver.

No llegué a entender su comentario, de manera que lo aproveché para cambiar de tema.

—Me gustaría oírte cantar. En serio. A lo mejor podríamos venir una mañana aquí, antes de que abrieran, y usar este piano.

Movió la cabeza de un lado a otro y se rio:

—Es la peor manera de ligar que he visto en mi vida.

Me indigné.

—Oye, no estoy queriendo ligar, ¿eh? Tengo novia, ¿sabes? No estoy intentando ligar contigo.

Me tomó más en serio cuando le dije esto, pero a pesar de todo se limitó a responder:

—Yo solo dije que antes *solía* cantar, nada más. Y no creo que te guste mucho mi voz.

Entonces apareció Chester otra vez, sin aliento y haciendo un gesto de disculpa.

—Lo siento, Bill. ¿Te has tomado ya la cerveza?

—Sí, gracias.

Señalé a los otros miembros del grupo, que parecían estar atravesando diversas fases de depresión clínica.

—¿Crees que vale la pena seguir con eso? —le pregunté.

Chester consultó su reloj.

—No, estamos perdiendo el tiempo. Ya veremos cómo va la grabación el martes, ¿vale? A lo mejor lo vemos todo más claro cuando tengáis una maqueta decente en la mano.

—Entonces me voy. Los autobuses funcionan hoy de pena. Voy a tardar dos siglos en volver a casa.

—Tú vives por Rotherhithe, ¿no? Si quieres, te acerco.

—¿De verdad?

—Sí, he quedado con una persona en esa zona a las cuatro. No hay ningún problema.

Así fue como me vi sentado por primera vez en el pequeño Marina de color naranja de Chester, cruzando a toda prisa el Angel, y luego bajando por la City y atravesando London Bridge. Fue también entonces cuando Chester me habló por primera vez de Paisley y del grupo de Paisley, Los Desdichados, que él representaba

también.

—He estado pensando en ellos y escuchando sus cintas. Y me parece que necesitan un teclista.

—Vaya.

—Un verdadero músico, ¿entiendes? Para completar un poco su sonido. Ese grupo tiene estilo, pueden llegar lejos, pero musicalmente... bueno, digamos que necesitan un poco de ayuda.

Guardé silencio el tiempo suficiente para que hiciera un cambio de marchas especialmente agónico.

—¿Esto es lo que se llama una... propuesta? —pregunté.

—Sí, podría llamarse así. Muy bien expresado, William. Una propuesta. Exactamente.

—Bueno, yo...

—Seguramente querrás pensarlo.

—Sí. Eso es, lo pensaré.

—Estupendo.

Se paró en un cruce, a trescientos metros de mi casa. Parecía preocupado por no llegar tarde a su cita.

—Te dejo aquí, si no te importa. Ese tío se vuelve loco si le hacen esperar.

—¿Loco?

—Bueno, ya sabes, un poquito desagradable, ¿sabes?

Antes de que pudiera entender a qué se refería, se ajustó la gorra y se alejó. Lo último que me dijo, mientras subía el cristal de la ventanilla, fue:

—Piénsalo.

INTERLUDIO

Panic in the streets of London...
I wonder to myself
Could life ever be sane again?

Pánico en las calles de Londres...
Me pregunto:
¿Podrá volver la vida a la cordura?

Morrissey,
Panic

Y lo pensé. Pensé mucho en Chester, y en Paisley, y en el extraño encuentro del que había sido testigo a medias aquella tarde en el pub. Lo pensé mucho durante toda la semana, y también la noche de aquel sábado terrible, mientras corría por los callejones de Islington alejándome a cada paso más y más del cuerpo machacado y sin vida de Paisley.

Debí de correr sin parar como unos diez minutos. Puede parecer poco, pero para mí, que llevaba años sin hacer el menor ejercicio —por lo menos desde que había dejado el instituto— fue toda una proeza, creedme. Al principio intenté seguir alguna dirección, pero pronto me encontré en una zona completamente desconocida. Si miro ahora el callejero, veo que debí de ir hacia el oeste, en dirección a Camden, pero una serie de giros a la izquierda me llevaron a King's Cross. El primer sitio donde me parece que me detuve fue una parada de autobús, y lo primero que recuerdo haber hecho fue obligarme a pensar: me obligué a examinar la situación en la que me encontraba y a imaginar cómo la analizaría un extraño.

Me habían visto en el lugar del crimen. Dos policías me habían visto salir de la casa donde Paisley había sido asesinado. Y en vez de tratar de dar explicaciones, me había dado la vuelta y había huido, atrayendo inmediatamente las sospechas sobre mí. Bueno, cuando me cogieran —estaba seguro de que me cogerían— podría justificarme diciendo que estaba en estado de shock y no había podido pararme a pensar lo que hacía ni cómo se interpretaría. Había una o dos circunstancias a mi favor: por ejemplo, que al menos no había ningún arma del crimen con mis huellas digitales.

En cuanto al crimen en sí, estaba lo bastante lúcido como para comprender que había dos explicaciones posibles. O alguien había querido librarse de Paisley, o —lo más probable— le habían confundido con otra persona, quizá el misterioso propietario de la casa donde vivían todos. ¿Pero quién era este individuo? Parecía que solo Chester lo conocía, y este se había mostrado muy reservado sobre su identidad. ¿Deliberadamente reservado, quizá? Karla me había dicho que Chester tenía unos amigos muy raros. Y también me había hecho darme cuenta de que en realidad yo lo conocía muy poco. ¿Había confiado demasiado en nuestro amistoso, eficiente y enigmático mánager? ¿Qué dominio tenía sobre Paisley para haber provocado la

escena que presencié en el pub aquel domingo por la tarde? Quizá el propietario de la casa era el mismo Chester, quizá era a él a quien buscaban los hombres del teléfono bajo una serie de nombres diferentes. O quizá estaba siguiendo una pista completamente equivocada y Paisley había sido el verdadero objetivo del ataque. En ese caso, ¿podría estar el mismo Chester detrás de todo esto?

Al poco de sentarme en el banco de la marquesina vi que se acercaba un autobús y decidí cogerlo. La policía no podía haber difundido todavía mi descripción, o sea que ninguno de los pasajeros me reconocería. Por si acaso, pagué el billete con dinero para no mostrar al conductor el bono de transporte con mi foto. No había mirado siquiera el número del autobús ni sabía adónde iba. Lo importante era que me llevara lejos de allí lo antes posible. Me senté en el piso de abajo, al fondo, deseando que el autobús arrancara.

Y entonces, por supuesto, apareció en la parada, jadeando, la perdición de todos los viajes: el pasajero que llega en el último minuto y no tiene la menor idea de adónde va. Normalmente, un turista que apenas habla inglés y ha decidido utilizar al conductor como policía, callejero, horario de autobuses y máquina de cambio. De manera que el autobús se queda clavado allí como un millón de años, mientras el turista pronuncia el nombre de una calle de Greenwich o Richmond, y el conductor tiene que sacar su callejero y explicarle en qué parada ha de bajar y qué autobús debe coger después. A continuación el tipo intenta pagar y resulta que solo lleva un billete de veinte libras o el equivalente a noventa peniques en yenes japoneses, y el conductor tiene que buscar el cambio en el bolsillo trasero del pantalón, y entre pitos y flautas uno habría podido ir y volver de Glasgow en una litera de tren antes de que el autobús se pusiera en marcha.

Cuando al final arrancamos, empecé a relajarme poco a poco. Viajar en autobús me era tan reconfortantemente cotidiano y familiar que la horrible escena que había visto hacía apenas veinte minutos empezaba a parecerme casi absurda. En el mundo en que me hallaba ahora —el mundo de los autobuses londinenses medio vacíos del sábado por la noche que llevaban a elegantes jovencitos a fiestas, discotecas y cines— no cabía la escena tan esperpéntica de dos enanos golpeando hasta la muerte a un hombre entre chillidos... Era una estupidez. Era una locura.

Una estupidez, una locura... pero que me resultaba familiar. Enanos y muerte. ¿De qué me sonaba eso, dónde había oído hacía poco esas palabras? Lo recordé. La conversación que tuvimos los cuatro, aquella mañana que grabamos la maqueta...

¿Había encontrado una pista o era simplemente pura coincidencia?

SOLO

Did I really walk all this way
just to hear you say
“oh I don’t want to go out tonight”

*Y he venido caminando hasta aquí
solo para oírte decir:
«Oh, no me apetece salir esta noche»*

Morrissey,
Don't Owe You Anything

El martes me desperté con una sensación muy agradable al pensar que no tenía que ir a trabajar. Habíamos quedado a las diez en el estudio y podía estar en la cama una hora más. De la habitación de Tina no venía ningún sonido, otro alivio. En las últimas noches se habían filtrado por la puerta unos extraños ruidos: jadeos y gritos sofocados, que me sugirieron actos físicos sobre las que preferí no especular. La cadena del váter no paró de funcionar. Sin embargo, la noche anterior estaba despierto cuando llegó Tina del trabajo y me había parecido que venía sola.

No había notas en la cocina. Desayuné unas tostadas en el salón, mirando las noticias de la mañana con el sonido al mínimo, y luego fui a escuchar los mensajes del contestador. Había vuelto muy tarde la noche anterior y no había tenido tiempo de hacerlo.

Había cuatro mensajes. El primero era de Madeline; decía que no podía quedar conmigo por la noche, ¿me importaría dejarlo para el jueves? Me sentí desilusionado y también algo sorprendido, ya que siempre me decía que su única vida social era salir conmigo. Quizá estuviese enferma.

Los otros tres mensajes eran de Pedro. Los había ido dejando en distintos momentos de la noche y juntos formaban una pequeña narración. El primero era relativamente coherente y no se oía ningún ruido de fondo aparte de su voz; debía de llamar desde su casa.

Hola Tina, pechuguita de pollo mía, abrigo de piel. Oye, esta noche llegaré un poco más tarde porque me he tomado la noche libre y me voy de juerga con unos amigos. Pero pasaré a verte porque no puedo estar una sola noche de mi vida sin ti. Antes de que amanezca, notarás mi llave en tu cerradura, amor mío. Adiós.

El siguiente mensaje lo había dejado desde una cabina. Hablaba más alto, sobre un fondo de voces y ruido de música. Empezaba a notarse un deje arrastrado:

Hola chiquita, nos lo estamos pasando en grande, solo te llamo para decirte... Ojalá pueda ir esta noche... todavía quiero ir... A lo mejor llego un poco tarde, espero que lleves algo bonito, como aquello que te compré... Me costó un

montón de pasta... Eso no se compra en cualquier tienda; seguro que si te lo pruebas otra vez te sentará estupendo...

Sonó el pitido y el mensaje se cortó.

El último debió de dejarlo unas horas después. Las voces de fondo eran ahora de hombre y mujer, y la música, aunque más alta, era lenta y sensual.

Hola, Tina, nos lo estamos pasando genial... ¡llevamos un globo...! Sería estupendo que vinieras, porque esta gente es magnífica, buenos amigos de verdad... Haríamos cosas fantásticas si tuviéramos aquí una chica como tú... Anda, vente, por favor, y tráete algunas cosas porque...

Esta vez la voz se cortó sin ninguna explicación, y la cinta se detuvo con un clic. No le había dado la dirección para que Tina fuera. La puerta de la habitación seguía ominosamente cerrada.

* * *

Cuando llegamos al estudio, aquella mañana, Vincent estaba de un particular buen humor. Sus clientes favoritos estaban utilizando una de las salas de ensayo: no éramos nosotros, por supuesto, sino un grupo femenino llamado Los Círculos Viciosos. No hace falta decir que Vincent era uno de esos típicos técnicos de música que se especializan en amargar la vida a las mujeres músico. Cuando entré, vi delante de su mesa a una de las integrantes de Los Círculos Viciosos, quejándose de que no conseguía poner en marcha un amplificador.

—¿Podrías venir a echarle un vistazo?

—Claro que le echo un vistazo, cariño. Y si quieres, llevo también mi aparato y te lo enchufo.

Llevaba una camiseta con la imagen de una enorme gallina roja, acompañada de la frase: «Nada como una buena polla para despertarte por la mañana».

—Oye, solo te estoy pidiendo que vengas y me echas una mano.

—No me importa echarte una mano, nena. Con la mano podemos empezar muy bien. ¡Jua, jua!

—Bueno, ya lo haré sola —dijo la chica, volviéndose.

—¿No tienes nada más estropeado, cielo? ¿No quieres que le eche un vistazo a tu enchufe, eh? ¡Jua, jua, jua!

Cuando la chica iba a bajar las escaleras, dos niños pequeños aparecieron de repente por la puerta de la entrada, vestidos con unos anoraks iguales. Inmediatamente la jovialidad de Vincent desapareció y los miró, horrorizado y furioso. Se quedó sin habla durante unos segundos y luego explotó:

—¡Niños! ¿Qué coño hacen aquí estos jodidos críos? ¡Sacadlos de aquí! ¡Venga, fuera, largo! ¡A la mierda!

La chica corrió hacia los niños, les rodeó con los brazos y les riñó:

—Os dije que os quedarais en el coche.

—Es que nos aburrimos —dijo el mayor.

—¿Son tuyos? —preguntó Vincent.

—Sí.

—Esto no es una guardería, joder, ¿te enteras? ¿Quién te ha dado permiso para traerte aquí a los críos?

—¿Y qué voy a hacer con ellos mientras ensayamos? No puedo pagar a un canguro.

—Saca a esos críos de aquí y enciérralos en ese jodido coche, y no vuelvas a traerlos.

—Vamos —dijo la chica a los niños, cogiéndoles de la mano—. Volvamos al coche. Saldré a veros de vez en cuando y os traeré caramelos.

Vincent se volvió hacia mí cuando salieron, como suponiendo que estaría de acuerdo con él.

—Las mujeres con niños deberían quedarse en casa y cuidar de sus cabroncetes —dijo—. De todas formas no saben ni hacer la o con un canuto. Son unas inútiles.

—¿Cómo van las obras de la sala B? —pregunté, para cambiar de tema.

—Oh, todavía hay un montón de trabajo por hacer. Cuando esté terminada, te avisaré antes que a nadie.

—¿Cuánto tiempo lleva ya parada? Bastantes meses, ¿no?

—No, ¡qué va!, solo unas semanas.

—Pues es curioso, porque los otros grupos que ensayan aquí me han dicho que tampoco la han utilizado nunca. Parece que siempre ha estado cerrada.

Acercó la cara a la mía con un gesto desagradable y me miró directamente a los ojos.

—¿Te importa que te dé un consejo, Bilbo? —dijo—. No hagas tantas preguntas, ¿vale?

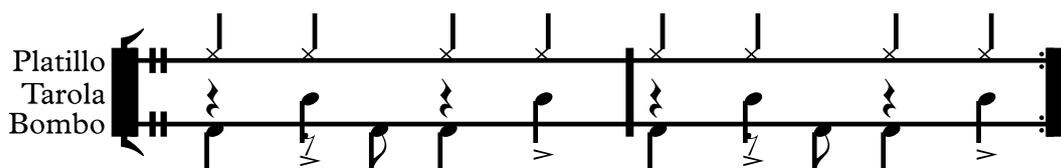
Asentí.

—Vamos. Tenemos mucho trabajo.

Jake y Harry nos esperaban ya en el estudio; Martin sabía que no le necesitaríamos hasta más tarde y no había llegado todavía. Una vez en el estudio, Vincent se transformó en un técnico silencioso y eficaz, y empezó al momento a comprobar los micrófonos colocados alrededor de la batería. Jake estaba nervioso, pues sabía que su parte iba a ser la primera en grabarse y que tenía que coger el tono el primero. Pero no era una parte de batería especialmente difícil, y además de tener una guía de clics para mantenerle en el *tempo*, yo iba a tocarle una parte básica clave al teclado para que él se situara en la canción.

Sin embargo, en cuanto empezó a tocar me di cuenta de que no se había aprendido bien la pieza. No tenía ni idea de dónde había que marcar las transiciones y tampoco estaba muy acertado en los rellenos. Y a pesar de mis súplicas para que no

fuese así, el esquema patrón que tocaba era casi primo hermano de:



Tras seis o siete tomas apenas había mejorado, solo tocaba un poco más pulido y más relajado, de manera que pensé que lo mejor era cortar por lo sano. Mientras Jake sudaba la gota gorda con el fundido, alcé el pulgar hacia Vincent, que estaba al otro lado del cristal, y Harry inició la línea del bajo.

Conseguimos una excelente prueba de Harry a la segunda, en el momento en que apareció Martin. Ello significó, como siempre, una larga pausa para cambiar las cuerdas y afinar, y Vincent le echó un breve sermón sobre el disparate que era cambiar las cuerdas antes de una sesión de grabación. Por una vez me sentí agradecido a aquel cabronazo insoportable. Martin contestó frunciendo el ceño; temblaba de nervios ante la duda de si utilizar un plectro grueso o uno fino. Sus acordes, cuando empezó a tocar, no parecían mantener relación alguna con el contrapunto del bajo: resultó que los tocaba tres trastes demasiado alto. Había una nota menor sostenida que se empeñaba en tocar como mayor, hasta conseguir sacarme de mis casillas. Intentaba arpeggios increíblemente ambiciosos donde la canción solo pedía acordes enérgicos. La cuerda del *si* seguía estando desafinada. Cuando conseguimos una prueba medianamente decente, ya había dado la una.

—Tendremos que acabar por la tarde —dijo Vincent, jubiloso—. Os costará el doble, por supuesto.

—Háblalo con Chester —repuse—. Siempre ha pagado las facturas de nuestros ensayos y grabaciones.

Fuimos al pub que había al otro lado de la calle, una construcción aislada y cuadrada de cemento, calculada para desanimar a los espíritus más entusiastas. Martin pagó una ronda y los cuatro nos sentamos a beber en medio de un sombrío silencio, conscientes de que la mañana había ido tan mal como temíamos.

—La pieza esa es pegadiza —dijo Jake al final, tras silbar unos compases de «Stranger in a Foreign Land».

—Sí —dijo Harry—, y es bonita.

Encajé mal aquellos desvaídos intentos de animarme.

—Quizá tendríamos que haber grabado algo más sencillo —dije.

—No, esta está bien —dijo Harry—; es una canción directa, melódica.

—Pero no precisamente de lista de éxitos —dijo Martin, bebiendo su cerveza y lanzando una mirada furiosa—. No es muy comercial que digamos.

—Lo que acabas de decir está un poco desfasado —apuntó Jake—. Esa diferencia ya ha dejado de existir. Cualquier cosa puede llegar ahora a las listas de éxitos, absolutamente cualquier cosa, si se comercializa adecuadamente. Por eso está todo

lleno de mierda.

Bebió un trago largo de cerveza y cerró los ojos.

—Joder, me gustaría que estuviéramos en el setenta y seis —añadió.

—¿Por qué? ¿Qué pasó en el setenta y seis? —preguntó Martin.

Jake le miró de arriba abajo como si hablara en broma.

—Tú sabes lo que fue el punk, ¿no?

—¿El punk? No fue hace doce años, ¿no?

—Joder, claro —dijo Harry—. Casi exactamente doce años. *Anarchy in the UK* salió el veintiséis de noviembre de mil novecientos setenta y seis. ¡Qué grupo!, ¿eh?, ¡qué grupo!

—Y *New Rose*, de The Damned, también salió ese mes.

—No, ese salió antes, un mes antes.

—Si seguís recorriendo el Paseo de los Recuerdos —dije—, me parece que me largo yo también a dar un paseo.

Me ignoraron. Jake y Harry habían pasado la adolescencia en los setenta, y cuando tocaban aquel tema eran imparables.

—¿Y qué me dices de The Vibrators? «We Vibrate», ¡qué canción!

—The Jam. The Buzzcocks. The Adverts. La Siouxsie.

—Siete de mayo de mil novecientos setenta y siete. En The London Rainbow; yo estuve. Una noche gloriosa. The Clash, The Slits, The Jam, Subway Sect.

—Y X-Ray Spex, y su *Oh Bondage Up Yours*. Un gran *single*.

—Spiral Scratch.

—Y Pretty Vacant.

—Right to Work.

—Y Get a Grip.

—¿Y te acuerdas de The Rezillos?

—¿Y tú te acuerdas de Alternative TV?

—Claro, y de Stiff Little Fingers.

—The Desperate Bicycles.

—XTC.

—999.

—Slaughter and the Dogs.

—¿Y qué me dices de Los Enanos de la Muerte?

La avalancha de recuerdos cesó de repente y Jake miró a Harry con sorpresa.

—¿Quiénes?

—Los Enanos de la Muerte... Grabaron aquel *single*, ¿cómo se llamaba?... *Black and Blue*.

—Te lo estás inventando.

—Que no. Tienes que acordarte de ellos, seguro. No eran famosos, pero era un grupo muy bueno.

—Me estás tomando el pelo.

—No. Grabaron dos singles: primero *Black and Blue* y luego otro, no me acuerdo del título.

—Oye, yo estaba al loro de todo por aquel entonces y recuerdo perfectamente el nombre de todos los grupos de la época punk. No te quedes conmigo.

—Que no me estoy quedando contigo. De verdad. Tienes que acordarte de ellos. Eran cuatro: una chica cantante impresionante con una voz muy desagradable, que hacía que Poly Styrene sonara como Kiri Te Kanawa, y aquel guitarrista y el bajista, que eran enanos. Y hermanos. De ahí sacaron el nombre.

—Entonces solo eran tres —maticé.

—Bueno, había otro tío, batería o algo así.

—Lo siento, Harry, no me lo trago.

—¿Me estás llamando mentiroso?

—Es que no me lo creo, ya está.

—¿Y si se lo preguntamos a Vincent? —sugerí, pensando que ya teníamos bastantes problemas como para enredarnos además en una discusión tonta—. Siempre anda presumiendo de haber estado muy metido en la movida punk. Preguntádselo, seguro que se acuerda.

Al final fue Vincent quien zanjó la discusión más o menos, cuando volvimos al estudio, con una rotunda respuesta: «No, nunca oí hablar de ellos». Harry puso cara de mosquearse y Jake exhibió una sonrisa triunfal. Se marchó enseguida con Martin; ya habían terminado su parte y no tenía sentido que se quedaran mientras Harry y yo seguíamos con el tedioso proceso de acabar la canción.

Habíamos grabado la batería en estéreo y, ahora, con la batería y el bajo mezclados, solo nos quedaban cuatro pistas para completar la grabación. Decidimos utilizar una pista para la sección vocal y reservar las otras tres para los teclados. El auténtico gancho de la canción era una imagen recurrente que en realidad estaba pensada para saxo, pero no conocíamos a ningún saxofonista, así que tuvimos que improvisar con un *sample* bastante convincente que había encontrado Vincent para nosotros. Lo grabé, junto con una parte de piano, y añadí algunas cuerdas. Después Harry probó con la sección vocal:

Now and then

I wonder if I should have come here

Real men

Who's going to ask me what I've done here?

I search for buried treasures

Precious gifts from out of Araby

I know it's now or never

And when I'm down, will you carry me^[3]?

Moví la cabeza con tristeza al escucharle cantar estas líneas. Siempre me ha resultado difícil escribir letras de canciones, pero oyendo a Harry luchar al principio

de cada frase para llegar al *si* agudo, la letra me parecía más floja que nunca. Entonces llegó el coro:

*And then I went away
And I left behind the times
And the place where she stayed
Often fingers in my mind
Wish I knew what you planned
Feel your fingers in my hand
I just hope I can stand
Stranger in a foreign land* [4]

Terminamos la grabación hacia las cinco. Hicimos una pausa para tomar un té y después volvimos al estudio a hacer las mezclas. Oímos la versión final un par de veces e intentamos resignarnos.

—Aquí la tenéis, chicos —dijo Vincent, presentándonos el máster dentro de una caja blanca de cartón—. Vuestro pasaporte hacia el éxito.

—Sarcástico hijo de puta —dijo Harry cuando nos quedamos solos otra vez. Abrió la caja y miró el máster—. Supongo que tendríamos que hacer algunas copias de esto en casete, ¿no?

—Quizá sería mejor dejarla reposar unos días —contesté— y escucharla otra vez. Harry debió de notar el pesimismo de mi frase, pues asintió comprensivamente.

—Oye, yo te creo —añadí—. Me refiero a lo del grupo ese...

Se encogió de hombros.

—¡Bah!, ¿qué más da?

—Mira, tengo al amigo ese de Sheffield. Lo sabe todo sobre música; es una enciclopedia andante. Le escribiré y se lo preguntaré.

—No tiene ninguna importancia, de verdad.

Pero vi que para él sí la tenía, y decidí hacer algo aquella misma noche. Además, llevaba mucho tiempo ya sin saber nada de Derek.

* * *

Con el sonsonete de «Stranger in a Foreign Land» todavía en la cabeza, me dispuse a esperar a Madeline ante el Swiss Centre de Leicester Square el jueves por la noche. «Ojalá hubiera sabido que tú ansiabas / Sentir tus dedos en mi mano»; supongo que cuando escribí aquellas palabras ella estaba en mi inconsciente, donde estaba siempre, en realidad, cuando no estaba en mi conciencia. Se suponía que los acordes que había empleado debían provocar un sentimiento agridulce —alternando séptimas menores, un tono aparte, uno de mis recursos favoritos—, pero la totalidad de la pieza estaba compuesta para que sonara optimista y con miras al futuro, pues de ese modo intentaba sentir en aquel momento, todavía, mi relación con ella... a pesar, hay que decirlo, de las muchas pruebas que había en contra.

Aquella noche, las pruebas se multiplicaron. Primero fue su retraso, muy poco habitual. Nunca me había hecho esperar más de cinco minutos y aquella vez tardó más de media hora. Eran las nueve pasadas cuando la pude ver esquivando las multitudes de Piccadilly Circus.

—Lo siento. Debo de tener el reloj atrasado.

—Si no llevas reloj —observé.

Madeline se envolvió en el abrigo.

—No te enfades conmigo nada más llegar —dijo—. Bueno, ¿qué vamos a hacer?

—Había pensado ir al cine, pero es demasiado tarde, ya han empezado todas las sesiones —pensé que volvería a disculparse, pero no lo hizo—. No sé... podríamos ir a comer algo.

—No por favor, tanto entusiasmo no.

—Es que no tengo casi dinero.

El carácter totalmente previsible de mis sentimientos por Madeline nunca dejaba de sorprenderme. Flujo y reflujo, flujo y reflujo. En su ausencia, pura ansia; cuando volvíamos a encontrarnos, irritación, mal humor, agria devoción. Me emocionaba en seguida al ver lo bonita que era, y después me desconsolaba al pensar que llevábamos seis meses saliendo y todavía estaba muy lejos de la posibilidad de acostarme con ella. Y cuando me moría por desahogar mis emociones, debía ser frío y equilibrado, y pensar y elegir dónde ir a cenar, entre los cientos de restaurantes que ofrece Leicester Square. ¿Francés? ¿Italiano? ¿Griego? ¿Indio? ¿Chino? ¿Indonesio? ¿Vietnamita? ¿Tailandés? ¿Malayo? ¿Vegetariano? ¿Nepalés?

—¿Qué tal un McDonald's?

—Bueno —dijo ella.

Terminamos en el primer piso del McDonald's de Haymarket. Yo pedí una hamburguesa grande con queso, patatas fritas y Coca-Cola. Madeline se limitó a una hamburguesa pequeña con queso. Comimos un rato en silencio. Parecía claramente deprimida y su malhumor se extendió pronto a mi rincón. Pensé en las tardes que habíamos pasado juntos durante aquellos seis meses, las ilusiones y la emoción que había sentido al principio, y me pareció patético y cruel que estuviéramos sentados allí, sin hablar, tragando con desgana comida basura en un sitio insípido, en una noche de invierno helada. Cuando al final me atreví a hablar, tuve que hacer un esfuerzo enorme.

—Bueno... ¿qué has hecho estos días?

—Nada especial. Ya me conoces.

Señalé su hamburguesa.

—¿No vas a comer más?

—No tengo apetito y, además, odio esta comida.

Supongo que debí de hacer algún gesto de decepción, porque se apiadó de mí y dijo:

—Lo siento, William. Los dos estamos de mal humor esta noche, no pasa nada.

Le podía haber dicho que yo no estaba de mal humor hasta que me hizo esperarla durante media hora, pero me pareció más positivo aceptar su gesto amistoso.

—El martes pasado grabamos otra canción.

—¡Ah! —exclamó, naturalmente con tono aburrido.

—Estuvimos todo el día en el estudio. Tardamos seis horas.

—Eso está convirtiéndose en una afición cara, ¿no?

—Sabes perfectamente que no es una afición.

Madeline me quitó una patata con aire ausente.

—¿Sigues pensando que vas a hacer carrera en la música?

—No lo sé. No lo pienso en esos términos.

—¿Por qué insistes, entonces? ¿Qué sentido tiene seguir?

—Tengo que hacerlo, nada más.

Me miró con una expresión desconcertada, perpleja.

—Lo hago porque tengo esa música dentro, encerrada, tengo que dejarla salir. Es... lo que hago. Es lo que he hecho siempre.

—Suenas de lo más desagradable, parece un trastorno intestinal. Me alegro de no tenerlo.

—No, no es nada de eso. Es un don. Una manera de expresar sentimientos, de darles forma permanente y de preservarlos. Sentimientos que, de otra manera, morirían, caerían en el olvido.

—¿Qué tipo de sentimientos?

Audazmente, respondí:

—Sentimientos hacia ti, por ejemplo.

—¿Has escrito canciones sobre mí?

—Sí.

—¡Qué vergüenza!

En el breve silencio que siguió, me pregunté si se habría dado cuenta de hasta qué punto me había dolido eso. Después dije:

—Gracias.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, captando mi sarcasmo por una vez.

—¿Sabes lo que de verdad me jode?

—Si lo único que pretendes esta noche es ser grosero —dijo—, no tengo por qué quedarme aquí escuchando.

—Te diré qué es lo que más me jode. Lo simpática que eres.

—¿Cómo?

—Lo simpática que eres con todo el mundo, menos conmigo. ¡Coño!, eres encantadora, amable, muy atenta, generosa y llena de buenos sentimientos hacia todo el mundo. Pero conmigo, nada, ni una jodida gota.

—Me parece que estás siendo injusto, muy injusto.

—No, no lo soy. ¿Por qué no me tratas a mí como a los demás? Que sea tu novio no quiere decir que no tenga derecho a un poco de amabilidad de vez en cuando. Me

tienes esperando más de media hora, luego estás de morros y no me hablas. Y no me dices siquiera cuál es el problema.

—No hay ningún problema.

Le cogí la barbilla y la obligué a mirarme:

—Sí que lo hay, ¿verdad?

Apartó la vista.

—No quiero hablar de ello.

Tenía los dedos sucios de salsa y le había manchado la cara. Cogió una servilleta y se limpió.

Suspiré.

—Tienes que decírmelo. Me lo debes.

Intentó mantener mi mirada, pero tuvo que desviar la vista.

—Necesito un cambio —dijo, con la voz rota.

—¿Un cambio?

—En nuestra relación.

Fruncí el ceño.

—¿Qué clase de cambio?

—Ya lo sabes —dijo, mirándome otra vez.

—No, no lo sé.

Nos miramos fijamente unos segundos el uno al otro. Dos pares de ojos en un furioso, desesperanzador punto muerto, pugnando por comunicarse y pugnando a la vez por rechazarse. Al final Madeline estalló.

—Caray, eres imbécil —dijo—. No he conocido nunca a nadie tan imbécil como tú, William.

Se levantó y se colgó el bolso del hombro.

—Me voy.

—¿Adónde vas?

—A mi casa.

—No seas tonta.

—No lo soy. Estoy harta y me vuelvo a mi casa.

—Te acompañaré a la parada del autobús.

—Déjalo. No quiero que me acompañes, prefiero ir sola.

Me levanté.

—¿Quieres dejar de hacer tonterías? Vamos a hablar de esto civilizadamente, como dos... —me empujó otra vez a mi silla.

—Calla y termina la hamburguesa.

Y antes de que tuviese tiempo de detenerla, se marchó corriendo, bajó las escaleras y desapareció de mi vista. Me quedé sentado, aturdido. Ante mí tenía la bandejita con los restos de la hamburguesa de queso: un poderoso símbolo de una relación fracasada, si es que alguna vez había visto alguno. Acto seguido, lo tiré todo al recipiente de la basura y salí del restaurante.

No había ninguna señal de Madeline por la calle. Sabía a qué parada de autobús había ido, pero no tenía sentido seguirla: era mejor dejar desvanecerse aquella tormenta y, quizá, llamarla al día siguiente. La noche empezaba a enfriarse y flotaba una niebla húmeda en el aire. Me abotoné hasta el cuello la gabardina fina y vieja, hundí las manos en los bolsillos y empecé a andar sin rumbo calle arriba; luego me puse en camino hacia Samson's.

Fue un largo paseo, pero valió la pena porque estaba Tony. No quise hablar con él en seguida, así que ocupé la mesa de un rincón, pedí una botella de vino y empecé a beber solo, lenta y metódicamente. Lo siguiente que recuerdo es que había tres cuartos de botella vacía. El bar estaba casi desierto, por lo que no había ruido de fondo —conversaciones, tintineo de vasos o arrastrar de sillas— que me impidiera escuchar el piano de Tony. Tocó «Night and Day», «Some Other Time», «Blue in Green» y, por fin, «My Funny Valentine». Aunque pensé que su versión no era tan buena como la que yo había tocado para Madeline la noche que nos conocimos. Era más pulida, pero menos emotiva. Pero me llegó, y me empujó a acercarme al piano antes de que Tony tuviera tiempo de empezar otra pieza. Le saludé.

—Vaya, ¿qué haces tú por aquí? —me preguntó él. Parecía sinceramente contento de verme.

—¿Cuándo tienes un rato de descanso?

—Puedo hacer una parada ahora.

—Pues ven a tomar algo conmigo.

Pedimos otra botella, aunque él no parecía dispuesto a beber mucho, y le conté mi pelea con Madeline. No sé lo que esperaba obtener con aquellas confidencias. Los hombres no suelen resultar de gran ayuda en las crisis emocionales, y me sorprendí deseando poder acudir a una mujer, alguien a quien no le fuera violento abrazarme, en primer lugar, y después hablar de todo abiertamente. Me di cuenta de que Tony estaba tentado de decirme algo parecido a: «Yo ya te lo dije...», y no estaba dispuesto a permitirselo.

—Bueno, puedo intentar olvidarla —dije, cuando acabé de contárselo.

—Me parece una buena idea.

—Tengo otras cosas en qué pensar. Muchos planes que llevar adelante.

—Exactamente.

—Además, puedo llamarla mañana por la mañana.

Me miró sonriendo y movió la cabeza.

—¿No crees que deberías dejar pasar un poco más de tiempo?

Me pareció entender que él consideraba la pelea como una ruptura total, y al enfrentarme a esa perspectiva, me invadió el pánico. Tuve una sensación momentánea de caída, de ingravidez, como la que se siente en un ascensor cuando baja demasiado rápido. Me estremecí.

—En fin, ya veremos; lo pensaré.

Para no prolongar más la conversación, le dije que había escrito una nueva pieza

—Sí. Me gustaría oírla.

Dudó un momento y luego me tendió la hoja.

—No, tócala tú.

De no haber sido porque estaba un poco borracho y porque el bar estaba casi vacío, no me hubiera atrevido a hacerlo. Además, no la había tocado nunca al piano, solo en un teclado eléctrico, que no tiene nada que ver. Pero me encaminé al piano, me senté en el taburete e intenté concentrarme aspirando profundamente. Un par de segundos después, atacé el primer acorde.

Algunos músicos dirán que el alcohol puede mejorar la interpretación porque ayuda a relajarse. No es cierto. La única relajación posible nace de la confianza en el material del que se dispone. El tipo de relajación que proporciona el alcohol no es más que un trastorno de la percepción, que hace que no te distraigan tus propios fallos porque ni siquiera los notas. Yo estaba demasiado borracho aquella noche para tocar una versión aceptable de *Tower Hill*. No sé cómo le habría sonado a un oyente imparcial; lo único que Tony me dijo al acabar fue que había cometido algunos errores. Al menos, fue lo que me dijo en relación con la primera mitad de lo que toqué. El resto podría definirse mejor como una incursión en una improvisación libre.

El caso es que a los pocos minutos perdí toda concentración en la música, y empecé a dejarme llevar por las asociaciones que brotaban en mi mente. Mis dedos iban y venían a su antojo, mientras yo recordaba mis largas, fatigosas caminatas desde la estación de metro hasta mi casa: con cuánta esperanza al principio, con cuánta obstinación y ceguera después. Sin embargo, no encontraba amargura en mí. Mi mente retrocedía más y más a las primeras tardes con Madeline: la alegría de ir juntos a sitios nuevos, la fluidez de nuestras conversaciones, su mirada buscándome en el lugar de nuestra cita y la manera en que su cara se iluminaba cuando me acercaba. Mientras tanto, en el teclado, debí perderme entre cambios de tonos y disonancias imposibles, y no volví en mí hasta que oí una nota familiar y descubrí que estaba tocando —aunque baja y a destiempo— la triste melodía de «Stranger in a Foreign Land».

Me detuve a medio vuelo. A mi alrededor reinaba un denso silencio, los clientes habían dejado de hablar y me crucificaban con miradas sorprendidas y hostiles, preguntándose quién era yo y por qué no escuchaban a su pianista habitual.

Me levanté rápidamente, me abrí paso a empujones entre las mesas y llegué hasta Tony, que estaba en un rincón del bar.

—Tengo que irme —dije—. Lo siento. Creo que estoy borracho.

Asintió y me miró con inquietud.

—¿Estás bien? —me preguntó—. Para volver solo, me refiero. ¿Quieres que te acompañe?

—No, no estoy tan mal.

—De acuerdo —dijo. Estaba a punto de salir cuando añadió—: eh, no te olvides de lo del domingo.

—¿Qué pasa el domingo?

—Este no, el siguiente. Me dijiste que te quedarías con Ben, ¿te acuerdas?

—Ah, sí. El próximo domingo, de acuerdo.

Salí tambaleándome. Mi siguiente recuerdo es el de hallarme en la estación de metro de Leicester Square, junto a las máquinas de los billetes. No sé si por error o por un deseo inconsciente, me encontré en un vagón que se dirigía al norte en lugar de a Embankment. Bajé en Euston y me quedé en el andén bastante rato, hasta mucho después de que desapareciese el último viajero. Sentía que tenía que hablar con alguien. Sabía que necesitaba desesperadamente ver a una persona y que por eso había tomado la línea norte. Pero ¿quién era? No era capaz de concentrarme. ¿Qué debía hacer? ¿Volver a casa? Karla. Quería ver a Karla. ¿Para qué? ¿Iba a contarle lo que había pasado aquella noche, a hablarle de la discusión, de Madeline? ¿Qué hora era? Las once y cuarto. El White Goat ya estaría cerrado cuando llegara. Cerrado, pero no vacío. Seguramente ella estaría dentro, limpiando las mesas, lavando los vasos y cerrando las puertas. Pasé al andén de City Branch y cogí el metro en dirección a Angel. Llamaría a la puerta, ella se acercaría, la abriría, vería mi cara y me dejaría entrar sin mediar palabra. Ni una sola palabra. Me estaría esperando; o casi. Ni una sola palabra.

—¿Puedo ayudarle en algo, caballero?

Me dolían los nudillos, y tenía ante mí el rostro de un policía gigantesco. Me encontraba en una calle pequeña y todo estaba tranquilo, ahora que había dejado de aporrear la puerta del pub.

—Los pubs cierran a las once, caballero —siguió el policía.

Su tono era acusador, no informativo. Y blandía la palabra «caballero» como un objeto contundente.

—Creo que me he dejado algo aquí —vacilé—. La cartera, me parece.

—Le comprendo, caballero, pero tendrá que esperar a mañana para recuperarla.

Tenía unos cuarenta años, era bigotudo y no parecía demasiado amenazador. Mascullé algo a modo de agradecimiento y empecé a retroceder.

—¿Tiene suficiente dinero para volver a casa, caballero?

—Sí, no hay problema. Llevo el bono.

—Buenas noches, caballero.

Me vigiló hasta que doblé la esquina. Pero cinco minutos más tarde, cuando volví, ya se había largado. El interior del pub estaba a oscuras, la puerta cerrada. Me apoyé contra ella, mis piernas cedieron y resbalé al suelo.

No creo que durmiera mucho tiempo. Desperté temblando, pero no era por el frío. Fue un ruido. Como ya he dicho, la calle estaba tranquila. Es decir, tranquila, no silenciosa, porque en Londres no existe el silencio. Es algo que no notas al principio cuando vives aquí: estás despierto en la cama a las cuatro de la mañana, y llegas a confundir lo que oyes con el silencio. Te equivocas. Solo hace falta ir a cualquier otro sitio, al campo o incluso otra ciudad, para advertir que en Londres siempre se oye el

susurro, el zumbido, el murmullo soterrado de una actividad incansable e indefinible. Esa noche, a pesar de ese rumor, de esa atmósfera perpetuamente cargada de ruidos distantes, oí algo nítido y sorprendente. Era una voz: la voz alta y clara de una mujer cantando una melodía tan intensa y agradable, que enseguida me sonó familiar a pesar de que no la había oído nunca. La voz venía de arriba, del cielo, como si fuera de un ángel.

Pero no lo era. Miré hacia arriba, y por encima de las tiendas del otro lado de la calle vi una ventana abierta. Sobre una de las tiendas había un letrero: «Vídeos, venta y alquiler». Se me encendió una luz en la memoria y me levanté de un brinco: Karla. ¡Claro! Era una canción escocesa, eso estaba claro, y aunque no entendiera la letra, sonaba a gaélico. Meses más tarde, descubrí la letra de esa canción: «La Nostalgia del Marinero». Decía así:

*Nuair chi mi eun a'falbh air sgiath
Bu mhiann leam bhith'na chuideachd:
Gu'n deannain cùrs'air tìr mo rùin,
Far bheil an sluagh ri fuireach.*

Podrían traducirse como:

Cuando veo a un pájaro emprender el vuelo,
siempre deseo volar con él:
seguir mi ruta hacia la tierra que amo,
allí donde moran los míos.

No sé cuánto tiempo me quedé escuchando su voz. Me parecía la cosa más bonita que había oído en mi vida. La melodía transmitía tanta seguridad y tanta fuerza, la voz era tan pura, que por un momento me olvidé de todo. Hasta de que estaba borracho. La música me hablaba a mí, y me decía exactamente lo que quería oír. Cuando terminó, dejando solo aquella extraña quietud bulliciosa, ya no quise ni necesité hablar con Karla. No entonces. No en aquel momento.

La había oído cantar.

VUELCO

You left your girlfriend on the platform
with this really ragged notion that you'd return
but she knows that when he goes

he really goes

*Dejaste a tu novia en el andén
con la incierta idea de que volverías
pero ella sabe que cuando él se va
se va de verdad*

Morrissey,
London

«Seguir mi ruta hacia la tierra que amo, allí donde moran los míos». Bueno, yo todavía no estaba dispuesto a eso: no iba a dejar que Londres me derrotara tan pronto. Pero, al día siguiente, mis pensamientos me llevaron hacia mi tierra natal, y con una claridad que no imaginaba, recordé algunas escenas de mi vida pasada que había procurado olvidar. La razón fue la llegada, mucho antes de lo esperado, de la carta de Derek.

En realidad, no era solo una carta, sino un paquete; en cuanto lo abrí vi un disco, un single. La cara A se titulaba «Violent Life» y la B, «Insomnia». Se atribuía a un grupo denominado Los Enanos de la Muerte.

Entre el plástico y la carátula había una carta. La desplegué y empecé a leerla.

Querido Bill,

Me ha alegrado mucho tener noticias tuyas... ya era hora. Como nadie te ha visto el pelo por aquí últimamente, y no se conoce que hayas llegado a las listas de éxitos, circulaban ya rumores de que te habías caído al Támesis y habías llegado flotando hasta ese gran estudio de grabación que está en el Cielo. Pero resulta que estás sano y salvo, y disfrutando de una mísera existencia bohemia. Nos ha aliviado mucho saberlo, te lo aseguro.

Seguramente te habrá dado que pensar el contenido del paquete. Un ejemplo más de asombrosa eficacia por parte del «Servicio de Información Musical Derek Tooley S.A.: resuelva todas sus dudas sobre música pop; especializados en asesorar a concursantes del programa *Adivine qué canción*. Rápido, seguro y eficaz». Tu amigo tiene toda la razón. Es verdad, existió un grupo llamado Los Enanos de la Muerte... uno más de los tantos que proliferaron durante la época punk. Grabaron un par de discos independientes baratos y desaparecieron sin dejar huella. Cayeron totalmente en el olvido, excepto para un puñado de coleccionistas maniacos como yo. No tengo ningún ejemplar del disco que menciona tu amigo, *Black and Blue*, pero lo recuerdo. El que tienes ahora en tus

sudorosas manazas (siempre que no se haya extraviado en Correos, en cuyo caso será mejor que se vayan preparando) es todavía más raro. Fue su segundo y último single, editado por un sello del que ni siquiera yo he vuelto a tener noticias... probablemente su propio sello. Puede que imprimieran unas cien copias, y quizá vendieran seis o siete.

Cuando escuches el disco, verás que los Enanos tendían a rechazar el lado más amable de la naturaleza humana y no eran muy dados a las sutilezas ni a los matices expresivos delicados. «Violent Life» es un viaje de dos minutos por el infierno urbano de Glasgow: violaciones, atracos, peleas entre bandas y abuso de drogas parecen haber sido sus principales referencias. Y así y todo, suena como una suave sinfonía pastoral al lado de la cara B, «Insomnia», que hasta donde uno puede descifrar la letra, consiste en una mujer chillándole en el micrófono a su ex-amante su deseo de que no vuelva a dormir bien en su vida. En cierto sentido, fue como oír chirriar una tiza sobre una pizarra.

¡Ah, por cierto!, la memoria le juega malas pasadas a tu amigo si cree que de verdad había enanos en el grupo. No puedo recordar quién lo formaba exactamente, pero no me resulta muy probable. Las misteriosas figuras encapuchadas que aparecen en la carátula debían de ser un recurso publicitario. El nombre del grupo (¿no es una suerte tener amigos con esta memoria?) procede del titular de una noticia aparecida en el *Glasgow Herald*, que llegó a convertirse en una leyenda en aquel entonces. Aparentemente estos dos tipos —dos hermanos— fueron arrestados y acusados de violación de propiedad privada y robo a mano armada: una noche entraron en un almacén, ataron al guardia de seguridad e intentaron dispararle, pero la pistola se atascó e hirió a uno de ellos en el brazo. Ninguno de los dos llegaba al metro de estatura, y en la zona se les conocían por una serie de robos en domicilios, que realizaban colándose por unas ventanas diminutas. Pero eran bastante torpes, y siempre terminaban cogiéndolos. Dicho en pocas palabras: sanguinarios, pero tontos. En fin, los encarcelaron tras prestar declaración al guardia de seguridad, y quizá se les habría olvidado si aquel sarcástico titular del periódico no hubiera sido tan llamativo. Ahora no recuerdo ni cómo se llamaban ni cuántos años les cayeron.

Bueno, creo que la enciclopedia de historia de la música ya te ha dado suficiente material para seguir adelante. Enséñale el disco a tu amigo, solo para zanjar la cuestión, y no te olvides de traérmelo cuando vuelvas a Sheffield.

La carta continuaba, pero se me echaba el tiempo encima e iba a llegar tarde al trabajo. Sin embargo, puse el single en el tocadiscos, con el volumen alto para poder oírlo desde la cocina mientras preparaba un té. En una foto bastante granulosa, la carátula mostraba una figura de aspecto andrógino —solo por su forma se podía deducir que era una mujer—, que miraba hacia un río de espaldas a la cámara. A ambos lados de la mujer, en la orilla del agua, aparecían dos minúsculos personajes

con unas capas iguales y la cara encapuchada. El efecto general era de lo más siniestro, pero me pareció muy posible que la imagen de los enanos estuviera superpuesta sobre la foto.

La música resultó ser el típico caos punk de baja calidad, con una vocalista particularmente desagradable. Este tipo de cosas me dan dentera, he de confesarlo. La cara B todavía era peor porque no había acompañamiento de ningún tipo, excepto un repiqueteo de batería. Esperaba que Tina saliese en cualquier momento del cuarto y me pidiese que lo bajase; pero, como de costumbre, mi comunicación con ella se limitó a una simple nota:

Querido W: puede que esta noche nos veamos porque me encuentro muy mal y no pienso ir a trabajar. Perdón por lo del baño, lo limpiaré. He desconectado el contestador, si no te importa, porque no quiero recibir más mensajes. Por favor, no hagas mucho ruido por la mañana. Saludos, T.

Esta nota, de un tono tan diferente al de sus habituales mensajes alegres, me dejó muy intranquilo. Hasta la letra reflejaba inseguridad y descuido. La leí dos veces, pero no podía concentrarme mucho a causa de los espantosos chillidos que procedían de mi habitación, por lo que corrí a apagar el tocadiscos. En el silencio que siguió, volví a leer la nota y me pareció aún más alarmante. ¿Estaba bien Tina? ¿Debía entrar en su cuarto a echar un vistazo? No, mejor que no. Ya tendría oportunidad de enterarme al hablar con ella por la noche. Pero yo no quería quedarme en casa esa noche. Quería llamar a Harry para ir con él a The White Goat, enseñarle el disco y, por supuesto, ver a Karla. ¿Debía aplazar la cita y quedarme con Tina?

Decidí que no y me marché a trabajar llevándome el disco en una bolsa de plástico. En el último momento se me ocurrió volver a conectar el contestador. No iba a permitir que los caprichos de Tina me aguasen las posibilidades de encontrar trabajo.

* * *

Llamé a Harry a la hora de comer y quedamos para tomar una copa por la noche. Después leí el resto de la carta de Derek.

Por aquí no han pasado muchas cosas que puedan interesar a un tipo de la gran ciudad como tú. Sigo trabajando en Harper's, y se rumorea que el año próximo podrían ascenderme a subjefe de sección. Es un trabajo bastante seguro, pero tienes que tener los ojos bien abiertos porque nunca se sabe a quién le va a tocar el próximo despido. Mientras tanto, sigo buscando algún trabajo en empresas más importantes; hace un par de meses tuve una entrevista en Manchester, que al final no llegó a nada. Demasiada gente para demasiados pocos puestos, como de costumbre.

El negocio de la música sigue tan escandaloso como siempre; los contables y los agentes de bolsa tienen la sartén por el mango, y los piratas posmodernos saquean las antiguas colecciones de discos buscando algo medianamente decente de los sesenta, que se pueda plagiar y adornar al gusto de los ochenta. Espero que todo vuelva a la normalidad cuando la Factoría Galleta, o como cono os llaméis, irrumpa en el mercado y tome al asalto las listas de éxitos. Mi único consejo es este: por el amor de Dios, buscad un buen peluquero.

Esto es todo por ahora. Espero saber de ti alguna vez en los próximos diez años. Que te lo pases de puta madre y todo eso, y cuídate mucho.

Saludos

Derek.

P.D. Últimamente he visto a Stacey unas cuantas veces; parece feliz y en plena forma, como siempre. En realidad, la vi ayer por la noche, le dije que había recibido una carta tuya y le pregunté si quería que te diera algún mensaje de su parte. Me encargó que te dijera: «No te olvides del teléfono, Bill». D.

El mensaje me hizo sonreír, pues reconocí en él a la vez un tono de reproche y un guiño íntimo. Era una de esas bromas, no especialmente ingeniosas ni originales, del lenguaje secreto de los amantes. No recordaba siquiera cuándo habíamos empezado a hablarnos así. Debió de ser después de que yo empezara la carrera, cuando estaba en Leeds.

Ahora se me ocurre que lo gracioso de mi relación con Stacey es que nunca nos separamos de verdad. Rompimos el compromiso, eso sí, pero no dejamos de vernos. El recuerdo del orden en que se desarrollaron los acontecimientos empieza a hacerse confuso aquí. Nos unían sentimientos profundos, pero nunca se manifestaban. Tomábamos decisiones, a menudo decisiones importantes, sin que a veces ninguno de los dos se diera cuenta, y desde luego sin hablarlo ni hacer examen de conciencia. Recuerdo que le comuniqué mi intención de dejar la farmacia para ir a la Universidad de Leeds, y que ella aceptó la idea sin el menor gesto de desacuerdo. Quizá porque tampoco me iba muy lejos. Puede que fuera entonces cuando dijo por primera vez: «No te olvides del teléfono, Bill».

Si digo que Stacey tiene «los pies en el suelo», no es porque carezca de atractivos. Al contrario, atraía siempre la atención de los hombres por su pelo negro, muy corto pero ligeramente rizado, su espalda ancha y sus estrechas caderas. Y si la llamo «resignada», no quiero decir que sea débil o no tenga voluntad propia. Quizá la palabra que mejor la defina sea «imperturbable». Me viene una idea algo preocupante: Stacey me caló desde el primer día. Me conocía palmo a palmo, y sabía exactamente lo que podía esperar de mí y lo que no; por eso no se sorprendía cuando me comportaba mal o le planteaba situaciones difíciles. En todos mis tanteos, mis esfuerzos por abrirme paso en la vida, ella siempre estuvo un paso por delante de mí.

Casi me atrevería a decir que ella ya había decidido que era bueno para mí ir a la universidad, y en realidad estaba esperando que lo hiciera.

Aún estábamos comprometidos por entonces, pero quizá ella lo interpretó como el principio del fin de nuestra relación, y lo aceptó con tanta naturalidad cómo aceptaba la perspectiva de mis frecuentes ausencias. Seguíamos viéndonos, sobre todo los fines de semana —a veces en Leeds pero con más frecuencia en Sheffield—, en casa de sus padres o de los míos, disfrutando de la convivencia bajo el mismo techo aunque las convenciones provincianas no nos permitieran dormir en la misma cama. Los domingos, si el tiempo era bueno, salíamos a caminar por los valles. Lo que más nos gustaba era coger el autobús hasta The Fox House, y después ir bajando por el valle hasta la estación de Grindleford, después del túnel de Topley. Era un recorrido que podía cambiar de manera espectacular según la estación del año, y nosotros lo hacíamos tanto con nieve alta como con sol resplandeciente; entre las hojas relucientes con colores de primavera o entre las hojas cobrizas recortadas en el azul cielo otoñal.

Así fueron las cosas durante los seis primeros meses. ¿Cuándo empezaron a ir mal? ¿Cuándo nos dimos cuenta —mucho después, supongo— de que nos habíamos convertido en un puro hábito el uno para el otro, y de que la frescura y la admiración que dábamos por hecho se habían transformado en mera tolerancia? En una especie de perezosa familiaridad que era aún peor que la indiferencia. No recuerdo siquiera cuál de los dos sugirió romper la relación; lo que sí recuerdo —y desde la distancia me parece curioso— fue que aquella noche sentimos más cariño que en todos los meses anteriores. Después de eso, nos fuimos alejando gradualmente. Puede que empezara a salir con otro o quizá pensaba que yo lo hacía. Volví a Leeds para empezar el segundo curso, seguí escribiéndole ocasionalmente, incluso la vi dos o tres fines de semana. Ninguno de los dos pensó mucho en el otro durante aquel tiempo.

La última vez que tuve una conversación con ella fue el fin de semana que volví a Sheffield para despedirme de mis padres. Retomamos nuestro paseo favorito, pese a que la mañana era húmeda y fría, y nos sentamos al borde del arroyo para comer los bocadillos que nos había preparado su madre.

—He decidido dejar la carrera.

—Ya lo sé —dijo ella.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Derek. Te vas a ir a Londres y quieres hacerte músico.

—¿Te sorprende?

—No. Sabía que lo harías.

Me volví hacia ella y le dije, con voz seria mientras ella masticaba su sandwich de huevo con mayonesa:

—Pienso que si no lo intento ahora, puede que después sea demasiado tarde. Para volver a la química siempre habrá tiempo y...

Me interrumpió:

—No tienes por qué justificarte, Bill. Sé como eres y me parece que haces bien.

Sonreí con gratitud y no intenté explicar nada más.

—¿Ya sabes dónde vas a vivir?

—Tony, mi profesor de piano, está ahora en Londres. Su cuñada tiene un piso y voy a compartirlo con ella. Creo que será suficiente para ir tirando.

—¿Cuándo te vas?

—Pronto, la semana que viene.

—Avísame cuando te vayas, ¿vale? —dijo Stacey—. ¿Te marchas desde aquí?

—Sí.

—Pediré unas horas en el trabajo para ir a despedirte a la estación.

—No seas tonta, no hace falta.

—Pero quiero hacerlo. Me parece importante.

Y Stacey estuvo en la estación aquella mañana, junto con mi madre. No pudimos hablar bien —en esas situaciones nunca se puede— y tampoco recuerdo gran cosa de lo que dijimos; pero estoy seguro de que en algún momento me llevó aparte y me dijo, sonriendo, por supuesto: «No te olvides del teléfono, Bill».

No la había llamado desde que estaba en Londres.

* * *

Stacey había sido eclipsada por Madeline; lo cual parecía extraño, en cierto sentido. Pero todavía era más extraño que, temporalmente al menos, las dos fueran eclipsadas por Karla, por aquella imagen única y cristalina que yo tenía de su voz rasgando el improbable silencio de la noche londinense. En lo único que pensaba era en ir por la tarde a The White Goat para contárselo todo. De camino hacia allí me detuve en una hamburguesería y pedí algo de comer; llegué al pub poco después de las seis.

Por desgracia, no había previsto lo abarrotado que podía estar en una noche de viernes. Ella estaba muy atareada detrás de la barra, rodeada por una apretada masa de rostros masculinos, pidiéndole bebidas a voces y agitando billetes. Aunque me saludó con un amistoso «hola» cuando le pedí la primera copa, no conseguí hablarle hasta que fui a por la segunda. Pero todavía había un montón de gente y solo me atendió a medias.

—¿Podemos hablar? —susurré, forzando la voz.

—Claro —respondió.

—Pues... me gustaría decirte algo.

—¿No puedes esperar?

—Bueno... sí, cuando esté esto un poco más tranquilo.

Sacudió la cabeza.

—Los viernes es así durante toda la noche. ¿De qué se trata? ¿Algo personal?

—Bueno, en cierto sentido...

En ese momento, un tipo trajeado con un fajo de billetes de diez libras en la mano

se interpuso entre nosotros y pidió como quince jarras de cerveza. Seguí a Karla por la barra mientras las iba preparando.

—Se trata de algo que pasó anoche —dije.

—¿Sí? ¿Qué?

Me detuve y luego le dije, en voz baja:

—Te oí.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella, sin apartar los ojos de su trabajo.

—Quiero decir que estuve aquí. Anoche, bajo tu ventana.

Se quedó mirándome.

—¿De qué estás hablando?

—Fue una maravilla. Nunca he oído nada parecido.

—Unas bolsitas de cacahuets, de paso, preciosa —gritó el cliente—. Y una caja de puros Hamlets.

—¿Eres un pervertido o qué? —preguntó ella.

—No seas tonta. No te estaba siguiendo ni nada de eso. Necesitaba hablar contigo, pero en cuanto te oí cantar ya no hizo falta. Estuve escuchando un poco y me marché.

—Oye —dijo, apartándose de los surtidores de cerveza y mirándome de frente a la cara desde el otro lado de la barra—, para tu información, y aunque no sea asunto tuyo, te diré que anoche no volví a casa hasta las dos. Estuve en casa de un amigo. De manera que no sé de qué coño estás hablando.

Se volvió hacia el cliente:

—¿Cuántas bolsitas eran?

—Ponga cuatro, gracias.

—Además, ni siquiera sabes dónde vivo.

—Sí, sí que lo sé. Me dijiste que vivías ahí enfrente, encima del vídeoclub.

Se apartó a buscar los cacahuets; cuando volvió continué hablando:

—Estaba debajo de tu ventana, que estaba abierta, y había una mujer cantando. Debía de ser escocesa porque cantaba una canción escocesa.

Conseguí articular la pregunta más difícil:

—Eras tú, ¿verdad?

El cliente pagó, ella recogió el dinero y, antes de llevarlo a la caja, dijo con impaciencia:

—Ese es el piso que está debajo de mi casa y ahí viven un par de hippies. Están borrachos todo el día y ponen sus jodidos discos de música folk a todo volumen. Desde que están, el edificio entero apesta a cerveza y a porros. Solo me ha dado doce —añadió, dirigiéndose al hombre trajeado.

—Perdona.

El hombre le dio el dinero que faltaba y yo seguí allí, sintiéndome más estúpido de lo que recordaba haberme sentido desde hacía muchos años.

—¿Te vas a quedar en la barra? —dijo ella—. No me dejas atender a los otros

clientes.

Había una mesita libre en la esquina, y fui a sentarme allí. Si no hubiera quedado con Harry, me habría largado en aquel mismo instante. No se trataba solo de haber hecho el ridículo delante de Karla, aunque eso era terrible; lo que de verdad me afectaba era la luz que proyectaba sobre mi comportamiento del día anterior. ¿Tan débil era, de verdad, mi compromiso con Madeline? ¿No había sido indolente a la hora de aportar algo a la relación? Habíamos tenido una pequeña discusión —nuestra primera discusión en meses— y en lugar de seguirla e intentar arreglar las cosas, me había largado yo solo, compadeciéndome a mí mismo; me había emborrachado, me había portado como un idiota en Samson's, y luego había ido a pegar la oreja tras la puerta del piso de otra mujer, una mujer que apenas conocía pero que me había inspirado una vaga atracción física. Era patético. No había que preguntarse por qué Madeline se había enfadado conmigo. De la manera que fuera tenía que ponerme en contacto con ella otra vez y hacer un gran esfuerzo: algún detalle —quizá un regalo —, llamativo pero sincero, que convenciera a Madeline de una vez por todas de que iba en serio con ella.

Le conté estos propósitos a Harry, después de haberle enseñado el disco que, por cierto, le colmó de satisfacción.

—¿Y por qué fue la pelea exactamente? —me preguntó.

Parecía incómodo, pues los asuntos sentimentales no eran su fuerte, y además, como recuerdo que ya he dicho, nunca le había hablado de Madeline.

—Bueno, la verdad es que no lo sé. Ese es el problema. Llegó tarde y discutimos un poco por eso. Luego la cosa se puso peor, yo le pregunté si pasaba algo y me dijo que lo que necesitaba era un... cambio.

—¿Qué clase de cambio?

—Un cambio en nuestra relación.

Harry frunció el ceño.

—¿Qué clase de cambio en la relación?

—Yo qué sé, si lo supiera no te lo estaría contando.

Sorbí mi Becks con irritación, mientras Harry me miraba con timidez.

—A lo mejor quiere que te cases con ella —sugirió después.

Le miré, atónito.

—¿Qué?

—Quizá se refería a eso cuando dijo que necesitaba un cambio. Puede que hablara... del matrimonio.

Reflexioné un momento.

—¿Lo dices en serio?

—Podría ser. Yo no sé mucho de estas cosas.

Hubo una pausa. Luego pregunté:

—Pero si se hubiera tratado de eso, lo habría dicho, ¿no?

Harry se encogió de hombros.

—No lo sé. Las mujeres son muy raras para estas cosas.

Moví la cabeza.

—No, eso es ridículo. Debía de referirse a otra cosa.

—¿Como qué?

—Bueno... —no se me ocurrió ninguna alternativa—. No sé, pero eso es una locura... Yo no estoy en posición de casarme con ella.

—Es verdad, pero eso no impide que se lo pidas. A lo mejor necesita una sensación de... seguridad, ¿sabes?

Intentaba asimilar aquella idea cuando oí a mi espalda la voz perentoria de Karla.

—¿Me permiten?

Quería limpiar la mesa y el disco le estorbaba. Lo aparté, pasó un trapo húmedo por la mesa con rapidez y después se fue sin decir ni una palabra. Dejó un escalofrío a su paso.

—Creía que te llevabas bien con ella —dijo Harry.

—Bueno, está muy atareada esta noche.

Guardé silencio otra vez; luego Harry volvió a hablar, ahora con un tono lúgubre:

—He estado oyendo la maqueta que grabamos el martes.

—¿Y?

Movió la cabeza de manera significativa.

—¿Tan mala es?

—Creo que perderemos el tiempo y el dinero mandándosela a alguien.

Suspiré.

—Sabía que teníamos que haber grabado otra canción.

Estaba intentando recibir un halago y picó.

—No es la canción. Es una gran canción. Pero la cosa en su conjunto no acaba de cuajar, suena muy caótica. Quizá no ensayamos bastante.

Con la mirada perdida en un punto indefinido, añadió:

—Joder, cuánto me hubiera gustado que esta saliera adelante.

Vació el último trago de su cerveza.

—Estamos jodidos, Bill, verdaderamente jodidos.

* * *

Yo sí que estaba jodido. Por segunda noche consecutiva me emborraché. Y pese a la compañía de Harry, no fue una experiencia agradable. Cuando llegué a casa, después de medianoche, me costó encajar la llave en la cerradura y armé un ruido tremendo yendo y viniendo mientras se llenaba la bañera. No se oía nada en la habitación de Tina y la puerta estaba firmemente cerrada. Quizá al final había ido a trabajar. Abrí la puerta y eché un vistazo al cuarto; enseguida distinguí su silueta acostada. Respiraba profundamente, tumbada de lado. Todo estaba dentro de la normalidad.

Los baños son magníficos. Sirven para muchas cosas, a mi manera de ver. Por ejemplo, para pensar. Mientras me bañaba esa noche se me encendió la bombilla, y

los dos problemas de los que había hablado con Harry —Madeline y la maqueta— se fundieron en un todo coherente: como una especie de milagro de la naturaleza, como cuando dos elementos reaccionan y forman un compuesto absolutamente diferente.

Sin embargo, no fue el resultado de un proceso mental consciente. Estaba en la bañera, cantando para mí la melodía de «Stranger in a Foreign Land», cuando me oí sustituyendo las palabras «now and then», al comienzo del primer verso, por su nombre, «Madeline». Encajaba perfectamente. Inmediatamente pensé que con solo unos pocos cambios toda la canción podría hablar de Madeline. O, mejor aún, podría ser *para* Madeline. ¿Y qué pasaba con el verso: «When I'm down, will you carry me?». Había otra cosa que estaba pidiendo a gritos formar parte de la canción: «Madeline, will you marry me?».

Una propuesta de matrimonio en forma de canción. Letra y música solo mías. Si Harry tenía razón y eso era lo que Madeline había intentado decirme aquella noche, ¿cómo iba a resistirse a este nuevo acercamiento? ¿Qué mejor manera había, no solo para reconciliarnos, sino para ponerlo todo bajo una nueva perspectiva? La música nos había acercado la primera vez, de manera que era justo que la música —mi música— fuese lo que cerrara aquella herida momentánea y asegurara que no volviera a ocurrir nada parecido.

Cinco minutos después, aún húmedo del baño, llamaba a Harry.

—Bill —me respondió con voz muy soñolienta—, es casi la una de la mañana. Espero que sea importante.

—He estado pensando mucho —le dije—. Todavía no es demasiado tarde para hacer algo con esa canción. Voy a escribir una letra diferente y podemos volver a grabarla entera —se hizo un profundo silencio al otro lado de la línea—. ¿Qué te parece?

—No veo a Martin y a Jake dando saltos de alegría, si te soy sincero.

—No te preocupes por ellos, podemos hacerlo nosotros solos, tú y yo. Mira, mañana me paso por tu casa y escribimos juntos un ritmo de batería en tu ordenador. El domingo nos lo llevamos al estudio y en menos de cuatro horas, listo. Te lo aseguro.

—¿Y qué pasa con la guitarra?

—Puedes hacerlo tú. Sinceramente, Harry, tú eres mejor guitarrista que Martin, ¿a que sí?

Volvió a quedarse callado; supe que estaba dándole vueltas a la idea.

—¿Otra letra, dices?

—Eso es. Otra letra. No te preocupes por eso. Déjame a mí.

* * *

Estábamos a principios de diciembre de 1988: el tiempo de las tardes grises y fugaces, y de las noches largas y oscuras. El invierno es una mala época para estar en Londres, aunque fuese un invierno benigno como aquel. Hay gente que se las arregla

para hacerlo más confortable: imagino, por ejemplo, que para la señora Gordon, arropada entre sábanas de lino en su mansión de Kensington y con una campanilla siempre a mano para que Madeline le suba el té y las tostadas con mantequilla, las estaciones debían de sucederse unas a otras sin apenas diferencia. Uno se olvida a veces de que hay gente así o de que existen vidas así. Pero, en realidad, yo tampoco tenía casi motivos para quejarme. Disponía de un techo, y además barato, mientras que a menos de tres kilómetros de mi casa había hombres y mujeres durmiendo en cajas de cartón bajo el Puente de Waterloo. De modo que no era una sensación de apuros materiales lo que me hacía estremecer y ansiar algo mejor, mientras luchaba contra el viento camino del estudio, atravesando los jardines del Guy's Hospital, el lugar más frío y ventoso de Londres. Eran las cuatro de la tarde de un domingo, el mundo oscurecía, y me prometí no pasar muchas más tardes como aquella en mi vida; tardes de andar tambaleándome con mi teclado bajo el brazo, de un trabajo sin esperanzas a otro, con la ambición que supuestamente debía empujarme convertida en un mero recuerdo, alojado como un peso muerto en el fondo de mi cerebro. Todo eso iba a cambiar. No porque pensase que la maqueta iba a impresionar a algún sello discográfico —si llegaba a alguno—, pues ya daba por acabada a Alaska Factory. Era porque confiaba en la impresión que le causaría a Madeline; y también en que la perspectiva de casarme con ella supondría una nueva responsabilidad que me iba a obligar a pensar mejor y con más inteligencia en mi carrera.

Curiosamente, vuelvo la vista atrás y recuerdo aquella sesión de grabación con cariño. El hecho de que Jake y Martin no estuvieran ni supieran nada, contribuyó a crear un clima de conspiración, y nos invadió una especie de entusiasmo que yo no asociaba normalmente con los estudios Thorn Bird. Solo hubo una pequeña discusión al principio, por los cambios que yo había introducido en la letra. Al principio Harry no se creía que lo dijera en serio, pero le recordé que la idea original de proponer matrimonio a Madeline había sido suya, y además debía reconocer que la nueva versión resultaba mucho más memorable.

Por ejemplo, la segunda estrofa decía ahora así:

Madeline
You look at me without a murmur
The time has come
To make the bond between us firmer

I'll give you every token
Precious gifts from out of Araby
Why am I heartbroken?
Oh Madeline, will you marry me^[5]?

Harry negó con la cabeza:

—No puedo cantar eso. ¡No conozco siquiera a esa chica!

A pesar de todo conseguí convencerle.

Como de costumbre, las felicitaciones que recibimos de Vincent fueron muy escasas. Imagino que en parte fue culpa nuestra por llevarle la contraria. No me había resistido a la tentación de llevarle el disco de Los Enanos de la Muerte, solo para demostrarle que estaba equivocado. Su primera reacción fue de hosca incredulidad; me arrebató el disco de las manos, diciendo que quería mirarlo con más calma. Odio a la gente que no sabe reconocer cuándo se ha equivocado. Después casi no habló con nosotros; se limitó a sentarse en la cabina de control y a ajustar los niveles de tanto en tanto mientras leía un número atrasado de *Midi Mania*. Al final, cuando le preguntamos qué tal sonábamos, dijo:

—Cojonudo. Yo de vosotros, llamaría enseguida por teléfono a la EMI. ¿Cuál de los dos va a colgar el disco de oro encima de la cama? ¿O compartís la misma cama? ¡Jua, jua, jua!

Entonces ocurrió algo extraño: cuando le pedimos que nos devolviera el disco no lo encontró. Dijo que había subido al despacho, lo había dejado sobre la mesa y había desaparecido.

—¡Típico! —dijo—. Ya tendría que saber que en este sitio no se puede dejar nada. La clase de gentuza que anda por aquí... la mayoría, peor que delincuentes.

—Oye, ese disco no es mío —dije yo—, es de un amigo. Y es difícilísimo de encontrar.

No quería ni imaginarme cómo se pondría Derek cuando le dijera que lo había perdido. Pero Vincent ni se disculpó. Y para empeorarlo todavía más, nos cobró por la sesión el doble de lo que esperábamos.

—Vuestro representante no me comentó nada —alegó—. Así que voy a tener que cobraros la tarifa habitual.

—Este tío es un auténtico hijo de puta —dijo Harry cinco minutos después. Nos habíamos sentado en un café, no lejos del Puente de Londres, y estábamos comiendo salchichas con patatas—. Apuesto a que lo ha robado él. Seguro que sabe que puede sacar un montón de pasta vendiéndolo a un coleccionista.

Asentí y tras cazar una alubia recalcitrante en mi plato, pregunté:

—Esto te da qué pensar un poco con respecto a Chester, ¿no?

—¿Qué quieres decir?

—Pues, ¿por qué Chester se lleva tan bien con él? ¿Cómo se pueden hacer buenos tratos con un tipo como este?

—Es lo que distingue a un buen mánager, ¿no? Ser capaz de llevarse bien con diferentes tipos de gente.

Reflexioné y negué con la cabeza.

—No, aquí hay algo más —repiqué en la mesa con el tenedor, irritado—. Aquí está pasando algo y no sé lo que es. ¿Conoces a Karla, la camarera de The White Goat?

—Sí.

—No se fía de Chester. Dice que lo ve siempre por allí con una gente muy rara. Y

el domingo pasado, después de que tuviésemos aquella... discusión, apareció aquel tío. Paisley, se llamaba Paisley, y es el cantante del otro grupo que lleva Chester. Me dio la impresión de que estaba desesperado por un pico. Al final salieron los dos juntos.

—¿Crees que Chester le pasó droga?

—Tal vez. Y si Chester está metido en eso, ¿qué pasa con Vincent? ¿Cómo encaja él en todo esto?

—No te comas el tarro, Bill. Vincent no es más que un miserable hijo de puta, y punto. Yo no creo que esté metido en nada sucio.

—Entonces, ¿qué rollos se trae con la sala B? No irás a decirme que es de verdad una sala de ensayo. No deja acercarse a nadie.

Harry volvió a concentrarse en su plato.

—Lo siento —dijo—, me he perdido.

Me acerqué más y le susurré:

—Harry, he oído voces detrás de esa puerta, te lo aseguro.

—Me parece que te estás dejando llevar por la imaginación. Pero, en cualquier caso, eso no es asunto tuyo y, por mi parte, cuanto menos sepa sobre lo que hace ese tipo en su tiempo libre, mucho mejor. De momento, lo que de verdad me interesa es esto.

Sacó del bolsillo del abrigo la nueva grabación de «Madeline (Stranger in a Foreign Land)».

Sonreí.

—¿Qué te parece?

—Muy buena, estupenda. Probablemente lo mejor que hemos hecho hasta ahora.

Era lo que yo pensaba, pero me tranquilizó que lo confirmara. La caja de percusión nos había permitido crear por fin el ritmo que queríamos, incluyendo algunos efectos extras con maracas y palmas, y Harry había añadido un patrón de guitarra funky que contrastaba con la base de la batería, lo que le daba a toda la canción un aire mucho más bullicioso y más decidido. La nueva letra que había escrito era más fácil de cantar, y Harry la había cambiado un poco para adaptarla a su registro. Había mejorado mucho nuestra versión anterior.

—Mañana compraré cintas y haré una docena de copias —dijo Harry—. Ya he encargado las tapas a la imprenta. Me dijeron que estarían mañana.

—¿Y qué has puesto?

—El nombre de los componentes del grupo, Vincent como productor, y un teléfono de contacto.

—¿Qué teléfono?

—El tuyo. Eres el único que tiene contestador automático.

—Está bien. Me gustaría tener un par de copias cuanto antes.

—¿Un par?

—Bueno... una para mí y otra...

—¿Sí?

No me molesté en concretarlo, y Harry era demasiado bueno para tomarme el pelo.

—Suerte —se limitó a decirme con una sonrisa amistosa.

* * *

Ese día volví al piso antes de medianoche, y por una vez encontré a Tina despierta. Por la cocina se filtraba una luz y allí la encontré, sentada a la mesa y de espaldas a la puerta.

—Hola —la saludé, agradablemente sorprendido:

—Hola William —me respondió, sin volverse a mirarme—, estaba a punto de escribirte una nota, pero ya no hace falta.

—¿Algo importante?

—No, solo era para decirte que todavía me debes el alquiler y que me he terminado tu botella de leche. No te importa, ¿verdad?

—No, claro que no.

Hacía mucho que no hablábamos y me pareció absurdo que tuviéramos tan poco que decirnos.

—¿No va a venir Pedro esta noche? —le pregunté.

—Ya ha venido.

—¡Ah!

Tina se levantó y, con un movimiento lento y cuidadoso, se envolvió en su albornoz verde.

—Me voy a dormir.

Pasó rápidamente por mi lado, y ninguno de los dos dijo «buenas noches». Tenía la cara llena de moratones y, en su cuello enrojecido, las marcas de unos dedos.

CAMBIO DE CLAVE

So, goodbye
please stay with your own kind
and I'll stay with mine.

*Pues adiós
quédate con los tuyos
y yo me quedaré con los míos.*

Morrissey,
Miserable Lie

Bueno, volvamos a aquella noche, la noche del asesinato, claro. He hecho todo lo posible por aplazar este momento, pero ya no tengo nada más que contaros, excepto cómo acabó todo. La verdad es que no me gusta mucho la idea. Durante este tiempo he estado intentando olvidar lo que ocurrió: no tanto por los detalles, aunque son muy desagradables, sino porque me aterroriza recordar el estado en que me sentí. Mi estado psicológico. Espero con toda mi alma que no me vuelva a suceder nada igual. Intentaré no exagerar y contar exactamente lo que ocurrió y, por vuestra parte, recordad mis palabras y reflexionad sobre ellas. Porque esa noche sentí —y es la sensación más terrible, la peor sensación que he conocido— que un mundo entero se me escapaba de las manos.

Lo que de verdad me asombró, lo que no había imaginado sobre el terror (por no haberlo experimentado nunca), fue lo jodidamente *triste* que me sentí. Iba sentado en aquel autobús y os juro que lo único que podía hacer era intentar no llorar. Me parecía que estaba diciendo adiós a tantas cosas... Todos mis esfuerzos de los últimos años por salir adelante se habían vuelto absurdos. No era solo la música, el esfuerzo que había hecho para vivir en Londres; hasta la simple tranquilidad mental de que disfrutaban los pasajeros de aquel autobús se me negaba ahora. Lo único que daba por supuesto en mi vida —no perder nunca de vista la cordura y normalidad— había acabado al final hecho añicos.

Mientras reflexionaba sobre todo esto, no dejaban de venirme a la cabeza más y más detalles del crimen. Era un hecho extraño, pero innegable, que la portada del disco que me había mandado Derek —los dos enanos en aquella posición, de pie y mirando al frente, sin expresión, impasibles— recordaba misteriosamente a los asesinos de Paisley. Pero en cuanto intentaba dar un paso más, imaginar cómo encajaban todas aquellas piezas, la cabeza empezaba a darme vueltas y no veía por dónde empezar. No había ninguna lógica.

De todas maneras, tampoco ganaba nada intentando resolver aquel galimatías. No era asunto mío descubrir qué había en el fondo de aquella locura... quién había intentado matar a quién y por qué, y en qué negocios sucios estarían todos metidos. Yo no era más que un simple músico. Lo mío eran los cambios de clave y las cuartas aumentadas, no el crac ni la heroína. Ni siquiera me habían multado nunca por

aparcar en doble fila o por ver la televisión sin pagar las cuotas. Y mi recompensa ahora, tras veintitrés años de cuidadoso comportamiento cívico y respetuoso de la ley, era una vida destrozada por las payasadas imbéciles de unos tipos que apenas conocía y con los que no tenía ninguna relación.

Cerré los ojos y traté de convencerme de que no había pasado nada. Dejé la mente en blanco y cuando volví a pensar, unos minutos después, mi pensamiento tomó un curso diferente.

Al principio de esta historia, recuerdo haber contado algo que me había llamado la atención mientras Chester me llevaba en coche por Islington. Desde el asiento delantero del coche, había visto las ventanas iluminadas de aquellas casas con balcones de estilo georgiano: la luz dorada de las cocinas y las salas donde las familias preparaban la cena o se tomaban un aperitivo. Si entonces me había sentido excluido de aquellas escenas, ahora me lo sentía muchísimo más... Pero recordándolas, en ese autobús que me llevaba no sabía dónde, me asaltó una fantasía. ¿Por qué no podía llevar yo una vida así? ¿Por qué tenía que permitir que me vencieran unas circunstancias irracionales y azarosas? Tenía novia. Vivía en una casa hermosa. No había ninguna razón, absolutamente ninguna, para que no pasara la noche con ella.

Miré por la ventanilla del autobús por primera vez y reconocí enseguida la zona: nos dirigíamos a Kensington.

Madeline no se había puesto en contacto conmigo desde que le había enviado la cinta, pero ¿no era eso lo más natural? Habría reaccionado con sorpresa, con asombro, al comprobar que mis intenciones eran más serias de lo que había imaginado. Hasta era posible que no supiera si aceptar o no. Seguro que necesitaba hablar claramente conmigo, los dos cara a cara.

¿Y si me presentara allí de repente con una botella de champán? Una botella de champán y un ramo de flores. Una botella de champán, un ramo de flores y una caja de bombones. Además, sería más seguro que volver a mi piso, porque nadie conocía mi relación con Madeline (excepto Tony y Harry, y ninguno de los dos tenía idea de dónde vivía). Podría quedarme allí unos días sin que nadie me encontrara. Aparecería cargado de regalos, le contaría lo ocurrido y ella me consolaría; y luego hablaríamos largo y tendido sobre nosotros. Nos acercaríamos a un veinticuatro horas y compraríamos tallarines o canelones; prepararíamos la cena los dos, nos sentaríamos con dos copas de vino tinto y haríamos planes serios para nuestro futuro. Finalmente, hacia medianoche, llegaría el momento de acostarnos, y miraríamos tímidamente algún rincón del cuarto, sugiriendo con vergüenza buscar otro colchón y otras sábanas, sin que en realidad ninguno de los dos quisiéramos. Yo estaría todavía en un estado de shock y me estremecería ante la idea de dormir solo, y Madeline lo comprendería intuitivamente. Me llevaría suavemente hasta la cama. Yo me sentaría en el borde y ella, de pie a mi lado, me pondría las manos en los hombros y me miraría con sus grandes ojos grises. Después apagaría todas las luces, menos la de la

mesita...

Pero ¿dónde coño podía encontrar una caja de bombones a aquellas horas de la noche?

Durante los minutos siguientes, la suerte me acompañó. Bajé en South Kensington y localicé una licorería donde también vendían bombones. Al otro lado de la acera, estaban cerrando una floristería. Convencí a la encargada de que me vendiera algo, y por tres libras con cincuenta me dio un ramito de claveles. Aunque todavía no era muy tarde, me movía con frenética precipitación y llegué corriendo a la casa de la señora Gordon. Antes de llamar al timbre, tuve que apoyarme contra la imponente puerta de roble para recuperar el aliento.

Allí, lejos del West End, lejos del tráfico, lejos incluso de cualquier señal de vida humana, a excepción de algún transeúnte ocasional, todo parecía muy tranquilo. Flotaba en el aire una neblina fría y frágil que se mezclaba con mi aliento cada vez que expiraba. Se veía muy poco. Si se hubiera acercado alguien, el discreto ruido de sus pasos sobre el pavimento lo habría anunciado mucho antes de que apareciera entre la penumbra. Apenas podía distinguir los altos laureles del seto que había al otro lado de la calle.

La casa de la señora Gordon estaba sumida en una profunda oscuridad. Me di cuenta enseguida de que Madeline no estaba, pero a pesar de todo pulsé el timbre. Ya os habréis dado cuenta de que la cabeza no me funcionaba muy bien aquella noche. Al principio no hubo respuesta y pensé que a lo mejor no había nadie en la casa. Volví a pulsar el timbre dos veces más. Nada. ¿Y la cocinera? ¿Tampoco estaba la cocinera? No podía ser que todos los habitantes de la casa hubieran hecho las maletas y se hubieran marchado sin que Madeline me hubiera dicho nada. Apreté otra vez el timbre, larga e insistentemente.

No hay nada como un solo ruido, intenso y agudo, para aumentar el efecto del silencio. Cuando un perro ladra en el campo en mitad de la noche, su ladrido acentúa y resalta el silencio, lo hace notar más claramente. De la misma manera, cuando dejé de apretar el timbre se hizo una calma tan repentina y tan profunda, que parecía que la niebla había conseguido ahogar hasta aquel zumbido habitual y constante de Londres. Seguí esperando, sintiendo que la desesperación empezaba a calar en mis huesos, como el frío. Me estremecí y aferré contra mí la bolsa de plástico que contenía los regalos. Me aparté de la casa varias veces para mirar las ventanas oscuras, con las cortinas corridas.

Y de pronto se encendió una luz. Era una luz del primer piso. Al cabo de un momento divisé el movimiento de una sombra detrás de una cortina. Corrí hacia el timbre y volví a pulsarlo, apretándolo cuatro o cinco veces. Era lo único que podía hacer para no empezar a gritar.

Durante un rato no ocurrió nada más. Al final, después de llamar al timbre otras seis veces y de subir y bajar los peldaños de la puerta de la entrada, intentando ver desde fuera lo que pasaba, se encendió otra luz: ahora era la luz del vestíbulo,

brillando a través del tragaluz que se recortaba sobre la puerta de roble. Trepé a la verja para poder mirar. Una frágil anciana bajaba lentamente por la enorme escalera, apoyándose con esfuerzo en un bastón de madera. Llevaba una gruesa bata de color azul pálido. Me solté enseguida para que no me viese y se asustase ante mis ojos extraviados y despavoridos. En un gesto tonto, me alisé el forro del impermeable y me atusé el pelo, intentando torpemente mejorar mi aspecto. Nada podía evitar que pareciera un loco escapado del manicomio.

Oí al otro lado de la puerta el ruido de las zapatillas arrastrándose por el suelo y los golpes del bastón resonando contra el mármol. Adiviné que la anciana estaba solo a cinco metros. Se abrió la rejilla del buzón y escuché una fina voz:

—¿Quién está ahí? ¿Qué desea?

Intentando que mi voz sonara tranquila y calmada, me incliné hacia el buzón y dije:

—Me llamo William. Querría hablar con Madeline.

Cuando contestó, imaginé sus viejos labios frunciéndose al pronunciar las palabras.

—Madeline no está. Tendrá que marcharse.

—Soy un amigo suyo, un amigo íntimo. Ya he estado aquí muchas veces. Tengo que ver a Madeline esta noche.

Siguió un breve silencio, durante el que temí que se hubiera dado la vuelta y hubiera empezado a subir las escaleras, pero entonces oí girar una llave y correrse un cerrojo. La puerta se abrió y la señora Gordon apareció delante de mí. Era una mujer muy pequeña: tuvo que mirar hacia arriba para examinar mi rostro.

—¿Por qué? —preguntó.

Evidentemente, era imposible explicarlo.

—Se trata de algo personal.

—Madeline es una chica muy buena —dijo la señora Gordon, entreabriendo un poco más la puerta para dejarme entrar—. Yo la quiero mucho. ¿Dice usted que es amigo suyo? Espero que no la haya usted metido en ningún lío.

Me miró con suspicacia y lo comprendí.

—No —respondí—, en absoluto.

—Madeline ha salido esta noche —dijo—. No puede usted esperarla porque seguramente volverá muy tarde. ¿Dice usted que es íntimo amigo suyo?

—Sí.

—¿Sabe qué día es hoy?

Vaya, parecía que el viejo topo estaba senil. Pero no vi inconveniente en seguirle la corriente.

—Es sábado —contesté.

Me escrutó con una mirada penetrante.

—Oiga —le dije. Me estaba poniendo nervioso y yo estaba ansioso por marcharme—, no quiero molestarla más. ¿Sabe dónde ha ido Madeline?

—A casa de su amigo.

—¿Su amigo?

—Ya sabe, su amigo, Piers.

—¿Piers?

Casi grité el nombre. Al oírlo sentí que me invadía una especie de locura, pues las sospechas y los temores que habían estado agazapados durante meses surgieron de las sombras e invadieron mi mente.

—¿Dónde vive?

—No tengo ni idea.

—¡El muy hijo de puta!

La señora Gordon alzó el bastón y me pinchó con él en el estómago.

—Procure no usar ese lenguaje en esta casa.

—Si ese hijo de puta... Si ella y ese hijo de puta...

—Basta. Me parece que es mejor que se vaya. Ya.

—Ya sé... ¡Su agenda!

Esquivé a la señora Gordon y me dirigí a la escalera.

—¡No se atreva a subir! —gritó—. ¡Voy a llamar a la policía!

Pero yo ya iba subiendo, y en pocos segundos estaba en la habitación de Madeline. Enseguida encontré su agenda, que seguía junto al teléfono. Imaginé que era el tipo de persona que clasifica a sus amigos por el nombre y no por el apellido. Por supuesto, en la P estaba Piers. Memoriqué la dirección, pero cuando iba a cerrar la agenda me asaltó la tentación de ver si también estaba mi nombre y volví las páginas hasta la W.

Madeline tenía una letra bonita, no había duda. Había escrito mi nombre en letras mayúsculas, con rotulador rojo de punta fina, y debajo estaba la dirección del piso de Tina y mi número de teléfono. Se me llenaron los ojos de lágrimas al verlo. Después paseé la vista por el cuarto, aquel cuarto que me era tan familiar y me parecía tan extraño esa noche, porque Madeline no estaba y porque, de pronto, todo había cambiado. El crimen que había presenciado en Islington resultaba insignificante ahora, al lado de las sospechas que empezaban a asaltarme, y se me hizo demasiado doloroso estar allí sentado, invadido por los recuerdos y luchando con ellos. Solté un taco, me puse de pie y corrí escaleras abajo.

La señora Gordon estaba apostada junto al teléfono del vestíbulo, con la espalda contra la pared.

—He llamado a la policía —dijo—. Llegará de un momento a otro.

No dije nada, pasé por delante de ella y cerré de un portazo. Luego me perdí en la fría noche londinense, buscando el apartamento de Piers. Seguía llevando en la mano la bolsa con los bombones, las flores y el champán.

Hasta mucho después, aquella noche, no comprendí la estupidez de lo que había hecho: no podía haberme incriminado mejor, irrumpiendo en casa de una anciana y asustándola hasta hacerle llamar a la policía y dar una descripción que seguro que

cuadraba exactamente con la que ya tendrían. Había luchado y me había revuelto como un pez en la red, y solo había conseguido enredarme todavía más. Lo único que puedo decir, creedme, es que en momentos así no se piensa en nada.

Y no sé lo que pensaba, en realidad, mientras iba por las calles acomodadas e imperturbables de South Kensington, en dirección a Fulham Road, para adentrarme luego en Chelsea, hacia World's End. Una vez en el barrio, pregunté por la dirección, pero no me costó encontrar la casa. Enseguida estuve frente a un alto y angosto patio. Estaba todo a oscuras, aparte del segundo piso, de donde salían una luz intensa, ruidos de voces y música disco a todo volumen. Parecía que había una fiesta y que estaba en su apogeo.

Sentí que recobraba el ánimo. Si Piers daba una fiesta, era natural que invitara a Madeline, y si ella no había quedado conmigo, lo lógico era que acudiera. Quizá me había equivocado en mis deducciones. A lo mejor la noche a solas que había imaginado con Madeline todavía era posible.

Llamé al timbre y enseguida me abrió una chica elegantemente vestida.

—Soy amigo de Madeline —dije—. Vengo a la fiesta.

—Claro, pasa.

Me lanzó una mirada extraña que atribuí a mi aspecto. Llevaba el impermeable más sucio y arrugado que de costumbre, y con la bolsa de plástico en la mano y el pelo alborotado debía de tener una pinta un tanto rara. La seguí dos tramos de escaleras que nos condujeron al vestíbulo de un pequeño piso atestado de gente, y se adelantó a buscar a Madeline.

—Deja el abrigo en alguno de los cuartos —me dijo—, y la bebida en la nevera. Voy a buscarla.

Me quedé inmóvil. Ninguno de los invitados hizo ademán de saludarme. Todos parecían tener nombres extraños como Jocasta, o Jeremy, y la ropa de cada uno de ellos debía de ser más cara que toda la que yo podía comprarme en un año entero. Me dejaron al margen, aunque me lanzaban unas miradas furtivas y burlonas que me hicieron enrojecer de vergüenza.

Poco después, Madeline salió de una de las habitaciones. Estaba verdaderamente preciosa. Llevaba un vestido de terciopelo azul marino abierto en pico por el cuello y la espalda, y un hermoso collar de perlas alrededor de la garganta. Parecía exultante y feliz. Su expresión cambió nada más verme.

—William —dijo—, ¿qué demonios haces aquí?

Me acerqué a ella, dejé la bolsa en el suelo e intenté abrazarla.

—Madeline, no puedes imaginarte lo que me ha pasado hoy. Tengo que...

Me rechazó de un empujón.

—Por Dios, William, ¿qué haces? Aquí, no.

Me miró de frente, con aire acusador.

—Te he traído esto —dije.

Empecé a sacar de la bolsa los bombones, machacados, y las flores, aplastadas.

Dos de los claveles estaban decapitados. Madeline sonrió al ver los regalos, con una sonrisa de compasión que no era precisamente la que yo necesitaba.

—¿Cómo te has enterado? —me preguntó.

—¿Cómo me he enterado de qué?

Ahora su sonrisa era espléndida:

—De que es mi cumpleaños, de qué va a ser.

Sujeté firmemente la caja de bombones e intenté decir algo, sin que me salieran las palabras. Entonces recordé la extraña pregunta que me había hecho la señora Gordon: «¿Sabe qué día es hoy?».

—¿Es... tu fiesta de cumpleaños?

—Claro que sí. Piers ha tenido el detalle de organizarme una fiesta en su casa. ¿Cómo has averiguado la dirección?

Antes de que pudiera responder, apareció Piers. Cogió a Madeline por la cintura y dijo:

—Cariño, Charles va a poner esa cinta nueva. ¿Conozco a tu amigo?

Nos miramos, y yo fui el primero en apartar los ojos. Madeline se volvió hacia él y dijo, poniéndole una mano en el hombro:

—No, no es el mejor momento para poner esa cinta. Quítala..., por favor, ya.

Pero era demasiado tarde. De la habitación de al lado me llegaron los primeros compases familiares de «Stranger in a Foreign Land»: unos acordes vibrantes y claros al teclado, marcando estremecidamente el *tempo* y la cadencia, y luego el intenso lamento del saxofón *sampled*.

—¿Por qué no? —dijo Piers—. Me parece buenísima.

Me abrí paso entre ellos y me quedé en el umbral de la puerta, mirando cómo los invitados bailaban al compás de mi música. No pude reprimir una satisfacción desalentadora al comprobar el éxito que tenía «Stranger in a Foreign Land» en una fiesta. Si los otros componentes de Alaska Factory hubiesen estado allí, me habría vuelto para decirles: «Ya os lo decía yo». Pero el triunfo no tenía sabor ahora. Yo estaba ya en otro sitio.

Madeline me tocó el brazo.

—William, ¿podemos salir y hablar un momento? Pasemos a una habitación.

La atravesé con la mirada, casi sin oírla. Aquel cambio de *re* mayor a *fa*: eso era música. Nunca hubiera podido componer algo así dos años antes.

—William, escucha, creí que entendías a lo que me refería aquella noche. Es decir, cuando te dije que necesitaba un cambio. Como no volví a saber nada de ti, pensé... bueno, que lo habías entendido.

—Pero te envié esta canción.

—Sí, ya lo sé, pero seguro que la escribiste hace mucho tiempo, ¿no?

—No. La escribí la semana pasada.

Me encaminé hacia la puerta, seguido por Madeline.

—¿Sabe Piers que es mía? —le pregunté—. ¿Ha oído la letra?

Negó con la cabeza.

—No creo. No le interesa mucho la música.

Encontré la réplica al momento: en aquello estaban hechos el uno para el otro. Pero me callé. Todo tiene su momento y su lugar. O al menos eso es lo que a mí me parece.

* * *

Algunas veces, lo mejor que uno puede hacer es intentar vaciar la memoria. Por lo que al resto de la noche se refiere, hice un buen trabajo y no hay mucho que contar. Lo que sí recuerdo es el frío. Nunca he sentido un frío como aquel. Supongo que hubiera debido entrar en algún sitio, un café nocturno o un hotel, pero tenía demasiado miedo. Miedo de que me viesan. Y acabé en un parque, o en varios parques, seguro, pero todo eso está ya demasiado confuso. Recuerdo que me fui adentrando hacia el centro —debía de ser casi de madrugada— evitando las colas de los autobuses de noche e ignorando las señas de los taxistas y de los mendigos que venían a pedirme —¡a mí!— dinero. Recuerdo que fui bajando hacia el río y que me senté un momento en unas escaleras. Unas escaleras que llevaban al agua. No tengo palabras para describir el frío que hacía. Allí —sí, allí— fue donde me sorprendió el alba. Contemplé el despuntar de un amanecer mortecino y gris sobre el Támesis. Me bebí una botella entera de champán y me comí una caja entera de bombones selectos. Vomité dos veces, o tres, o quizá siete, en diferentes ocasiones.

Es una sensación extraña: sentirte solo, y a la vez temer que alguien te hable. Poco a poco, al cabo de unas diez horas, la sensación de soledad pudo más. Necesité desesperadamente ver a alguien, y mi situación empezó a resultarme tan insostenible, que por vez primera consideré en serio la posibilidad de entregarme. Quizá lo mejor fuera confesarlo todo. ¡Quién sabe!, a lo mejor a aquellas horas ya habían detenido a los asesinos, a lo mejor ya no recaía sobre mí ninguna sospecha. Puede que hasta les alegrara verme. Que me consideraran un testigo valioso y, en lugar de hallarme en el umbral de una pesadilla sin fin, pudiese dar el asunto por terminado y olvidarme de todo para siempre. ¡Oh, Dios, si fuera verdad!

Pero no tenía valor para hacerlo yo solo, por supuesto. Si decidía entregarme, necesitaba a alguien que me ayudara, alguien que me acompañara a la comisaría y respaldara mi historia. Solo tenía un amigo en Londres en quien podía confiar hasta ese punto, y ya era mucho pedir. Verdaderamente mucho. Pero no había otra elección. No se me ocurría nada más.

Tuve que caminar otras dos horas para llegar a casa de Tony, en Shadwell. Me mantuve lo más pegado posible al río, y después torcí hacia el norte al intuir que había llegado a la altura de su casa. Debía de faltar poco para las diez y media cuando llegué. Tony y Judith tenían una bonita casa nueva en un conjunto residencial. Me quedé en el porche mucho rato, aterrado por la impresión que se iban a llevar al verme, incapaz de imaginar una manera coherente de contar la historia. Pensé en

retroceder. Dudé, temblé, sudé, reflexioné, me estremecí. Al final pulsé el timbre.

Judith abrió la puerta casi al momento. Llevaba el abrigo puesto sobre lo que me pareció —por lo que pude entrever— su vestido más elegante, y su peinado era impecable. En lugar de sorprenderse al verme, pareció muy aliviada.

—¡William, al fin! —exclamó—. Ya estábamos preocupados. Llevamos toda la mañana dejándote mensajes en el contestador.

Antes de que pudiese decir nada, gritó en dirección a las escaleras:

—¡Ya está arreglado, Tony! ¡William acaba de llegar!

Tony bajó las escaleras. Llevaba un traje gris con una corbata estrecha.

—Judith ya pensaba que te habías olvidado —explicó—. Empezamos a preocuparnos al no localizarte por teléfono en toda la noche. Pensábamos que te habrías ido a pasar el fin de semana fuera.

—No, ayer por la noche estuve... en casa de Madeline —improvisé, sin faltar mucho a la verdad. No entendía nada de lo que estaba pasando.

—Ven conmigo a la cocina —dijo Judith— y te lo explico todo.

Mientras la seguía, se me hizo la luz. Era el domingo que me había comprometido a cuidar a Ben, hacía dos semanas, mientras ellos iban a aquella comida en Cambridge. Como es de suponer, se me había olvidado.

—Queda un poco de ensalada en el frigorífico —me explicó Judith—, y un poco de quiche. Tú y Ben tendréis que arreglároslos solos, pero no le des pepino porque no le gusta. No me preguntes por qué, cosas de la edad. Te enseñaré cómo funciona el vídeo y te pedirá que juguéis una partida con sus juegos de ordenador. Hay té de sobra, y también leche. A Ben le gusta la leche con este jarabe de fresa. Es muy sencillo de preparar, solo hay que batirlo.

¿Qué podía hacer? Había ido a explicarles todos los detalles... a contarles los sucesos más fantásticos que nunca hubiera podido imaginar, con la esperanza de que me creyesen y de que encontraran alguna manera de ayudarme. Pero no podía hacerlo. Una vez más, las circunstancias me arrastraban, me sacaban del terreno donde habría podido tomar decisiones y llevarlas a cabo libremente.

—Ben está en el salón —dijo Judith—, no le gusta saludar a las visitas. Tampoco me preguntes por qué, cosas de la edad. Pero en cuanto hables con él, verás que es muy tranquilo. Si intenta tirarte cosas, dale un buen cachete; suele funcionar.

En ese momento Tony entró en la cocina, moviendo las llaves del coche.

—Vamos cariño, llegaremos tarde.

Judith fue a buscar sus guantes y les acompañé a la puerta.

—Tienes todo el piano para ti —dijo Tony—. No creo que llegemos más tarde de las cuatro.

—Te gustarán las galletas —aseguró Judith.

—Pon algún disco si te apetece —sugirió Tony.

—Tienes cerveza en la nevera —añadió Judith.

—Que os divirtáis —les deseé yo.

Y se fueron.

Desde el salón me llegó un caos de ruidos electrónicos, silbidos y explosiones, que parecían señalar que Benjamin se lo estaba pasando pipa con un videojuego. Asomé la cabeza por la puerta para asegurarme.

—Hola.

—Hola.

Creo que Benjamin tenía ocho años en esa época. Era un niño muy guapo, con una cara sana y una expresión despierta, y ya daba señales de haber heredado la inteligencia de sus padres. No despegó los ojos de la pantalla del televisor, pero no me pareció que estuviera mostrándose maleducado.

—Voy a tocar un rato el piano.

—Vale.

Tony tenía un piano precioso, que había comprado muy barato en una subasta del Royal College of Music o algo así.

Yo solo lo había tocado un par de veces, y había conseguido que hasta mis peores improvisaciones sonaran bien en él. Tener un día entero aquel piano para mí solo era un auténtico lujo, pero en cuanto me senté y levanté la tapa, ocurrió una cosa curiosa: descubrí que no podía tocar. Ponía los dedos sobre las teclas, elegía un acorde, tomaba aliento y no conseguía sacar una nota. Debí de intentarlo al menos una docena de veces. Pensé en viejos temas de jazz, pensé en composiciones mías, en fragmentos de música clásica... no conseguía empezar nada. Todo aquello había sido demasiado para mí. El asesinato, escapar de la policía, pasar aquella fría noche al raso, comprender que no volvería a ver nunca más a Madeline... todas esas cosas me habían pesado demasiado tiempo. Y en aquel momento toqué fondo. Apoyé la cabeza entre las manos y fui inclinándome lentamente sobre el piano; no lloré, pero mi cuerpo empezó a convulsionarse entre sollozos.

Me parece que no duró mucho. El espasmo pasó pronto, pero me quedé así, derrumbado sobre el piano, con una extraña sensación de bienestar. Solo me incorporé cuando comprendí que Ben había entrado en el cuarto y me estaba mirando. No sé cuánto tiempo llevaba mirándome.

—Quiero dar un paseo —dijo, muy serio.

* * *

Una vez que Ben estuvo adecuadamente abrigado con su anorak, y con el gorrito de lana y los guantes, salimos y cerramos la puerta con llave.

—¿Dónde quieres ir? —le pregunté.

—Bajemos al estanque.

No era una mañana apetecible para dar un paseo. Seguía haciendo demasiado frío, por una parte, y la niebla de la noche, por otra, aún no había despejado del todo el cielo. Por supuesto, yo tenía mis razones para no querer salir mucho fuera, pero no creí que un breve paseo supusiese ningún peligro, si es que así Benjamin se quedaba

contento. También podía contribuir a que yo me calmase, puesto que tocar el piano (mi terapia normal) parecía descartada esa mañana. La desolación de las calles del este de Londres, el frío y la niebla que envolvían la zona, armonizaban perfectamente con mi estado de ánimo. Me parecía que podía oler el misterio en cada esquina, y disfruté oyendo los ruidos típicos de un tranquilo domingo por la mañana —los coches poniéndose en marcha, los gritos de los niños— y viendo retroceder la niebla, a lo lejos, sobre las aguas grises e intranquilas del Támesis.

—Mira —dijo Benjamin—, qué caca de perro tan grande.

Le aparté de ese objeto ofensivo, que examinaba con intenso interés, y le apreté la mano mientras proseguíamos el paseo. No tardamos en llegar hasta una iglesia: la vasta e intimidante iglesia de St. George.

—¿Es verdad —preguntó entonces Benjamin, mientras pasábamos por delante— que si un criminal entra en una iglesia, la policía no puede entrar a cogerle?

Me paré. No sabía si era verdad o no, pero me parecía recordar haberlo oído también alguna vez. Un santuario. Un clavo ardiendo al que agarrarse.

—Entremos —dije.

Benjamin, cogido de mi mano, parecía muy contento de acompañarme. Al acercarnos a la puerta, oímos el sonido de un coro entonando un himno, pero la celebración de una misa no iba a impedirme entrar.

—Papá se enfadará muchísimo si se entera de que me has llevado a una iglesia —dijo Benjamin, muy contento.

—¿Por qué?

—Dice que la Iglesia es una conspiración burguesa pensada para mantener el orden social.

—¡Caramba!, ¿de verdad? —repliqué, desconcertado—. Tu padre debería dejarte decidir a ti mismo esas cosas. Venga, pasa.

Parecía que habíamos llegado a la mitad de la comunión: la iglesia estaba medio llena, sobre todo por gente mayor, y los asistentes cantaban «Inmortal, Invisible», mientras el coro introducía unas notas excéntricas, aparentemente destinadas a confundir al resto de la congregación. Ben y yo nos sentamos en un banco del fondo y nos unimos al coro a tiempo de cantar el último verso del himno. La misa duró veinte minutos más, pero creo que ni él ni yo prestamos mucha atención. Lo que le había dicho a Madeline, muchos meses antes, era cierto: había atravesado una breve etapa religiosa de muy joven (a la edad en que mis amigos tenían sus primeros amores adolescentes... no sé por qué mi caso fue diferente), pero no era una persona religiosa, y mi fe se había evaporado rápidamente y sin dejar huellas. Lo único que me interesaba ahora de la religión era la música que había inspirado. De manera que no fui a comulgar, y mis pensamientos me alejaron de las palabras del sacerdote; cuando no giraban en torno a los acontecimientos de las últimas veinticuatro horas, se centraban, ¡qué curioso!, en Benjamin.

Parecía suspendido entre dos estados diferentes, el aburrimiento de la ceremonia

y la excitación que le producía encontrarse en aquel nuevo entorno. A veces se removía en el banco y movía sin parar las piernas en el borde, y otras veces parecía contento de estar a mi lado y miraba al techo o las caras de los fieles, cuyas expresiones iban del casi éxtasis a la más absoluta distracción. Lo último que se me hubiera ocurrido aquella mañana era que iba a tener un niño al lado, bajo mi cuidado, durante una misa en una iglesia. Me di cuenta de que hacía mucho tiempo que no estaba en compañía de niños. ¿Se me había ocurrido alguna vez, sin admitirlo claramente, tener hijos con Madeline? Intenté ser sincero conmigo mismo y rebusqué en los rincones de mis fantasías más secretas, pero me pareció que no. La única persona con la que había hablado de aquel tema —y recordaba la conversación, tímida, medio en serio, medio en broma— había sido Stacey.

Benjamin y yo permanecimos sentados mientras los asistentes salían de la iglesia. Al cabo de unos minutos, tuvimos la iglesia para nosotros.

—¿Nos vamos? —me preguntó.

—No, quedémonos un rato más.

Se levantó y empezó a dar una breve vuelta de exploración. Aunque a veces desaparecía de mi vista, oía siempre el ruido de sus pasos; uno de esos sonidos — como el del timbre de la casa de la señora Gordon— que llamaban la atención en el silencio reinante. No fui con él, seguí sentado pensando en Stacey.

Benjamín interrumpió mis pensamientos tirándome de la manga.

—William, William.

Le miré.

—¿Qué pasa?

Pareció que iba a hacerme una pregunta, pero al momento se puso a reír tímidamente. Después se sentó a mi lado. Le rodeé con el brazo y cuando comencé a sentir el peso de su cuerpo, supuse que se había quedado dormido. Pero entonces dijo:

—William.

—¿Qué?

—¿Por qué estabas llorando en la habitación del piano?

Bajé los ojos hacia él; por alguna razón, su pregunta no me extrañó. Él me miraba con interés.

—Bueno... sin que esto te suene paternalista, no creo que puedas entenderlo.

—Los hombres no lloran —murmuró, pero se lo dijo a sí mismo, como si, convencido de que no iba a recibir respuesta por mi parte, fuera a sacar sus propias conclusiones—. Papá nunca llora. Menos una vez, por culpa de mamá.

—¡Ah! —exclamé, vagamente interesado—. ¿Y cómo fue eso?

—Se enrolló con otro —dijo Benjamin, que era muy directo al hablar de estas cosas—. Se lo dijo a papá, se pelearon y papá se puso a llorar.

Nunca, jamás habría creído que algo pudiera hacer llorar a Tony. Intenté imaginármelo entre lágrimas, llorando sobre el hombro de Judith, y a Benjamin en la

puerta, serio, invisible y expectante. Era la primera vez que intentaba imaginarme a Tony en su entorno doméstico, lejos del piano.

—¿Te pasa algo así? —preguntó Benjamin.

—Bueno... parecido —respondí, irritado por su facilidad para obtener confidencias—. He tenido problemas con una mujer.

Benjamin guardó silencio, mientras su mente barajaba posibilidades.

—¿La tía Tina?

Negué con la cabeza.

—No la conoces. Se llama Madeline.

De la manera más sencilla que pude, hablé a Benjamin de nuestra relación y le conté la escena de la fiesta de la noche antes. Después los dos nos quedamos en silencio. Pensé que al menos se había callado un rato.

—¿Es alta? —preguntó.

—¿Cómo?

—Que si es alta.

—No sé... un poco más de lo normal, supongo.

—¿Y Piers?

—Quizá podríamos llamarle alto. Metro ochenta y dos, ochenta y cuatro, algo así...

Me impacienté.

—Oye, si estás sugiriendo...

Benjamin no dijo nada.

—Bueno, me imagino que no es más que una ocurrencia...

Se levantó.

—Tengo frío. Vámonos a casa, ya es hora de comer.

Me cogió de la mano, salimos de la iglesia y al momento nos encontramos en los tranquilos descampados de Shadwell, cada uno absorto en sus pensamientos. Benjamin silbaba bajito «I'm Beginning to See the Light», ahora me acuerdo, en el *mi bemol* favorito de su padre— y yo, aunque parezca ridículo, no podía dejar de preguntarme, esforzándome por quitarle importancia, si no habría algo de verdad en la absurda idea de Benjamin. Si *era* verdad, era una verdad amarga, aunque de algún modo consoladora. Al fin y al cabo, cualquier explicación era mejor que ninguna.

Ese día no toqué más el piano. Comimos algo, vimos la televisión y jugamos con los videojuegos. Dejé que Benjamin lo decidiera todo, y solo insistí en ver las noticias. Ninguna mención del asesinato. A lo mejor el tiempo no pasaba tan rápido como había imaginado.

Tony y Judith volvieron hacia las tres y media. Parecía que se lo habían pasado bien y se dieron cuenta de que Benjamin había disfrutado mucho conmigo, por lo que me dieron las gracias muy efusivamente. Judith incluso se ofreció a llevarme a casa.

—No hay problema —aseguró—. Hace muchísimo que no veo a Tina.

Mi vacilación pareció sorprenderles, pero supongo que resulta fácil entender por

qué su propuesta me alarmó. Había trazado mentalmente la probable cadena de acontecimientos que permitirían a la policía seguir mi pista casi inmediatamente. Chester y el grupo habrían llegado al estudio de grabación y nos habrían esperado a Paisley y a mí cada vez con más impaciencia. Después Chester habría acabado por volver a la casa, blasfemando todo lo que podía, y se habría encontrado la casa acordonada y plagada de policías. Le habrían llevado a comisaría para interrogarle, e inevitablemente habría declarado que yo había sido la última persona que había visto a Paisley con vida. Les habría dado mi nombre y mi dirección. Sin la menor sombra de duda, la policía estaría esperándome en mi piso.

Pero ¿acaso no había tomado ya la decisión de entregarme? ¿No era el motivo que me había llevado a casa de Tony? Entonces me había parecido que necesitaba su apoyo, pero ahora que había descansado y había charlado con Benjamin me sentía más fuerte y con las ideas más claras, y me sentía capaz de hacerlo solo. Iba a ser una fuerte impresión para Judith, eso sí, pero tendría al lado a su hermana (Tina, que ya estaría preocupada, rodeada de policías preguntándole por mi paradero), y se consolarían una a la otra mientras se aclarase el asunto.

Por lo tanto, acepté su invitación, y nos dirigimos en su coche a la urbanización Herbert: Judith dándome conversación y yo agarrándome a los costados del asiento con un nerviosismo que aumentaba a medida que nos aproximábamos a la casa. Cuando estuvimos a unos metros empecé a estremecerme y no pude dejar de temblar. Me costó reprimir un grito cuando, al volver la curva y enfilarse la calle, vi a un policía en el balcón de mi casa. Dos coches de policía estaban aparcados delante de la puerta de la casa. Aunque lo había imaginado, la visión fue aterradora.

—Dios mío —exclamó Judith—, ¿qué ha pasado?

Mientras empezaba a aparcar el coche, le ordené:

—Quédate aquí, voy a ver lo que pasa.

—No, voy contigo.

Subimos las escaleras y en el rellano encontramos a un agente que se plantó ante nosotros.

—¿Vive usted aquí? —me preguntó.

Asentí y le di mi nombre.

—Oiga, ya sé lo que está pensando —le dije— pero le aseguro que yo no tengo nada que ver. Me horroriza lo que ha ocurrido, pero puedo explicarlo todo...

—No se preocupe —dijo, con voz tranquilizadora—. No se sospecha de usted.

—¿Cómo?

Es imposible describir el alivio que sentí, que me inundó, al oír aquellas palabras. Fue un alivio tan abrumador que apenas presté atención al policía mientras seguía hablando:

—Solo tiene que responder a unas preguntas. Son cosas horribles, pero pasan todos los días. La chica ya está fuera de peligro.

—¿La chica?

Me miró fijamente.

—Sí, la chica. Sabe de qué le estoy hablando, ¿no?

Me condujo al interior del piso. Una pareja de policías estaba registrando el cuarto de Tina. Parecía ser que había llamado a un servicio de ambulancias a primera hora de la tarde diciendo que se había metido una sobredosis.

Judith se lo tomó bien, después de todo.

—Tenemos docenas de casos como este —dijo el policía—. Docenas a la semana.

Había empezado a preparar un té para Judith, que al final se había derrumbado en una silla de la cocina, frente a la mesa, y estaba paralizada por la impresión.

—En realidad son llamadas de socorro. Necesidad de atención.

Le pasó amablemente la taza de té y después se excusó:

—Disculpe, tengo que ir al servicio.

Cuando nos quedamos a solas Judith y yo, no supimos qué decir.

—No puedo creerlo —dije—, no puedo creerlo.

Seguí soltando banalidades de este tipo hasta que Judith me interrumpió. Para mi sorpresa, parecía más enfadada que dolida.

—¿Cómo puede haber pasado esto, William? ¿Cómo puede haber pasado esto? Tú compartes el piso con ella.

—¿Que comparto el piso? ¡Pero si no nos vemos!

—¿No ha habido ninguna señal? ¿No veías lo que estaba pasando?

Estaba a punto de seguir negando con arrogancia, pero me di cuenta de que Judith tenía razón.

—Había un tipo... —empecé.

Entonces apareció otro policía en la cocina:

—¿Puedo hablar un momento con usted?

Pasamos al salón. Allí el policía me hizo una serie de preguntas. Le conté todo lo que sabía sobre Pedro, la información que había recogido, por partes, sobre él, y expliqué que Tina había ido pidiendo cada vez más días libres en el trabajo. También detallé su aspecto aquella noche del domingo, la última vez que la había visto.

Entonces se me ocurrió algo.

—¿No habrá escrito una nota?

—Pues sí, ha dejado una nota.

Me tendió una hoja, un folio nuevo en el que solo aparecían unas líneas:

Querido W: Por favor, acuérdate de cerrar la puerta y de ECHAR EL CERROJO cuando vuelvas por la noche. Hoy he comprado un pan riquísimo, no dudes en cogerlo, no creo que te sienta bien esa cosa blanca que comes. ¿Puedes dejarme un cheque para el gas? Querría dejarlo pagado el lunes. Saludos, T.

Le devolví la hoja al policía.

—Una cosa más —dijo—. Había un mensaje en el contestador. ¿Tiene algo que

ver con lo ocurrido?

Pulsó el botón, y a los habituales pitidos les siguió una voz de mujer:

—Escucha, William. Te llamo por lo de anoche. Puedo explicártelo todo —una pausa y luego—: puedo explicártelo todo, y sacarte del apuro —una pausa más larga—: ven a verme enseguida.

Pitido final.

—¿Qué hay?

—No tiene nada que ver —dije, midiendo cuidadosamente mis palabras—. Es un asunto personal entre yo y... otra mujer.

—Muy bien.

Me dio el nombre y el número de la habitación del hospital donde estaba internada Tina, y me dijo que podía ir a verla en ese mismo momento si quería. Creo que le di las gracias, pero entonces, mientras los acompañaba hasta la puerta, no era consciente ni de lo que decía. Estaba absorto por el mensaje. ¿Qué significaba?

Y, sobre todo, ¿cómo se las había arreglado Karla para conseguir mi número de teléfono?

CODA

Gasp—but somehow still alive
This is the fierce last stand of all I am

*Jadeando, pero todavía vivo
Con el fiero orgullo de todo cuanto soy*

Morrissey,
Well I Wonder

—Tengo que irme —le dije a Judith.

—¿Cómo? ¿No vas a venir conmigo a ver a Tina?

No tenía sentido intentar explicárselo. Sabía que mi actitud empeoraría la pésima opinión que ya tendría de mí, pero pensé que ya lo solucionaría en otro momento. Me limité a dejarle las llaves del piso y encargarle que saludase a Tina de mi parte. Miró cómo me marchaba mientras sus ojos ardían de indignación.

Había oscurecido del todo. Corrí hasta la estación de London Bridge, cogí un metro en dirección a Angel y antes de media hora me encontré ante la puerta de la tienda de vídeos. Junto a la tienda había un portal de color azul, sin número. Seguramente por allí se entraba a los apartamentos del primero y el segundo piso. Apoyado en la puerta, masticaba chicle un hombre bajo y cetrino, con pelo negro rizado y revuelto, y unas gafas con montura dorada. Al verme se irguió y me bloqueó el paso examinándome sin decir nada. Me vi obligado a decirle que venía a ver a Karla, y me dio la impresión de que no iba a contestarme nunca.

—¿Cómo se llama? —dijo, al fin.

—William.

Se volvió y llamó a uno de los timbres. Los pisos tenían interfono y al cabo de poco rato se oyó un chasquido y la voz de Karla.

—¿Quién?

—William —respondió el hombre.

—Que suba.

La puerta se abrió y subí cuatro pisos por unos peldaños estrechos y desconchados. Llegué a un rellano con tres puertas, una de ellas estaba entreabierta y al otro lado se oyó la voz de Karla:

—Pasa, William.

Empujé la puerta. Era un estudio oscuro, casi sin muebles. No había alfombra, ni decoración ninguna en las paredes pintadas de un gris mortecino. En un rincón había un butacón, y no muy lejos un lavabo y un espejo. El resto de la decoración lo formaban un tocador, una cama de hierro y una pequeña mesa de tres patas. Karla estaba sentada en el borde de la cama.

—Acabo de recibir el mensaje —dije, tras comprender que no iba a ser ella la primera en hablar.

—Bien.

Me miraba analizándome, como si intentara deducir algún secreto mío interior por mi comportamiento exterior.

—No sabía que tuvieras mi número de teléfono —balbuceé, tras un silencio prolongado.

—No.

No parecía la misma mujer que trabajaba tras la barra de The White Goat, parecía una persona completamente diferente. Su actitud era hosca y agresiva, pero a la vez me pareció que una intensa agitación la reconcomía por dentro. Me pregunté si no estaría tan confusa como yo.

—Bueno, ¿me lo vas a explicar? —pregunté.

—Me parece que eres tú el que tiene que explicarse. —¿Yo?

—Sí, William, tú.

Me encogí de hombros, nervioso.

—No sé a qué te refieres.

—Mira, William, estás metido en un buen lío. Por si no lo sabías, toda la policía de Londres anda detrás de ti en este momento. Como te dije, puedo ayudarte, pero antes tengo que saber qué te traes entre manos.

—Yo no me traigo nada entre manos —protesté—. No soy más que un músico, nada más.

—¿Estás de su lado?

—¿Qué lado? ¿De qué hablas?

Se levantó y se acercó a mí enfurecida. Nunca me había dado cuenta de lo alta que era.

—Mira, William, sé que has estado siguiéndome. Tú mismo lo confesaste aquella noche, en el pub. Y esa misma noche, intentaste asustarme dejando ese disco sobre la mesa. También sé que has trabajado con él. Lo sé. Y después apareces milagrosamente en la casa, justo a tiempo para ver cómo asesinan a ese tipo, Paisley. William, ¿qué coño te traes entre manos?

—No lo sé —gemí, casi rompiendo a llorar—. No sé nada.

Karla me fulminó con la vista; después se acercó al tocador y sacó un sobre del cajón de abajo. Extrajo una gran fotografía en blanco y negro, y me la puso ante los ojos.

—La reconoces, ¿verdad?

—Sí —respondí.

Era la foto de la carátula del disco, la foto de la mujer frente al río, escoltada por los dos enanos.

—Y esta, ¿la reconoces?

Me enseñó una segunda foto y me quedé asombrado. Era el mismo escenario, pero ahora la mujer mostraba el rostro a la cámara. A pesar del pelo decolorado y casi rapado al cero, no me fue difícil reconocer en ella una versión juvenil de la misma

Karla. Y las dos criaturas, ya despojadas de las caperuzas, resultaron ser no dos enanos, sino dos niñas: dos niñas casi idénticas en estatura y aspecto, que sonreían cándidamente ante la cámara.

—¿Eres tú?

Asintió.

—¿Y también eres tú la que... canta en el disco? —pregunté, mientras me parecía volver a oír los horripilantes chillidos de aquellas espantosas canciones.

—Sí.

Karla se acercó al espejo y se quitó una peluca, una peluca de pelo largo castaño oscuro. Se volvió y me miró. Tenía aún menos pelo que en la foto: llevaba las sienes y la nuca completamente rapadas.

—¿Y ahora —dijo, acercándose— no tengo más pinta de asesina?

Retrocedí.

—Pero... ¡tú no mataste a Paisley!

—Fue una equivocación, por culpa de esos gilipollas. Tenía que haberlo hecho sola. Y lo haré sola. No volverá a escaparse. Joder, ya he esperado bastante.

Se sentó al borde de la cama y se quedó callada.

—¿Quién no va a escaparse? —pregunté—. ¿Quiénes son esas niñas?

Estaba tan perplejo que no conseguía articular bien las preguntas.

—¿A quién enviaste a matar a Paisley? ¿A esos hermanos de Glasgow? ¿Los tipos que le dieron el nombre a tu grupo?

Karla siguió en silencio pero no por mucho rato. Y cuando volvió a hablar, su voz sonó lenta y cansada.

—Nunca hubo ningún «grupo» llamado Los Enanos de la Muerte. Éramos solo mi marido y yo. Yo cantaba, él se encargaba de los instrumentos, y lo mezclábamos todo en el estudio. Estábamos en la ruina, como siempre, y se nos ocurrió que podríamos sacar provecho de la moda punk. Vivíamos en Glasgow, éramos pobres. William, no te puedes ni imaginar nuestra pobreza... Hacíamos las grabaciones por la noche. Yo trabajaba durante el día, limpiaba. Él estaba en el paro, se quedaba en casa y cuidaba de las niñas.

Karla las señaló; primero una, después la otra:

—Claire y Sandra. Eran gemelas.

La cama estaba cubierta por un andrajoso edredón. Karla introdujo su mano bajo el mismo y sacó una escopeta de dos cañones recortados y una caja llena de balas. Mientras hablaba, empezó a cargar el arma.

—Un día, Sandra desapareció. Se fue de casa. Fue ese mismo día cuando Claire me contó lo que su... padre... hacía con ellas mientras yo estaba fuera todo el día.

Dio a la palabra «padre» una inflexión amarga, como si tuviera mal sabor y tuviera que escupirla.

—Supongo que no querrás que entre en detalles, ¿verdad? Hice que un médico la examinase, por si acaso, y confirmó lo que Claire me había contado. No volví a ver

más a Sandra. La policía encontró un cadáver pocas semanas después. Puede que fuera el suyo, pero no pude asegurarlo. En cuanto a Claire... —se levantó y se acercó a la ventana, dejando el rifle, ya cargado, sobre la cama— creció muy rara. Ahora está en esa «casa». En ese centro. Nunca voy a verla. No me hablaría.

A medida que contaba su historia, la voz de Karla iba endureciéndose y acelerándose.

—¿Qué te voy a contar? En cuanto todo salió a la luz, él se piró. Se desvaneció limpiamente en el aire aquella noche, sin dejar huella. Solo se me ocurrió una manera de hacerle llegar un mensaje, y por eso grabé esa canción: «Insomnia». Íbamos a grabar un nuevo single, pero no teníamos todavía la cara B. Así que una noche fui al estudio... y vomité toda mi rabia, todo mi odio. Sabía que compraría el disco, y quería que tuviese una cosa bien clara: que le encontraría estuviese donde estuviese. También puse esta foto en la portada. Solíamos vestir a las niñas con esas capuchas para hacer anuncios de publicidad. La gente empezó a pensar que se trataba de componentes del grupo. Yo quería que esa foto le obsesionase. Quería que entendiese su significado: que estuviese donde estuviese, le iba a encontrar. Le encontraría... y le mataría.

Cogió de la mesa un pequeño objeto de plástico y rectangular: era un casete.

—Me costó años dar con él. Pasó casi todo ese tiempo en Europa. Por culpa de una pista falsa, malgasté meses en Canadá y Estados Unidos. Y cuando al fin le encontré, tardé otro año en ahorrar el dinero para que le mataran como yo quería. Me costó veinte mil libras.

Temiendo la respuesta, porque ya la sabía, me atreví a preguntar:

—¿Dónde le encontraste?

—En el sur de Londres, dirigiendo un estudio de grabación.

Me tiró la cinta por el aire. Era una copia de nuestra maqueta de *Madeline (Stranger in a Foreign Land)*.

—Vincent —susurré.

—Parece que así se hace llamar ahora. Cuando nos casamos se llamaba Duncan.

Miré la cinta, perplejo.

—¿Cómo has conseguido esta cinta?

—La llevaba Paisley en uno de los bolsillos. Por suerte, su chaqueta quedó cubierta de sangre y los enanos la trajeron aquí: de no ser por eso, la policía te habría encontrado enseguida. Hasta te habías tomado la molestia de darles tu número de teléfono.

No pude decir nada, asombrado en silencio por las consecuencias, los mecanismos que había puesto en marcha la simple grabación de aquella canción hacía solo una semana.

—Me imagino que fue Duncan quien os produjo la maqueta —dijo Karla—. Las voces reverberan demasiado; siempre se equivoca en lo mismo.

—Todavía no entiendo por qué la policía no me ha cogido —dije—. Tienen que

haber hablado con Chester. ¿No les ha dicho dónde vivo?

Karla soltó una carcajada.

—¿Chester? Es más escurridizo de lo que crees. Supongo que cuando volvió a la casa y vio a tantos policías se escabulló. Se tardará mucho en saber algo de él.

—Chester y Vincent... ¿Qué relación había entre ellos?

—Negocios, principalmente.

Karla sacó un par de botas negras muy pesadas de debajo de la cama y empezó a ponérselas.

—Un tipo como Duncan... Vincent... nunca se ganaría la vida limitándose a dirigir un estudio de grabación —prosiguió—. Sus ingresos proceden sobre todo de la heroína. Chester le hace trabajos sucios por ahí, pero a su lado, es un pringado. Su otro gran campo es la inmobiliaria. Tiene entre manos negocios con un montón de casas de la zona de Islington, casi todas con contratos raros. Por eso Paisley y sus amigos vivían allí.

—¿Cómo has descubierto todo esto?

—No ha sido fácil —dijo, acabando de atarse los cordones—. Me enteré de que todos esos solían ir por The White Goat, aunque Duncan era demasiado listo para aparecer mucho por allí. Tuve que engatusar al dueño para que me diera el trabajo, y después uno de los camareros me encontró este agujero.

Karla terminó de rellenar mis últimas lagunas mientras se preparaba para salir. Había localizado a los enanos de Glasgow, que habían salido de la cárcel dos años antes, y les había ofrecido cinco mil libras por llevar a cabo el asesinato. Aceptaron hacerlo pero por veinte mil. Karla les dijo la ropa que tenían que ponerse y hasta la posición que debían adoptar antes del ataque. Lo había calculado todo para cumplir la promesa que había hecho en aquel disco y para que Vincent sintiera todo el terror posible en los pocos minutos que tendría antes de morir (recordé su extraña reacción cuando aquel día irrumpieron en el estudio aquellos niños vestidos con el mismo anorak, el pánico que había sentido al verlos). Karla sabía que Los Desdichados no iban a estar en la casa el sábado por la noche y encargó a uno de los enanos que telefonara a Vincent y concertara una cita con él, para asegurarse de que iba a estar. Lo único que había hecho fracasar el plan había sido la intervención de Paisley.

—¿Y tú? ¿Estabas allí ayer por la noche? —pregunté—. ¿Eras tú quien conducía el coche?

—No —respondió—, era el hombre que has visto en la puerta. Es un tipo que he alquilado. Me lo recomendaron, parece que hace muchos trabajos de este tipo. Él va a llevarnos ahora al estudio.

Sentí un estremecimiento de angustia.

—¿Qué quieres decir con *llevamos*?

—No creerás que te he llamado porque estaba preocupada por tu salud mental, ¿no? —dijo Karla, mientras guardaba la escopeta y más balas en una bolsa de deporte—. Tú vas a ayudarme.

—¿Yo? ¿Cómo?

—Voy a ir a ese estudio de grabación y voy a matarle. Ahora mismo, esta misma noche. Necesito a alguien que conozca el sitio, y tú has estado allí antes. Me han dicho que es como un laberinto. No debe escaparse.

—Oye, mira —dije, empezando a retroceder hacia la puerta—, siento lo que te ha ocurrido, es, bueno... es terrible. Pero me parece que estás enfocando mal el asunto.

Karla me miró con incredulidad.

—Pero después de todo lo que me has contado —seguí—, estoy a dispuesto a hacer un trato contigo: si me dejas marchar, te prometo no decirle nada a la policía.

Karla abrió la bolsa y sacó la escopeta recortada.

—Cierra la puta boca —dijo—. O vienes conmigo o te vuelo los sesos aquí mismo.

Respiré profundamente y asentí.

—Vale.

Nunca me habían apuntado con un arma: como ayuda para tomar una decisión he de decir que es insuperable. Me quedé alelado ante la visión de Karla apuntándome con aquel cañón al estómago. Cuando vio lo asustado que estaba, se echó a reír por lo bajo y me empujó hacia las escaleras.

—¿De qué te ríes? —le pregunté.

Río aún más.

—Tú y tus jodidas canciones «folk» —me pinchó en la espalda con la punta del rifle—. Lo siento, tío, no soy Mary O'Hara.

Escondió el arma antes de salir a la calle, y luego me cogió del brazo y me empujó a la acera. Era una noche oscura y fría, no había nadie alrededor que pudiera vernos. El conductor nos esperaba en el umbral de la puerta, y los tres caminamos sin hablar hacia el coche, que estaba aparcado en Essex Road. Karla y yo nos sentamos en el asiento de atrás. Volvió a sacar la escopeta de la bolsa y se la puso en el regazo; de un bolsillo del vaquero sacó un papelito con la dirección de los estudios Thom Bird.

—Aquí es donde vamos —le espetó al conductor—. Venga, pisa fuerte.

El hombre cogió el pedazo de papel, se volvió a ella y la miró con asombro:

—¿Que lo pise?

—El papel no, imbécil. El acelerador. Vamos, ¡rápido^[6]!

—Ah.

Puso el motor en marcha y salimos de estampida. Pensé un momento en la última palabra que había dicho Karla y empezó a invadirme una nueva y asombrosa sospecha.

—¿Qué le has dicho? —pregunté.

—*Rápido*. Deprisa en español.

Sus ojos brillaban con una excitación anticipada, y se puso a taconear en el suelo del coche con las botas. Me asustó ver las ganas que tenía de llevar a cabo la tarea

que tenía por delante: el cumplimiento, supongo, de un deseo que había estado consumiéndola por dentro durante años. Aunque no parecía muy dispuesta a responder a más preguntas, no pude evitar preguntarle, en un susurro:

—¿Es español?

—Sí. Se llama Pedro.

Seguía mirándome con una sonrisa burlona, irreprimible y sarcástica. En cualquier otro momento, en cualquier otra mujer, hubiese sido fascinante. Le hice un gesto para que se acercase.

—Le conozco.

—¿Ah, sí?

—Ha estado saliendo con mi compañera de piso. Es un verdadero hijo de puta.

—¿De veras? —dijo fingiendo asombro—. Y yo que le tenía por un buen muchacho. Por eso le contraté.

De pronto, toda la indignación que sentía por lo que aquel Pedro le había hecho a Tina empezó a hervir dentro de mí. En el piso me había controlado, porque el pánico y el asombro no habían dado lugar a otras sensaciones. Pero ahora me invadía una especie de odio.

—Ha convertido su vida en un infierno —murmuré—. Ha sido horrible con ella. Hasta ha hecho que intentara suicidarse.

—¡Qué lástima! —exclamó Karla, fríamente.

—Si pudiera quedarme cinco minutos solo con él...

Me miró y volvió a sonreír.

—¿Qué harías?

Era una pregunta difícil.

—Pues... hablar en serio con él.

Karla se permitió lanzar una carcajada tranquila pero significativa, y después volvió los ojos hacia Pedro.

—Bueno, veremos si podemos hacer algo mejor.

Circulamos en silencio unos minutos más. Karla se inclinó hacia delante y dio un golpecito a Pedro en el hombro.

—Estamos llegando, ¿no? —preguntó.

—Sí, creo que sí.

—Supongo que cuando lleguemos, querrás que te pague, ¿no, Pedro?

—Así es. Cuando lleguemos.

—¿Y cuánto tenía que pagarte? Cinco mil, ¿no?

—Eso es, cinco mil libras. Al contado.

Karla contuvo el aliento.

—Cinco mil libras... es un montón de dinero, ¿no?

Pedro emitió una risilla estúpida.

—Así es, *señora*^[7]. Un montón de dinero.

—¿Qué vas a hacer con todo ese dinero?

La misma risilla estúpida.

—No lo sé. A lo mejor vuelvo a España.

—¿Hay alguien esperándote en España, Pedro? ¿Alguna joven *señorita*^[8] española?

Otra risa tonta de Pedro, mientras se acariciaba la barbilla mal afeitada.

—Puede. Puede que haya alguien, sí.

—Pero apuesto a que eso no te ha impedido pasártelo muy bien mientras has estado aquí, ¿eh, Pedro? A todos nos gusta divertirnos de vez en cuando, ¿verdad?

—Es verdad, señora —dijo, riendo—. A todos nos gusta divertirnos un poco.

Les interrumpí:

—Gira a la izquierda. El estudio está después de esa calle, a no más de cincuenta metros.

—Muy bien. Para aquí el coche, Pedro. Para aquí.

Aparcamos en el más sombrío y lúgubre de los callejones de atrás. Pedro apagó las luces.

—¿No vas a comprarle un regalo antes de marcharte, Pedro? ¿Un regalito para esa que te divierte?

—No sé. A lo mejor...

Pedro volvió a sonreír. Sus dientes, reflejados en el retrovisor, cobraron un brillo amarillento en la oscuridad.

—¿Sabe esa chica cómo te ganas la vida, Pedro? Apuesto a que no le has dicho a lo que te dedicas realmente.

—Es cierto —respondió, entre más risillas estúpidas.

—¿Qué le has dicho, entonces? ¿A qué cree ella que te dedicas?

—Piensa que soy chófer. Que llevo pasajeros.

—Eres un perro viejo, ¿eh, Pedro? —dijo Karla, provocándole más accesos de risa—. Un auténtico rufián, ¿eh?

—Sí, es verdad, un poquito.

—Y ahora... nos encontramos con este pequeño problema, Pedro. Que no llevo todo el dinero encima. Voy a tener que darte otra cosa, para compensar.

—¿Otra cosa?

Pedro volvió la cabeza, y ella se inclinó hasta casi tocarle la cara.

—Otra cosa. ¿Sabes a qué me refiero?

Su larga y ancha sonrisa volvió a cruzarle la cara otra vez.

—Me parece que sí. Me parece que sí que lo sé.

—Te gustan las inglesas, ¿verdad, Pedro?

—Pues sí. Me gustan mucho.

—Esa otra chica inglesa... apuesto a que haría todo lo que le pidieras, ¿verdad?

Más risillas.

—Bueno... hacía muchas cosas. Y a veces, bueno, qué hay de malo en...

—... ¿Ser un poco persuasivo?

—Eso es.

—¿Presionar un poco?

—Sí.

Karla levantó el arma hasta la altura de su cabeza.

—Pedro —dijo—, eres un desperdicio en el espacio.

El estruendo del disparo fue ensordecedor y... bueno, nunca he visto nada como lo que ocurrió después. Su cabeza estalló. Literalmente. Se desperdigó por todas partes. Los trozos de la cabeza de Pedro salpicaron el parabrisas, la guantera, los asientos, el techo. Había sangre por todas partes, yo mismo estaba empapado en sangre. Sangre caliente y viscosa, en mi pelo, la cara, el abrigo y las manos. Estaba cubierto de Pedro. Estaba inundado de Pedro. Supongo que me puse a chillar o a llorar, porque de pronto Karla me cruzó el rostro de una bofetada y gritó: «¡Cállate, gilipollas! ¡Cierra esa puta boca! ¡Y sal del coche ya!».

Me empujó fuera del coche y me caí en medio de la calle. Luego me arrastró por el suelo, tirando de mí como si fuera un perro. Volví los ojos hacia el coche. La puerta del conductor estaba abierta —Pedro había debido de abrirla intuyendo lo que le esperaba— y lo que quedaba de él estaba tumbado mitad dentro, mitad fuera, desplomado contra la acera. Al ver que le miraba, Karla volvió a golpearme en la cara y me empujó hacia delante.

Llegamos a la puerta principal de los estudios Thom Bird. La abrió de una patada. Yo entré el primero. Había luz dentro y la habitación estaba templada, el ambiente era casi hogareño. Vincent estaba sentado tras la mesa del despacho, tomando un té y hojeando el suplemento dominical. Al verme cubierto de sangre y temblando, casi incapaz de sostenerme, dejó caer la revista y se levantó. Iba a decir algo cuando Karla apareció. Se miraron fijamente el uno al otro durante tres o cuatro segundos: era la primera vez que él la veía en diez años. Después Karla dijo:

—Esta por Sandra. Y esta por Claire.

Y disparó dos veces.

Las dos balas fallaron.

Karla se lanzó entonces contra él, pero Vincent, con una muestra de fuerza insospechada, alzó la mesa y la catapultó contra ella. Karla perdió el equilibrio y cayó al suelo.

—Síguele, hijo de puta, síguele.

Vincent se precipitó por un pasillo a oscuras. Yo encontré el interruptor y aún tuve tiempo de pulsarlo para verle desaparecer por un recodo. Karla se levantó y, arrollándome, corrió tras él. Sin saber por qué, la seguí.

La persecución no debió de durar más de dos minutos. La luz se encendía cada pocos segundos y después los pasillos volvían a quedar en la oscuridad, y yo tenía que tantear frenéticamente para buscar el siguiente interruptor. Sabía que Vincent encontraría fácilmente su camino en la oscuridad. Nos llevó arriba y abajo por aquellas incontables escaleras, hasta dejarnos mareados y completamente

desorientados. Al final, pareció que le habíamos perdido. Jadeando en la oscuridad, nos quedamos inmóviles, esforzándonos por oír sus pasos encima del sonido sordo de los grupos musicales que ensayaban en las salas contiguas.

—Mierda —exclamó Karla—. ¡MIERDA!

Entonces encontré otro interruptor y lo apreté. Vincent estaba al otro extremo del pasillo, forcejeando con la cerradura de la puerta de la sala B. Antes de que pudiéramos alcanzarle, se deslizó dentro de la sala y cerró la puerta.

La luz volvió a apagarse. Apoyé la mano sobre el brazo de Karla y cogí aire.

—Le tenemos —dije—. No puede cerrar la puerta del estudio desde dentro.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo.

—¿Qué hay ahí?

—No lo sé.

Se liberó de mi mano, retrocedió unos pasos y cogió impulso para lanzarse contra la puerta.

—Ahora lo sabremos.

Pero entonces yo hice algo asombroso. Le dije: «Espera» y le bloqueé el paso. Estaba como poseído por una extraña forma de valor, y me oí a mí mismo decir: «Entraré yo primero».

Ella recibió la sugerencia con un silencio incrédulo, y añadió:

—Puede ser peligroso.

Con un movimiento rápido y decidido, embestí la puerta de la sala B lanzándome hacia delante.

Si me hubiera parado a mirar el suelo solo un segundo, habría visto una estrecha escalera metálica fijada a la pared. Llevaba a un pequeño embarcadero, de donde subían a veces por la noche los gritos de los marineros cargando y descargando sus barcas. Pero no me paré. Tuve una visión fugaz de las nubes acariciando la cara de una luna resplandeciente, y después me precipité en picado hacia las aguas del Támesis, frías como el hielo, negras como la noche.

FUNDIDO

And everybody's got to live their life
and God knows I've got to live mine
God knows I've got to live mine

*Cada uno ha de vivir su vida
y Dios sabe que yo debo vivir la mía
Dios sabe que yo debo vivir la mía*

Morrissey,
William, It Was Really Nothing

Si dejáis la carretera principal cuando se curva alrededor del pub Fox House, y bajáis luego la colina atravesando el bosque, no tardaréis en ver un riachuelo de aguas muy rápidas. Hay varios sitios por donde se puede cruzar. Caminos de piedra para los más ágiles y dos estrechos puentes de madera; si te detienes ahí, verás los remolinos de agua por entre las tablas de madera. Andando colina abajo, el terreno se hace más salvaje. Rocas enormes y árboles talados se levantan a orillas del río, y si te vuelves antes de que el camino empiece a adentrarse en la espesura del bosque, tendrás delante de ti una magnífica cordillera. La vista se pierde en este paisaje desnudo y cambiante, y se fija en el punto donde la tierra cede espacio al cielo y el azul más claro ilumina el horizonte. Hay más excursionistas, pero es un lugar tranquilo, y se podría decir silencioso.

—Adoro este sitio —dijo Stacey.

—Es muy hermoso —asentí.

—Mejor que Londres, ¿no? —dijo Derek.

Me puse en cuclillas a la orilla del río y frené la corriente con los dedos. Todavía había una espesa capa de rocío sobre la hierba, y la brisa embriagaba con el aroma de la primavera.

—Cualquier cosa es mejor que Londres.

Volver a casa había resultado, después de todo, lo más fácil del mundo. El primer día que me sentí capaz de salir otra vez —una o dos semanas después de mi vuelta— escalé una de las colinas más altas de Sheffield y contemplé la ciudad mientras sus luces se extendían con el principio del crepúsculo. Me asombró que hubiese podido vivir tanto tiempo lejos de allí. Era una ciudad limpia, acogedora y agradable. Acabé por disfrutar de la cercanía del campo, rehaciendo durante días mis antiguos paseos, buscando una nueva compañía en aquellos valles que algún día cometí el error de rechazar. Casi siempre paseaba solo, pero aquel día les pedí a Derek y Stacey que me acompañasen. Era una mañana de domingo, el primer domingo verdaderamente bueno de la primavera.

Oí susurrar a Stacey:

—No digas nada que le haga recordar.

—No te das cuenta —le dije— de que ya lo estoy superando.

—Nuestro William es un tipo duro —dijo Derek.

Se alejó para intentar trepar a un árbol, pero le interrumpió una rama a la mitad.

—¿Piensas ir pronto a ver a Tina? —me preguntó Stacey, aprovechando su ausencia.

—No me ha dado siquiera su nueva dirección.

Solo sabía que se había mudado a un piso cerca de Wimbledon, y que lo compartía con otras dos chicas. Judith me lo había dicho sin darme más información. Lo interpreté cómo su manera de decirme que me mantuviese lejos de ella durante un tiempo.

—No te sientas culpable, William.

Me volví y vi que Stacey me sonreía. Permanecimos un rato así, cada uno a un lado del camino. Después se oyó un violento zumbido de hojas, y Derek saltó del árbol y aterrizó entre nosotros sofocando un grito. Stacey chilló y luego empezó a reírse.

—Me has asustado.

—¿Todavía tienes pesadillas, William? —me preguntó Derek cuando retomamos el paseo, ignorando las miradas de reproche de Stacey.

—De vez en cuando.

—¿Qué harías si te dijese que tu peor pesadilla está a punto de convertirse en realidad?

—¡Derek! ¡Cállate!

Lo consideré un momento.

—¿Como cuál?

—Bueno, no los han encontrado, ¿verdad? A ninguno de los dos.

—No.

—Entonces Vincent podría estar... escondido tras esa roca. Y Karla podría estar esperándonos en la falda de la colina.

—En teoría... ¿Y qué?

Me clavó la mano en el brazo y murmuró, con tono grave y teatral:

—Déjame informarte de que algo peor, infinitamente peor, está a punto de ocurrir. Palidecí.

—¿Es que no lo has leído en los periódicos?

—¿El qué?

—Que Andrew Lloyd Webber estrena un nuevo musical en Londres, este mismo mes.

Respiré, aliviado, y le di un empujón.

—Londres está muy lejos, creo que podré soportarlo.

Entonces Derek cogió a Stacey en brazos. La levantó, la dio vueltas en el aire y los dos se unieron en un largo beso mientras yo estudiaba las formaciones de líquenes de una roca cercana. Imagino que, en el fondo, todavía no había conseguido

superarlo.

—Derek, ¿quieres dejar ya de marear a William? —dijo Stacey cuando él la dejó en el suelo, sin demasiada delicadeza.

—Es que todavía no he podido perdonarle que me perdiera aquel maldito disco.

—Ya te he dicho que me da igual —repliqué. Por un momento la frase me trajo el recuerdo de Madeline, pero lo aparté rápidamente—. Estoy empezando a enfocar toda la historia como... una experiencia de aprendizaje.

—Has crecido, de eso puedes estar seguro —dijo Derek—. No tu cuerpo, por desgracia, pero sí todo lo demás.

No se me ocurrió nada que responderle y me limité a decir:

—¿Tú crees?

—Claro. Me parece que dentro de quince años ya casi habrás llegado a la adolescencia.

También me limité a sonreír. Es divertido, me parece que últimamente me encanta que me tomen el pelo.

TOWER HILL

SONATHAN COE

Fm7 Fdim EbΔ7 Gdim AbΔ7 Abm6

Gm7 C7 Fm7 Bb7 Bbm7 C7

AbΔ7 Bb7 1. EbΔ7 2. EbΔ7

Bbm7 Bbm7(b5) Ab7 Gm7 C7

FΔ7 F#dim Gm7

Bbm7 AbΔ7 Fm7 DbΔ7 EbΔ7



JONATHAN COE (nacido el 19 de agosto de 1961) es un novelista y escritor inglés. Su obra tiene una preocupación subyacente por cuestiones políticas, aunque este compromiso serio se expresa a menudo en forma de sátira.

Estudió en la King Edward's School de Birmingham y en el Trinity College de Cambridge, doctorándose en Literatura Inglesa en la Universidad de Warwick, en la que también fue profesor.

Es Doctor Honoris Causa por la Universidad de Birmingham.

Es autor de novelas en las que generalmente se tratan temas relacionados con la política de forma satírica, y con una crítica mordaz. Su estilo, a veces complejo, requiere cierta concentración para su lectura.

Notas

[1] La muerte es vida / La muerte es vida / Y el negro es el color del corazón humano /
La muerte es vida / La muerte es vida / Debes morir para poder vivir / Debes matar
para poder amar. <<

[2] Había momentos en los que podía haberla matado / Pero no soportaría que algo le pasara... / Lo sé, lo sé, es grave. <<

[3] Una y otra vez / Me pregunto si debería haber venido / Hombres reales / ¿Quién va a preguntarme lo que he hecho aquí? / Busco tesoros enterrados / Preciosos dones de Arabia / Sé que es ahora o nunca / Y cuando esté hundido ¿me ayudarás tú a seguir?

<<

[4] Y me marché lejos / Dejé atrás el pasado / Y el lugar donde ella se quedó / A menudo vuelve a mi mente / Ojalá hubiera sabido que tú ansiabas / Sentir tus dedos en mi mano / Solo espero poder aguantar / Ser un extraño en tierra extraña. <<

[5] Madeline, me miras sin un murmullo / Ha llegado el momento / De estrechar el vínculo entre nosotros. / Te daré cuanto me pidas / Preciosos regalos de Arabia / ¿Por qué tengo el corazón roto? / Oh, Madeline, ¿te casarías conmigo? <<

[6] En español en el original. <<

[7] En español en el original. <<

[8] En español en el original. <<